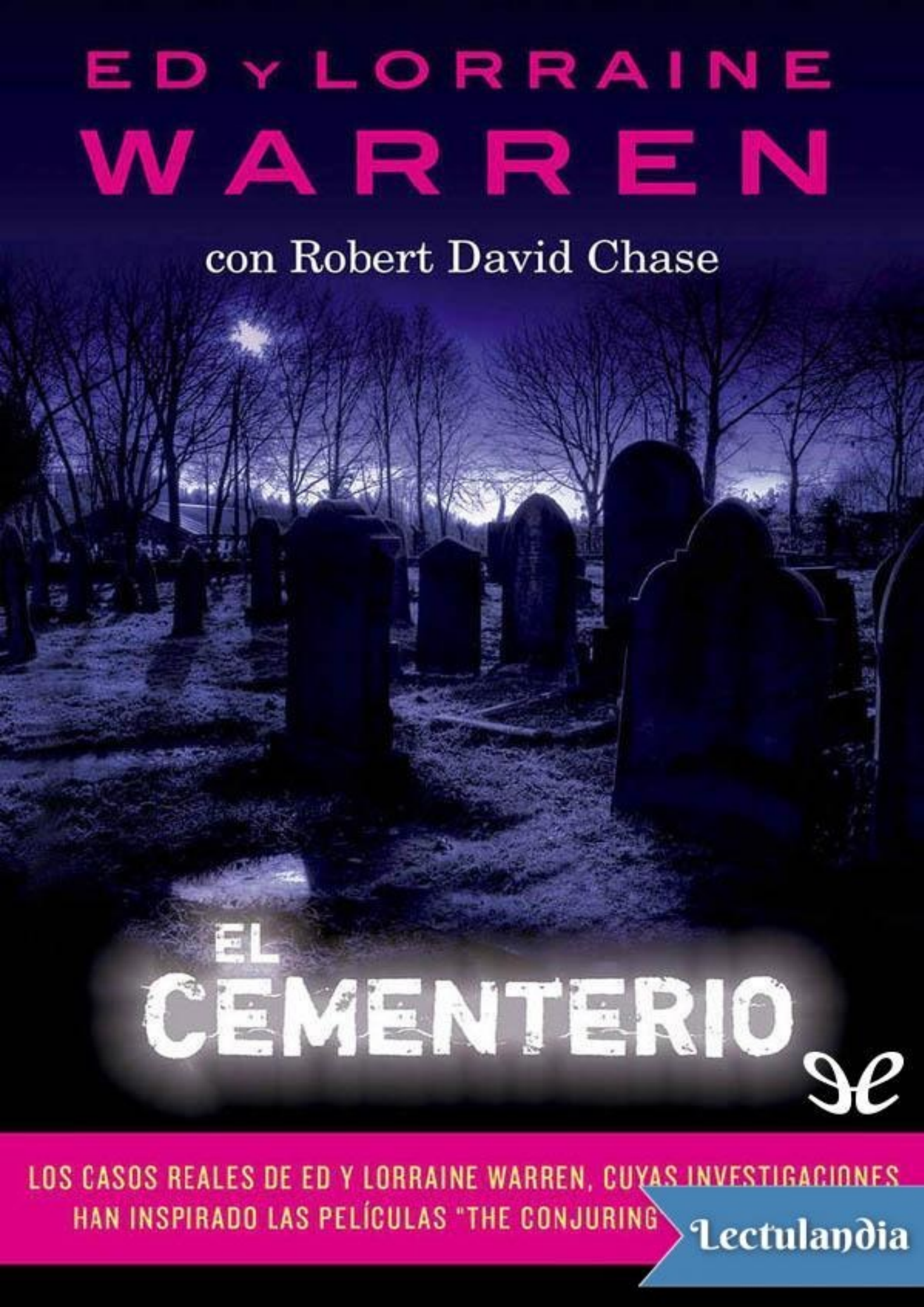


ED Y LORRAINE WARREN

con Robert David Chase



EL CEMENTERIO



LOS CASOS REALES DE ED Y LORRAINE WARREN, CUYAS INVESTIGACIONES
HAN INSPIRADO LAS PELÍCULAS "THE CONJURING"

Lectulandia

Los fantasmas siempre están hambrientos y nadie sabe mejor que Ed y Lorraine Warren lo voraces que pueden llegar a ser. Durante años, este matrimonio de parapsicólogos se ha dedicado a viajar por el mundo tratando de desentrañar la verdad oculta detrás de los casos sobrenaturales más aterradores. Además de ayudar a numerosas familias, su actividad les ha permitido recopilar sorprendentes pruebas de sus encuentros con lo paranormal. Desde la famosa casa inmortalizada en *La morada del miedo* hasta los aterradores acontecimientos que inspiraron el éxito de taquilla *Expediente Warren: The Conjuring*, los Warren han investigado sin descanso la oscuridad del más allá, documentando auténticas posesiones demoníacas, manifestaciones de muertos vengativos que continúan merodeando el mundo de los vivos...

El cementerio presenta casos reales de apariciones de fantasmas y acoso demoníaco, conmovedores encuentros sobrenaturales e historias de venganzas de ultratumba. Si no crees en nada de todo esto, terminarás creyendo.

AA. VV.

El cementerio

**Apariciones reales en un antiguo cementerio de Nueva
Inglaterra**

Ed & Lorraine Warren: 1

ePub r1.0

Titivillus 30.06.2025

Título original: *The Graveyard*

AA. VV., 1992

Retoque de cubierta: Titivillus

Traductor: Daniel Aldea

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



NOTA AUTOR

Los nombres y detalles de algunas de las siguientes historias se han modificado para proteger la reputación tanto de los vivos como de los muertos. Durante la redacción del libro he utilizado distintas fuentes, entre ellas, el excelente manual *An Introduction to Psychic Studies* de Hal N. Banks, del cual he obtenido numerosas ideas y citas, y *The Mystic Sciences* de Margaret Waite.

ROBERT DAVID CHASE

En los cementerios asistimos a la representación de una fase muy distinta de la cultura de Connecticut..., por ejemplo, en las enormes losas rectangulares de granito sin pulir del cementerio de Wequetequock, en la localidad de Stonington. Reciben el nombre de «piedras de lobo» porque probablemente estaban destinadas a evitar que los lobos de aquel distrito tan salvaje desenterraran los cuerpos, lo que transporta nuestra imaginación a una época muy remota. Se dice que la losa de mayor tamaño señala la tumba de un gigante. Está fechada en 1709.

ODELL SHEPARD, *Sermons in Stone*

**LA HISTORIA
DEL CEMENTERIO UNIÓN**

INTRODUCCIÓN

Ed Warren

Hace muchos años, cuando Lorraine y yo estábamos empezando a investigar fenómenos sobrenaturales y ocultos, lo primero que hicimos fue rebuscar en la historia del estado que amamos y que consideramos nuestro hogar: Connecticut.

El visitante percibe inmediatamente la fantástica historia de este lugar, fantástica en más de un aspecto.

Durante la guerra de Independencia, por ejemplo, Connecticut aportó soldados fuertes y valientes, pero también grandes cantidades de suministros: comida, ropa y armamento. De hecho, Connecticut desempeñó un papel tan importante en el abastecimiento de las tropas americanas que el mismísimo George Washington lo bautizó como el Estado de Provisión.

Connecticut también es fantástico por otros motivos. Desde sus inicios, a principios del siglo XVII, cuando los colonos se enfrentaron a los valientes y feroces indios pequot, nuestro estado ha estado impregnado de tradiciones sobrenaturales y paranormales.

Incluso antes de que Washington y sus tropas desfilaran por aquí, los lugareños de distintos asentamientos aseguraron haber sido testigos de extraños sucesos.

Un hombre informó de que su hija estaba «poseída por el diablo» y que, a los nueve años de edad, era capaz de «hacer arder» un objeto con sólo mirarlo. Hoy en día llamamos *psicoquinesis* a esta facultad.

No mucho tiempo después, una mujer confesó a sus vecinos que unos «seres» habían ocupado su casa. La mujer oía constantemente golpes en las paredes y el tintineo de unas campanas en la habitación contigua. También oía fuertes pisadas cerca de la cama durante la noche, pero cuando miraba, no veía a nadie. Obviamente, se trataba de un caso inicial (y relativamente moderado) de *poltergeists*.

Unas cuantas décadas después, un adolescente le confesó a un pastor puritano que solía ver y hablar con la joven que sus padres le habían prohibido frecuentar, a pesar de que ésta se había suicidado tirándose al río dos años antes. Al chico lo declararon loco.

Y después están las brujas. Ninguna otra región de EE.UU. ha demostrado una obsesión tal por las brujas y la brujería como la que vivió Nueva Inglaterra durante la etapa inicial desde su fundación.

Una bruja es una persona que, aparentemente, recibe poderes mágicos de espíritus malignos.

En la antigua Nueva Inglaterra, las brujas eran temidas por varias razones. Se creía, por ejemplo, que una bruja podía maldecir a una persona y a su familia, pero también arruinar la cosecha o dejar a las vacas sin una gota de leche.

Algunas parteras perjuraban haber visto a brujas dando luz a monstruos. En esa época, eran muchas las personas que creían que las brujas surcaban el aire montadas en escobas. Sólo tenías que esperar a la medianoche para ver la silueta de una bruja pasando por delante de la luna.

En la actualidad, consideramos que todas estas creencias no son más que tonterías. Pese a la existencia real de espíritus malignos y posesiones demoníacas, la mayoría de la gente no siente demasiado interés por las antiguas representaciones de las brujas.

Tal vez nos darían más miedo si supiéramos cómo eran tratadas las personas sospechosas de brujería.

En Europa, se juzgaron y ejecutaron a miles de brujas. En algunos de los juicios más famosos, los hijos testificaron en contra de sus propios padres; y después asistían a la ejecución desde un lugar de honor. En uno de los casos, un hombre influyente que anhelaba a una mujer imposible de conseguir, denunció al marido de ésta ante el tribunal acusándolo de hechicero o brujo. Poco después el marido fue juzgado y quemado en la hoguera.

Las cosas no eran mucho mejores en Nueva Inglaterra. La gente espiaba a sus vecinos en busca de «marcas del diablo». Éstas podían ser simples lunares que no dolían cuando se los pinchaba con un alfiler o una marca de nacimiento con una forma extraña. Algunas personas llegaron a acusar de brujería a sus vecinos basándose en «evidencias» como éstas.

En un solo año, 1692, se ejecutaron a diecinueve brujas solamente en el estado de Massachusetts.

A principios del siglo XVIII se ideó una nueva prueba para la detección de brujas. Si se lanzaba a una mujer sospechosa a las rápidas aguas del río Connecticut y se ahogaba, quedaba demostrado sin sombra de duda que no era una bruja. Si sobrevivía, es decir, si sabía nadar, entonces era una bruja.



Desde un primer momento, los habitantes de Nueva Inglaterra han sentido una fascinación especial por lo paranormal.

Reunidos alrededor del hogar en las noches de tormenta, les encanta contar historias de fantasmas y meter el miedo en el cuerpo de sus amigos. Y continúan haciéndolo incluso cuando las sombras se alargan y el fuego se reduce a rescoldos.

Pastores puritanos, como el popular Cotton Mather, se enfurecían ante semejante fascinación, considerándola «inspirada por el diablo», una costumbre que estaba seguro de que los llevaría a «la mayor pérdida de todas, la pérdida de la propia alma». Posteriormente, Mather desempeñó un papel determinante en los juicios por brujería que se celebrarían en EE. UU.

No obstante, a pesar de todas las admoniciones, la gente de los estados de Nueva Inglaterra jamás perdió las ganas de adentrarse en los misterios de lo prohibido y lo desconocido.



Con semejante contexto, Lorraine y yo decidimos, hace ya algunas décadas, empezar a estudiar el estado de Connecticut y, más concretamente, la zona de Monroe, donde vivimos.

Son muchos los que creen que nuestro estado es una importante zona industrial, y no se equivocan. También es famoso por las aseguradoras; sólo Hartford cobija la sede central de más de una cincuentena de ellas.

Pero hay otra Connecticut, más antigua y venerable, una tierra de puentes cubiertos, arquitectura colonial y pequeñas ciudades. En esta vieja Connecticut, las ciudades tienen parterres, salas de reuniones comunitarias y las clásicas iglesias blancas cuyas agujas parecen tocar el cielo.

Ésta es la Connecticut que Lorraine y yo amamos, especialmente la ciudad de Monroe.

Según señala Edward Nicholas Coffey en su magnífico libro *A Glimpse of Old Monroe*: «Originalmente, la ciudad formó parte de la colonia de Stratford y estuvo bajo su jurisdicción durante años. Por tanto, hunde sus raíces en la antigua herencia de Stratford, la cual se remonta a sus orígenes en 1639, menos de dos décadas después de que los padres fundadores pisaran por vez primera la costa de Nueva Inglaterra».

Cuando se fundó Stratford, la «amenaza de los lobos», como se denominó, hacía tiempo que era una realidad.

Los colonos se preguntaron si la tierra sería habitable debido a las manadas de lobos que merodeaban los bosques y que mataban a numerosos animales de granja.

Aunque los lobos no suelen atacar a los humanos, aquellos lobos acosaban a los hombres que intentaban cultivar la tierra.

Coffey escribió: «Ni siquiera un hombre estaba a salvo. En una ocasión, Joseph Curtiss, de Stratford, acompañó a unos cuantos hombres hasta Newton para recoger el cereal. De regreso a casa, al pasar por el norte, fueron atacados tan violentamente por los lobos que tuvieron que soltar los sacos de cereal y cabalgar a todo trapo para salvar sus vidas y las de sus monturas».

Posteriormente, investigadores de lo oculto se preguntaron sobre la naturaleza de estos lobos, por los motivos de su comportamiento tan feroz, tan distinto del de los lobos «normales».

Según Coffey, la antigua Monroe tuvo incluso su propia hechicera, una «bruja» llamada Hannah Cranna (aunque parece ser que su auténtico apellido era Hovey).

Aunque Coffey no cargó demasiado las tintas en sus habilidades sobrenaturales, sí lo hicieron muchos de sus vecinos.

Éstos creían que su destartalada y vieja casa estaba protegida por «serpientes de todo tipo y tamaño». Eran pocos los que se acercaban a ella. A pesar de que Hannah no tenía ninguna fuente de ingresos conocida, tampoco tenía que preocuparse mucho. Sus conciudadanos tenían tanto miedo de sus maleficios que le regalaban de buena gana comida, leña y cualquier otra cosa que pidiera.

Un grupo de granjeros que la habían importunado encontraron sus cosechas completamente secas, y la acusaron de haberlos maldecido.

Un pescador que siempre volvía a casa con varias truchas en la cesta descubrió que se había quedado sin suerte después de que Hannah lo maldijera.

Una mujer a quien se le daba muy bien hacer pasteles perdió sus dotes después de que, curiosamente, Hannah decidiera maldecirla.

Hannah tuvo un extraño final.

Así es como Coffey lo describe: «Una mañana del mes de enero, después de una de las mayores nevadas del invierno, un vecino oyó un llanto amortiguado procedente del interior de la casa de la bruja. Llegó a la puerta abriéndose paso con dificultad a través de la copiosa nieve acumulada. El ruido cesó y la puerta se abrió. Al otro lado se encontraba Hannah con el rostro lívido. Lo invitó a entrar y le dijo “Los espíritus me han llamado y

dentro de poco estaré en el más allá. Tengo una última voluntad que debe llevarse a cabo. Mi entierro debe realizarse después del atardecer y mi ataúd debe ser transportado por varios portadores desde mi casa hasta la tumba”. Hannah terminó de forma ominosa: “Obedece mi última voluntad si deseas evitar problemas y aflicciones”».

Tras su muerte recibió la misma atención que había recibido en vida y sus vecinos la enterraron exactamente como había pedido.

Algunos de los que acompañaron el ataúd en la carreta aseguraron que la caja de madera se sacudió de tal modo que acabaron cayendo al suelo.

Después del funeral, la casa de Hannah ardió hasta los cimientos sin causa aparente.

Hasta el día de hoy algunos habitantes de Monroe aseguran que por la noche se oyen gemidos y lamentos procedentes del lugar donde se había levantado la casa de Hannah.



En la actualidad, Monroe es una localidad de unos 17 500 habitantes, una ciudad dormitorio de Bridgeport y Nueva York. Aun así, cuenta con una zona comercial modesta pero con una atmósfera muy típica de Nueva Inglaterra que le otorga un aura muy especial.

En cualquier dirección a la que te dirijas, es muy probable que te topes con un cementerio. Según algunas estimaciones, la localidad cuenta con más de tres mil tumbas marcadas; algunas de ellas se remontan a 1765. En total, hay seis cementerios en la zona.

En tanto investigadores de fenómenos psíquicos, tanto Lorraine como yo sentimos un interés especial por los cementerios. Sabemos cómo conectar con el mundo de los espíritus y escucharlo. Los dos nos hemos comunicado con los muertos en diversas ocasiones.

A menudo «visitamos» tumbas con cámaras y grabadoras porque a veces hemos podido fotografiar y grabar espíritus.

Existen muchos malentendidos sobre las fotografías y grabaciones psíquicas. Para empezar, cuando algunos de los programas televisivos de temática «paranormal» tratan la cuestión, siempre muestran fotografías tomadas de noche. No hay nada intrínsecamente malo en esto —nosotros también solemos trabajar por la noche—, pero da la falsa impresión de que hacer fotografías psíquicas es una actividad inquietante.

Habitualmente no lo es.

Nosotros llevamos cámaras y grabadoras normales a los cementerios. No utilizamos ningún aparato especial. Y solemos trabajar a plena luz del día por una razón fundamental. Es mucho más fácil.

Cuando observas viejas tumbas, a menudo ves cómo el liquen y la decoloración le han dado a la superficie de la piedra una apariencia moteada. Cuando te fijas más detenidamente en las motas, a veces descubres patrones, del mismo modo en que a veces reconocemos patrones o formas en el cielo cuando observamos las nubes. O al observar detenidamente manchas de tinta.

De hecho, al revelar las fotografías, a menudo descubres que los «patrones» en la tumba en realidad son la cara y la ropa de las personas que están enterradas en ella. A lo largo de los años hemos descubierto que los espíritus proyectan sus imágenes en las tumbas, lo que nos permite fotografiarlos. Son muchos los espíritus que desean comunicarse con los vivos.

Ésta es una de las formas de la fotografía psíquica. La otra es mucho más aleatoria e impredecible.

En 1893, un fotógrafo californiano estaba revelando unas fotografías cuando reparó en algo extraño en el negativo. La imagen de la rechoncha dama de la alta sociedad que había contratado sus servicios estaba allí, pero también había otra imagen, una muy borrosa de una hermosa joven. El fotógrafo no tenía la menor idea de quién era aquella joven.

Llevado por la curiosidad, el hombre reveló el resto de las fotografías. En todas ellas aparecía la imagen de la dama, y también la de la joven.

Aquella misma noche, el fotógrafo fue a cenar con unos amigos bohemios y una de sus amistades sentía un interés especial por lo sobrenatural. La amiga le pidió si podía ver las fotografías con la imagen «fantasmagórica» de la joven. Al fotógrafo la sugerencia le pareció divertida. Aunque no creía en ese tipo de fenómenos, le fascinaba pensar en ellos.

Tras observar las fotografías, la amiga le aseguró que, de hecho, la joven era el fantasma de una persona que había sufrido una muerte violenta en aquel lugar.

Al día siguiente, mientras el fotógrafo pasaba el tiempo con las damas de la alta sociedad que esperaban que las retratara más esbeltas y atractivas, la mujer se dedicó a investigar la historia del edificio donde se habían tomado las fotografías.

Aquella noche, mientras cenaban, la mujer le contó la curiosa historia de una chica de quince años que había sido violada y asesinada por su primo de veinte. El joven había acabado confesando su crimen y en ese momento

cumplía condena. La mujer había conseguido una fotografía de la joven poco antes de su muerte. Se la mostró al fotógrafo. La chica de ambas fotografías era la misma.

Éste fue uno de los primeros ejemplos de la presencia de un fantasma en un negativo fotográfico.

Hace unos años, sólo para demostrar que en la actualidad sucede lo mismo, un famoso actor hizo público en un programa de televisión que, durante el rodaje de una película, una mujer aparecía continuamente en la cinta revelada; una mujer que nadie había visto mientras se rodaba la película. En otras palabras, un fantasma.

Y lo mismo ocurre con las grabaciones de audio.

En muchas ocasiones hemos llevado grabadoras a los cementerios y las hemos dejado grabando durante horas. Al marcharnos, creíamos que no habíamos conseguido grabar nada. Sin embargo, al llegar a casa y reproducir la cinta, oíamos las voces de los espíritus que habitaban el cementerio.

Llevamos a cabo gran parte de nuestras investigaciones con otros miembros de la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra, de la cual he sido director desde hace años. La sociedad suele reunirse en el Hawley Manor Inn de New Town.

En un reciente programa de televisión, un espectador le preguntó con suficiencia a Lorraine si la sociedad estaba compuesta por «raritos».

La mujer pareció sorprendida cuando Lorraine le contestó: «En absoluto. A no ser que considere “raritos” a agentes de policía, psicólogos clínicos, profesores y curas católicos».

El público quedó impresionado por la respuesta de Lorraine y aplaudió con entusiasmo.

Evidentemente, Lorraine no mentía. A lo largo de los años, nuestro grupo, que siempre ha estado muy unido, ha contado con todo tipo de profesionales.

Incluso hemos tenido lo que denomino «escépticos profesionales», gente que no cree en nada a menos que se lo demuestres varias veces, como el agente inmobiliario al que en una ocasión llevé a una casa infestada de demonios. No sólo ponía en entredicho la existencia de los demonios, sino que ni siquiera creía una palabra de lo que había dicho el agitado hombre que nos había llamado. «Sólo busca publicidad», comentó mi escéptico amigo de la sociedad.

En realidad, su escepticismo duró hasta que empezaron a volar platos, vasos y cubiertos por la cocina y estuvo a punto de perder una oreja en el

proceso. Salió a toda prisa por la puerta trasera de la casa y no dejó de correr hasta llegar al coche. Cuando subió a él, cerró todas las puertas.

La sociedad ha atraído a muchos tipos distintos de personas, desde médicos a amas de casa.

Y las primeras personas en oír rumores acerca del cementerio Unión eran miembros de la sociedad.

Como Lorraine y yo solemos comentar en nuestras conferencias, muchos de los cementerios de Nueva Inglaterra están «encantados». Con esto queremos decir que hemos encontrado en ellos la presencia de muchos espíritus.

Por extraño que resulte, nunca habíamos prestado demasiada atención al cementerio Unión, pese a encontrarse a escasos minutos de nuestra casa, en Monroe.

El cementerio Unión está situado en un hermoso y ondulado paraje junto al cual discurre una carretera rural. Aunque habíamos pasado por delante de él en numerosas ocasiones, nunca nos habíamos detenido a estudiar su historia.

Sin embargo, varios miembros de la sociedad empezaron a recopilar las historias que oían acerca de él. Poco después, prácticamente todos los miembros de la sociedad se pusieron a investigar la historia del cementerio.

Hoy en día estamos muy satisfechos por el hecho de haber dedicado tantos días y tantas noches a trabajar en el proyecto del cementerio. Gracias a él, aprendimos muchísimas cosas sobre el mundo paranormal y ratificó nuestro convencimiento de que el estudio de los cementerios es una disciplina fascinante en sí misma..., especialmente si estás interesado en los fenómenos sobrenaturales.

Lorraine Warren

Todo lo que has oído acerca de Nueva Inglaterra en otoño es verdad. Es el paisaje más hermoso que he visto jamás, especialmente las flores como el áster blanca, la ageratina y el áster de campo cuando florecen. Las colinas tienen un aspecto neblinoso y melancólico a la tibia luz del sol otoñal, y relucen con los ardientes colores de las hojas del álamo, el haya, el fresno y el arce.

Durante el otoño se hace más evidente el influjo de la historia, sobre todo al contemplar los olvidados senderos indios que serpentean a través de los profundos y brillantes bosques.

Uno de mis libros favoritos sobre el estado es el clásico de Odell Shepard *Connecticut, Past and Present*, en el cual se dice: «No debe olvidarse que los primeros colonos blancos llegaron aquí para huir precisamente de los árboles. Para ellos el bosque era un enemigo que debía ser derrotado a toda costa. Para los recién llegados, armados con hachas de limonita, el bosque debía de parecerles invencible, inagotable; no obstante, al considerarlo el refugio de bestias, hombres salvajes y cohortes del demonio, sentían la necesidad de conquistarlo si no querían verse empujados de vuelta al mar... Más adelante, desde el interior del bosque construyeron sus granjas y trazaron sus carreteras; desde más allá del bosque llegaba su comida, sus muebles, sus cunas y sus ataúdes».

Y como señala Odell en el mismo libro, esta misma gente desarrolló una fascinación por las tumbas y los cementerios: «Evidentemente, la aseveración, muy extendida en el pasado, según la cual los puritanos de Nueva Inglaterra no tenían sentido de la belleza resulta absurda a la luz de lo que sabemos actualmente sobre sus iglesias, casas, muebles e incluso su tosca música; pero la refutación más enfática a dicha acusación aún no ha sido realizada. Se encuentra en el trabajo de los escultores que tallaron las emblemáticas figuras que forman parte de prácticamente todas las tumbas erigidas en Nueva Inglaterra durante los dos primeros siglos de su existencia».

La sociedad comparte el interés de Odell por los cementerios. Aparte de su atractivo estético (el terreno ondulante, las vallas metálicas y los monumentos de piedra blanca resplandecientes bajo el sol otoñal), los cementerios también nos permiten, a las personas como nosotros, entrever su historia oculta.

Uno de los miembros de la sociedad la descubrió, varios meses después de hablarnos por primera vez del cementerio Unión, al recibir una llamada telefónica para informarle acerca de dos hermanos que deseaban hablar con él tras haber visto a la famosa «Dama Blanca» sobre la que tantos vecinos habían oído hablar desde que eran niños.

Ésta fue la primera pista real para descifrar la historia del cementerio Unión.

Poco tiempo después, Ed y yo empezamos a escuchar historias acerca de diversos sucesos trágicos que habían tenido como protagonistas a personas que vivían cerca del cementerio.

Durante los siguientes meses, la sociedad descubrió que el cementerio Unión encajaba en la categoría de los «aspectos negativos del terreno» que

habíamos encontrado en otras partes del mundo, es decir, una zona del país en la que el índice de tragedias desafía la probabilidad estadística.

Actualmente, creemos que el cementerio Unión ha ejercido desde hace tiempo una influencia oscura en las vidas de numerosas personas que han vivido en un radio de diez kilómetros de él.

UN CASO DE LUJURIA Y ASESINATO

Los puritanos sentían una especial aversión por el adulterio. Para ellos, se trataba de uno de los peores pecados porque amenazaba la santidad de la familia.

Las leyendas y la sabiduría popular de Nueva Inglaterra están repletas de historias que tratan sobre las consecuencias del adulterio. En New Hampshire, por ejemplo, se cuenta que una mujer infiel fue decapitada por su marido, y ahora la mujer deambula de noche por los espesos bosques vestida con un fino vestido blanco manchado de sangre. Sin cabeza. Existen informes de esta aparición que se remontan a principios del siglo XIX.

En otro incidente, que tuvo lugar en Maine, un hombre y una mujer se encontraban asiduamente en una cañada rodeada de árboles. Pese a que los dos estaban casados con otras personas, no tuvieron ningún reparo en continuar con su relación extramarital durante tanto tiempo como fuera posible. Una noche, cuando la pareja se encontró una vez más en la cañada y empezaron a hacer el amor, un joven de aspecto extraño apareció a unos pocos metros del prado en el que yacían. Entonces, la mujer oyó un gemido, el sonido más triste que hubiera oído nunca, que la obligó a detenerse. Apartó a su amante y se acercó al extraño joven que se encontraba de pie en el límite de la cañada. El joven seguía llorando y parecía estar profundamente apesadumbrado. El amante no vio ni oyó al joven. Probablemente se preguntó si la mujer habría sufrido algún tipo de ataque nervioso.

Bajo la luz de la luna que bañaba la cañada, la mujer alargó una mano para posarla sobre el hombro del joven, pero ésta atravesó su cuerpo sin oponer resistencia. El joven no era de este mundo. La mujer se dio la vuelta para llamar a su amante, pero vio que éste corría en dirección a su casa. Se estaba comportando de un modo muy extraño; iba a meterlos a los dos en un gran problema.

La mujer también hizo ademán de huir, pero algo la retuvo. Entonces se dio cuenta de que estaba completamente sola en mitad del bosque, a la hora más oscura de la noche. El joven delante de ella empezó a titilar, como una imagen fantasmagórica que se vislumbra de forma intermitente. Sólo su llanto continuaba siendo estable y real.

Entonces le habló. Pero no con palabras, sino con imágenes; imágenes que proyectó de algún modo en su cabeza. La mujer vio a una familia joven y

feliz, a una esposa joven y vital, dos niños adorables y un marido... que era el mismo joven que tenía frente a ella aquella noche.

Las imágenes cambiaron y vio a la joven y vital esposa en los brazos de otro hombre, a punto de hacer el amor. A continuación, vio la imagen del joven esposo tirándose de un puente de piedra a última hora de una gélida noche del mes de febrero. Lo vio atravesar el hielo y sumergirse en las aguas frías y oscuras donde, pocos minutos después, moría ahogado.

Y ahora, vagando eternamente por los bosques donde su mujer le había traicionado, el espíritu del hombre lloraba por la vida que había tenido antes de que su joven esposa la destruyera.

La mujer, escarmentada y sabedora de que nada podía hacer por consolar al espíritu, se marchó a casa y nunca más volvió a serle infiel a su marido, pues ahora comprendía cuán destructivas pueden llegar a ser las consecuencias del adulterio.



En los archivos del cementerio Unión hay un cuento que trata, hasta cierto punto, del adulterio. Más bien deberíamos llamarlo adulterio fallido, porque cuenta la historia de un hombre que anhelaba a la esposa de otro hombre y que, como consecuencia de ello, terminó destruyendo tres vidas, la suya incluida.

Hace unas cuantas décadas, el otoño registró unas temperaturas más propias del verano y el calor se alargó hasta bien entrado el mes de noviembre.

La mujer, que se llamaba Janet, era muy atractiva. Formaba parte del coro de la iglesia y muchos de los hombres que acudían a los servicios se sentían intensamente atraídos por ella.

Para desgracia de los aspirantes a pretendiente, Janet estaba felizmente casada con un hombre llamado Sam Headley. Sam trabajaba casi todo el día en una fábrica de las proximidades y, el fin de semana, puesto que era un gran amante de la naturaleza, se dedicaba a hacer senderismo.

En aquella época, un hombre llamado Bryan Walsh también vivía cerca de Monroe y veía a Janet con regularidad cuando ésta paseaba por la localidad. Janet solía pasar por delante del cementerio Unión, sobre todo los días que hacía buen tiempo. En sus paseos, los perros y los gatos la seguían allí adonde iba. Janet parecía despertar en estos la misma fascinación que sentían los aspirantes a pretendiente.

A Walsh le envolvía un aura de misterio. Pese a hacer sólo unos meses que residía en aquella zona y no tener ninguna ocupación conocida, parecía vivir razonablemente bien. Tenía alquilado un pequeño apartamento en una casa de huéspedes antigua y lujosa y se pasaba el día congraciándose con los habitantes de mayor edad, con los cuales se relacionaba durante el día cuando las personas de su edad estaban trabajando o en casa con los niños.

Aunque nadie pudo demostrar nunca su pasado circense, se rumoreaba que Walsh había trabajado durante su juventud en una feria ambulante como ayudante de un mentalista conocido con el poco probable nombre de Swami Ortiz. Según cuenta la historia, una primavera Swami Ortiz vio en su bola de cristal algo que lo perturbó profundamente: a Walsh llevando por la fuerza a Sophia, la trapecista, al Túnel del Amor, donde intentaba estrangularla por haberle sido infiel. Sin embargo, Walsh no hizo caso de las advertencias de Swami para que no llevara a Sophia al túnel. En la oscuridad, a bordo de la barca que recorría la atracción sobre el agua, Walsh se sintió invadido por una furia desconocida hasta entonces. Acusó a Sophia de haberle traicionado y se abalanzó sobre ella para estrangularla, pero Swami Ortiz llegó a tiempo para salvar a la joven. Deshonrado, Walsh abandonó la feria ambulante y estuvo varios días deambulando por el campo hasta llegar a la zona donde se encuentra el cementerio Unión.

Aquel mismo otoño, Bryan Walsh se obsesionó con Janet Headley. La seguía a todas partes, intentaba llevarla a determinados lugares con él y la telefoneaba cuando su marido no estaba en casa.

Las personas que le conocieron en aquella época aseguran que Walsh parecía haber perdido literalmente la cabeza por ella.

En dos o tres ocasiones le hizo fotografías y, al parecer, las llevaba siempre encima. Se detenía para mirarlas y, a continuación, iba en su búsqueda, como en la actualidad suelen hacer los «acosadores».

Más tarde su casera refirió a la policía un curioso incidente que tuvo lugar una noche tormentosa poco después de que Walsh se mudara a la casa de huéspedes. Mientras se preparaba un té antes de irse a la cama, oyó un estrépito repentino sobre su cabeza, justo donde se encontraba el apartamento de Walsh. Subió para comprobar qué estaba ocurriendo.

Al llegar a la puerta, vio el suelo cubierto de tazas, platillos y platos hechos añicos.

Pero eso no era todo; justo detrás de Walsh había un plato suspendido en el aire que giraba lentamente por la habitación.

La casera, una lectora habitual de la revista *Fate*, estaba perfectamente informada acerca de la actividad *poltergeist*. Sabía que, aunque la mayor parte de dicha actividad se centra alrededor de los niños, también habían habido casos en los que mentes adultas profundamente perturbadas —mentes que podían considerarse psicóticas— también son capaces de generar fenómenos *poltergeist* tan espectaculares.

¡Y no le cupo duda de que eso es lo que se estaba produciendo allí!

En los días siguientes al incidente, la casera intentó colarse en el apartamento de Walsh para comprobar si éste disponía de algún tipo de parafernalia ocultista. Pero Walsh, contraviniendo las normas de la casa, había instalado un candado para bloquear la puerta. Y ella no se atrevía a pedirle la llave.

Walsh seguía a Janet un día sí y el otro también, completamente convencido de que algún día sería suya en todos los sentidos de la palabra. No sólo abandonaría por propia voluntad a su marido, sino que se entregaría a Walsh en cuerpo y alma. Terminaría estando bajo su control absoluto. ¡Y a ella le encantaría!

Con el tiempo, Sam Headley descubrió que Bryan Walsh estaba acosando a su mujer.

De hecho, algunas personas incluso aseguran que Sam fue a ver a Walsh en varias ocasiones para advertirle acaloradamente de que se mantuviera alejado de ella.

Entonces, la fantasía que consumía a Walsh, es decir, que algún día Janet se convertiría en su esposa, tomó un derrotero aún más peligroso.

Walsh se convenció a sí mismo, lo que demuestra claramente su estado de enajenación, que si Sam Headley moría, Janet se casaría con él.

Bryan Walsh lo planeó todo durante el mes siguiente.

Asesinaría a Sam Headley y enterraría el cuerpo en un sumidero próximo al cementerio, detrás de la iglesia baptista. Le pondría una plomada y hundiría el cuerpo en lo más profundo del sumidero para que nadie lo encontrara jamás.

Le dio a Janet una semana de respiro. Ésta, creyendo que finalmente Walsh había renunciado a sus tentativas, pasó una semana relajada y feliz en su casa.

Hasta que, una noche, Sam no regresó a casa después del trabajo. Como a veces hacía horas extra, al principio creyó que la llamaría para decirle dónde estaba y a qué hora iba a llegar.

Cuando llegó la medianoche, a Janet le embargó el pánico. Sam era un marido muy fiable. No importa lo que ocurriera, siempre la llamaba para avisarla.

Por la mañana, Janet Headley llamó a la policía, quien comprobó que Sam se había marchado del trabajo a la hora habitual y había emprendido el camino de regreso a casa. No obstante, en algún punto a lo largo de la ruta que solía tomar, se había desviado y había desaparecido.



Como más tarde recordaría, Bryan Walsh estaba delante del lavabo, afeitándose y observando en el espejo el arco que trazaba la cuchilla, cuando notó cómo bajaba la temperatura del baño, como mínimo, unos diez grados. En un primer instante pensó que se había abierto una ventana, pero en aquel baño no había ninguna.

Y, entonces, un terrible hedor inundó la habitación; un hedor que le hizo pensar en la matanza del cerdo un caluroso día de verano en el pequeño pueblo donde había crecido.

Walsh se dio cuenta repentinamente de que había alguien detrás de él. Apartó un instante los ojos del espejo y, cuando volvió a mirarlo, vio una oscura figura humana en el cristal.

Se quedó petrificado. Quería gritar. Se sentía tan indefenso como un niño de seis años.

Entonces, la figura cruzó el cuarto de baño en dirección a la pared. Dudó un instante y, después, la atravesó y desapareció.

Con la espuma de afeitar aún en la cara, Walsh volvió rápidamente a su habitación y se sentó en el borde de la cama, donde empezó a recordar lo ocurrido la noche anterior. Había seguido a Sam Headley hasta su coche..., le había dejado inconsciente..., le había destrozado la cabeza con un martillo... y después había llevado el cuerpo hasta el sumidero, donde lo había asegurado con una plomada antes de empujarlo para que se sumergiera a gran profundidad. Así nadie lo encontraría nunca.

Todo saldría bien, se había dicho a sí mismo Walsh la noche anterior. Con el tiempo, Janet pensaría que su marido la había abandonado y recurriría al hombre que la amaba desde hacía tiempo en busca de consuelo y solaz...

Walsh permaneció sentado en su habitación. Seguía temblando debido al súbito descenso de la temperatura.

Intentó convencerse a sí mismo de que lo que había visto en el cuarto de baño no había sido más que una alucinación. Estaba cansado, nervioso e

imaginaba cosas.

Entonces, al oír cómo crujían las tablas del suelo de madera, levantó la cabeza y volvió a ver emerger de la pared junto al escritorio la oscura figura con forma humana.

Walsh corrió hacia la puerta, la abrió de un tirón y llamó a gritos a la casera para que subiera rápidamente.

Era consciente de lo embarazoso que resultaba que un hombre adulto se dejara llevar por semejante histerismo pero... «En la habitación —le dijo a la casera cuando esta llegó al segundo piso—. ¡Hay alguien dentro!».

La mujer le miró con semblante extraño, sacudió la cabeza y entró en la habitación.

Tiempo atrás, la casera había visto a muchos hombres con *delirium tremens*. Beber en exceso inhibe el proceso de los sueños y, por tanto, al ser incapaces de soñar mientras duermen, los alcohólicos empiezan a soñar despiertos. O a tener pesadillas.

Y eso es lo que la casera pensó que estaba ocurriendo. Era evidente que a Walsh le gustaba empinar el codo. La falta de sueño y el exceso de alcohol podían hacer que un hombre se asustara por cualquier motivo.

La mujer inspeccionó el dormitorio y el cuarto de baño. Como había supuesto, no encontró nada fuera de lo normal.

Por entonces, otros huéspedes se habían congregado en el vestíbulo para averiguar qué estaba ocurriendo. Las miradas que dirigían a Walsh eran reveladoras: ni les caía bien ni confiaban en él. Ninguno de ellos se sorprendió al descubrir que había sufrido algún tipo de ataque nervioso.

La casera salió de la habitación y declaró que en ella no ocurría nada malo. Acompañó sus palabras con un guiño y una media sonrisa dirigida a los otros huéspedes.

Asustado, Walsh regresó a su habitación con paso vacilante. En cuanto cerró la puerta, los huéspedes allí congregados rompieron a reír.

Maldito hijo de puta. Lo tiene bien merecido por beber como bebe.



Aquella noche, Walsh durmió con la luz encendida. Como un niño.

Soñó que la oscura figura de forma humana le perseguía por un callejón estrecho e interminable, sólo iluminado por antorchas muy separadas entre sí. El suelo se movía con cientos de serpientes negras y gruesas. Sabía que si caía, éstas lo cubrirían y...

Despertó entre gritos.

Al principio no supo dónde estaba.
Pero entonces lo recordó.
Y recordó lo que había hecho.
Headley. Muerto. Sumidero.
Pero nadie encontraría nunca el cuerpo.
Nunca. No con las plumas de hierro que Walsh había atado al cuerpo.
No en aquel sumidero tan profundo.
No. Nadie lo encontraría jamás...



Durante los meses siguientes, partidas de búsqueda formadas por hombres y perros peinaron los alrededores en un intento por encontrar el cuerpo. Pero los esfuerzos resultaron infructuosos.

Un policía dijo haber tenido un sueño donde vio a Sam Headley cayendo por una especie de vórtice. El sueño no tenía ni pies ni cabeza, y todo el mundo, incluida Janet Headley, lo descartó.

Bryan Walsh lo observó todo al volante de su vehículo, los grupos de hombres, las manadas de perros.

Se alimentó bien. Durmió bien. Por la noche se quedaba en su habitación, escuchando el tráfico, disfrutando de un *bourbon* con agua mientras decidía sus próximos movimientos.

No estaba seguro de cuándo sería el momento propicio para presentarse en casa de Janet y preguntarle si podía entrar, y sentarse en su sofá y entregarle un ramo de flores recién cortadas y...

Probablemente debería esperar aún unos cuantos meses.

Porque, de lo contrario, la gente empezaría a hablar.

Porque, de lo contrario, la gente empezaría a sospechar.

Porque, de lo contrario, la policía pensaría que...

Pasaron algunos días más.

Entonces Bryan Walsh vio a Janet en la calle, a plena luz del día. No pudo dar crédito a lo que veían sus ojos.

Janet tenía los ojos hundidos, unas ojeras profundas, había perdido al menos cinco kilos y ya no vestía con la meticulosidad de la que antes había hecho gala. Tenía un aspecto desaliñado y anodino; a pesar de su belleza, no destacaba.

¿Cómo había podido abandonarse hasta aquel punto?

Cuando empezara a cortejarla, la convencería de que volviera a vestir bien.

Pasado un tiempo, la policía dejó de buscar el cuerpo. Sam Headley había desaparecido y era imposible encontrarle.

La gente reanudó sus actividades habituales. Ciertamente, seguían especulando sobre la naturaleza exacta del crimen mientras tomaban un café, y los niños aún soñaban con el hombre del saco oculto en sus oscuros armarios, pero Sam Headley estaba en paradero desconocido.

Bryan Walsh pasaba varias veces al día por delante de la iglesia blanca detrás de la cual estaba el sumidero.

En sus profundidades estaba el cuerpo de Sam Headley. Walsh no sentía remordimiento alguno por el crimen que había cometido. De hecho, sentía una especie de orgullo perverso. Había hundido el cuerpo introduciendo en todos los bolsillos plumadas de hierro de unos dos kilos de peso.

Headley se había ido para siempre.



Hacía poco que Walsh se había metido en la cama cuando oyó los gritos en la calle.

En un primer momento creyó que estaba teniendo una pesadilla.

Era tarde..., hora de dormir... ¿quién estaría gritando a aquellas horas? Se levantó y fue hasta la ventana. Descorrió las cortinas y miró afuera.

Era una medianoche otoñal y la calle estaba oscura. En la esquina, la luz de una farola solitaria iluminó a un pequeño grupo de hombres subidos en la parte trasera de una camioneta.

De ahí es de donde procedían los gritos.

¿Qué estaría pasando?

Bryan Walsh se quedó paralizado de pánico. Durante los siguientes minutos lo único que pudo hacer fue permanecer de pie en ropa interior en mitad de la habitación mientras emitía sonidos quejumbrosos y lloriqueos, como suelen hacer los animales cuando se sienten frustrados.

Todo parecía indicar que habían encontrado el cuerpo.

Pero ¿cómo?

Lo había asegurado con las plumadas..., lo había hundido en lo más profundo del sumidero..., no había dejado rastro alguno de sangre ni de ropa.

¿Cómo lo habían descubierto?

Walsh no pudo resistir la tentación de acercarse a la iglesia para comprobarlo.

Cuando llegó allí, el terreno que rodeaba a la iglesia estaba iluminado.

Alrededor del sumidero debía de haber unos veinte hombres, entre ellos algunos policías.

Walsh lo observó todo desde la calzada.

—Ha subido a la superficie —le dijo un hombre que se había acercado para pedirle una cerilla—. Aunque tenía plomadas atadas al cuerpo y todo eso, al final ha salido a la superficie. Es como si quisiera asegurarse de que supiéramos que estaba ahí abajo. ¿No le parece extraño?

El médico forense se acuclilló junto al cuerpo tendido sobre el césped de la iglesia.

—Nunca había visto algo así. Es como si la tierra lo hubiera escupido de vuelta o algo parecido..., como si alguien quisiera que lo encontráramos.

—Y todas esas plomadas —comentó uno de los hombres congregados allí—. ¿Cómo es posible que haya flotado hasta la superficie con todo eso encima?

El médico forense meneó la cabeza.

—Creo que eso es algo que no sabremos nunca. La verdad es que no resulta fácil encontrarle una explicación. Supongo que... simplemente ha subido.



Cinco minutos después, Walsh volvía a estar en su habitación. Pero no para acostarse, sino para recoger sus cosas. Metió apresuradamente todas sus pertenencias en dos grandes maletas.

Había llegado el momento de irse.

De poner tanta tierra de por medio como le fuera posible.

Hizo el equipaje a oscuras. La única fuente de luz provenía de la lejana farola. Un sudor frío le cubría todo el cuerpo.

Cuando alargó la mano hacia el pomo de la puerta, oyó algo.

Las pisadas de dos personas en la escalera.

Subiendo.

Encaminándose directamente hacia su habitación.

Miró aterrorizado hacia la ventana.

¿Tenía tiempo de abrirla y...?

—Señor Walsh —dijo una voz masculina—. Le habla el jefe de la policía. Me gustaría hablar con usted unos minutos.

Walsh soltó las maletas y se acercó de puntillas a la ventana.

Justo cuando estaba subiendo la parte inferior, y el aire frío y seco de aquella noche del mes de octubre le envolvía, la puerta se abrió y, tras ella,

apareció el jefe de policía con un gran revólver en la mano.

El jefe era casi tan voluminoso como la propia puerta.

—Creo que lo mejor será que me acompañe a la comisaría para mantener una pequeña conversación, señor Walsh.



A la mañana siguiente, Bryan Dean Walsh confesó el asesinato de Sam Headley. El juez le impuso una pena muy alta y entró en prisión inmediatamente.

Durante su estancia en la cárcel, dos cosas ocuparon todos sus pensamientos.

El motivo por el cual Janet Headley nunca respondiera a ninguna de las cartas que él le enviaba puntualmente cada mes.

Y cómo fue posible que un cuerpo con varias plomadas flotase hasta la superficie de un sumidero.

Fue como si algún tipo de fuerza invisible hubiera impulsado el cuerpo hacia arriba...

Bryan Walsh pasó el resto de su vida en prisión.

A pesar de que la historia referente a la aparición de la figura oscura con forma humana no ha podido comprobarse nunca, varios prisioneros aseguraron que Walsh se lo había confesado durante los años de su confinamiento. Al parecer, Walsh seguía intentando encontrar una explicación al hecho de que un cuerpo con plomadas pudiera flotar hasta la superficie de un sumidero.

EL SACRISTÁN SOLITARIO

Hace unos meses, el presentador de un programa de televisión dedicado a fenómenos ocultos utilizó los términos *fantasma* y *aparición* como si éstos tuvieran el mismo significado. Pero no son sinónimos. Normalmente, los fantasmas son «bobos»; permanecen en el mismo lugar en el que vivieron, apenas se comunican con los vivos y la mayoría de ellos no son maliciosos. En esencia, son seres que no han podido resolver sus aflicciones terrenales y vagan con la esperanza de desprenderse de ellas.

Las apariciones son algo completamente distinto. Para empezar, suelen interactuar con sus huéspedes terrenales. Además, con frecuencia tienen el poder de advertir a sus amigos vivos de cosas terribles que están a punto de sucederles.

Una famosa estrella del rock contó cómo una vez subió al autocar que utilizaba durante las giras... y volvió a bajar antes de llegar al asiento trasero.

Su primo, con el que había crecido pero que, lamentablemente, había muerto a los catorce años como consecuencia de un accidente mientras trabajaba en el campo, se le apareció en mitad del pasillo, cerca de la parte posterior del autocar.

La aparición le advirtió que aquella noche iba a suceder algo terrible en aquel autocar.

Agitado, la estrella del rock se quedó mirando fijamente a su primo, quien tenía el mismo aspecto que había tenido la noche antes de su muerte. Entonces las luces de un vehículo iluminaron las ventanillas del autocar y la estrella del rock vio que su primo en realidad no era de carne y hueso, sino más bien una especie de proyección cinematográfica.

La estrella del rock se asustó hasta tal punto por lo que había visto que bajó del autocar inmediatamente, se alejó calle abajo, alquiló un coche y condujo él mismo hasta el siguiente destino de la gira. Tres horas más tarde, el autocar tuvo un accidente en el que fallecieron el conductor y uno de los pasajeros.

Otra historia famosa sobre apariciones tiene como protagonista a un verdugo que recibió la visita, la noche antes de una ejecución en el año 1883, del hombre que debía colgar a la mañana siguiente.

El hombre le aseguró que era inocente y le advirtió de funestas consecuencias para su persona si llevaba a cabo la ejecución.

La mujer del verdugo se sentó en el borde de la cama y se preguntó con quién estaba hablando su marido en la oscuridad del dormitorio. La mujer no veía al visitante.

Por la mañana, la ejecución se llevó a cabo como estaba previsto. El cuello del prisionero se partió al primer intento.

Durante el mes siguiente, el verdugo no salió mucho de casa. La aparición le había metido el miedo en el cuerpo. Su mujer se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, su marido deambulaba por la casa hablando solo.

Al cabo de unos días, se despertó en mitad de la noche y vio que su marido no estaba en la cama. Asustada, fue en busca de la linterna de queroseno, la encendió y recorrió toda la casa en busca de su marido.

Lo encontró en el sótano. Su marido había atado el extremo de una cuerda a una viga, había hecho un nudo corredizo con el otro extremo y se había colgado.

La mujer salió de la casa a toda prisa mientras no dejaba de chillar.

Un vecino se encargó de bajar al sótano y cortar la soga. Por entonces el hombre ya estaba muerto.

En el segundo piso, la mujer encontró una nota: «No me he suicidado. Me ha colgado Howard Pratt».

Nadie pudo descifrar nunca el significado de la nota. Howard Pratt era el nombre del prisionero que el verdugo había ejecutado un mes atrás.



En los archivos del cementerio Unión hay también una historia de aparición y obsesión...

A mucha gente le cuesta entender la historia de Neil Holten, un físico con mucho talento de cuarenta años de edad que había sobrevivido a una terrible experiencia con el cáncer. Debido a todo su bagaje, Neil debería de haber sido un buen padre de familia y un miembro comprometido de la comunidad.

Sin embargo, Neil dedicaba su tiempo libre a hacer de sacristán en el cementerio, asegurándose de que no se cometieran actos vandálicos contra las lápidas, ayudando a mantenerlo en buen estado y, a veces, incluso realizando todo tipo de trabajos durante horas.

A Neil también le encantaba hacer senderismo. A sus escasos amigos les confesó que nada le hacía más feliz que coger los esquís e ir a pescar y cazar a las montañas de Adirondack en pleno invierno. Era evidente que sentía una especial atracción por la blanca belleza de las montañas.

Y cuando no tenía tiempo de viajar, se ponía las botas de nieve y se dedicaba a recorrer los alrededores del cementerio.

El día que vio a la persona que más tarde describiría como el «hombre oscuro» estaba haciendo precisamente eso.

El sol brillaba con fuerza y el viento de poniente, que levantaba la nieve y formaba nubes doradas, le cegaba mientras avanzaba pesadamente por las colinas con sus esquís de montaña.

Cuando descendía por la pendiente que lleva al cementerio, vio a un hombre enfundado en la negra indumentaria típica de los pastores de la iglesia; aunque aquella indumentaria parecía tener más de dos siglos.

«¡Hola!», gritó Neil para hacerse oír por encima del viento. Sin embargo, el pastor no dio muestras de haberle oído, pues continuó subiendo por la colina.

Neil aumentó el ritmo para intentar alcanzar al hombre y hablar con él.

Mientras lo hacía, no dejaba de preguntarse por qué alguien se vestiría de aquel modo para caminar por la montaña, especialmente tres días antes de la Navidad y con aquel frío.

Pero no logró alcanzarlo. La escurridiza figura vestida de negro aparecía y desaparecía en mitad del torbellino de nieve.

Neil se detuvo y vio cómo la figura alcanzaba la cumbre de la colina y desaparecía definitivamente.

No había otro modo de describirlo. El hombre oscuro estaba allí y, un segundo después, ya no lo estaba.

Se había evaporado.

A lo largo de las semanas siguientes, Neil fue perdiendo el interés en todo salvo en la oscura figura que había visto aquella soleada tarde de invierno.

Finalmente, le confesó su experiencia a su amigo Paul. E incluso le convenció para que le acompañara a las colinas que rodean el cementerio en busca del hombre oscuro.

Neil y Paul dedicaron gran parte de su tiempo libre a la búsqueda del hombre oscuro.

Sin embargo, todos sus intentos resultaron infructuosos.

No vieron nada.

Obviamente, Paul empezó a preguntarse si Neil no habría sido víctima de una alucinación, si el hombre oscuro no sería más que una creación de la perturbada mente de su amigo. La lucha contra el cáncer le había consumido muchas energías..., y quizá en un estado de debilitamiento..., bueno, tal vez Neil estaba imaginando cosas.

No obstante, un viernes a última hora de la tarde, después de una larga caminata por las montañas, todas las dudas de Paul se disiparon.

Cuando regresaban nuevamente camino del cementerio, frustrados como siempre por no haber visto nada, Neil exclamó: «¡Mira!».

Al principio la mente de Paul se negó a creer lo que veían sus ojos.

A unos veinte metros del perímetro del cementerio había un hombre joven vestido con las pieles de ciervo y el gorro de mapache típicos de los tramperos del siglo XVII. Las pieles estaban mugrientas y usadas. El hombre parecía tan sorprendido de verlos como ellos lo estaban de verle a él. No dejaba de observar la ropa de Paul y Neil.

«¿Adónde va?», le preguntó Neil.

Cuando habló, el hombre lo hizo en una lengua que guardaba un remoto parecido al inglés actual.

El hombre les dijo que debía cruzar aquel campo para reunirse con unos amigos.

Neil se dio cuenta enseguida de que allí ocurría algo muy raro.

Para empezar, el nombre de los «amigos» que el joven había mencionado le resultaban familiares, aunque no estaba seguro del motivo.

En segundo lugar, la ruta que el joven pretendía tomar era imposible porque pasaba directamente a través del pantano de Easton. Un hombre que hubiera nacido hace un siglo no sabría de la existencia del pantano...

El joven empezó a alejarse.

Neil y Paul le conminaron a detenerse.

Sin embargo, como ya había ocurrido con la figura oscura, el joven se desvaneció antes de que pudieran detenerle y hacerle más preguntas.



Neil siempre había sentido un gran interés por la historia de la región. Disponía de una biblioteca considerable con libros sobre las leyendas y los mitos de la zona.

También tenía un libro que recopilaba los nombres de los primeros colonos. Entre aquellos nombres, Neil encontró a las personas que el joven trampero había mencionado al hablar de sus amigos.

Claro que los nombres le habían resultado vagamente familiares. Eran los mismos con que se había topado una y otra vez en sus libros de historia.

¡Aquello significaba que el joven que habían visto debía de tener al menos doscientos años!



Paul aceptó la verdad, empezó a interesarse por las cuestiones paranormales y durante el resto de su vida sintió una especial atracción por los fenómenos ocultos y sobrenaturales.

Neil no se lo tomó tan bien.

El encuentro con el espíritu del trampero le produjo una gran inquietud.

Tuvo problemas para conciliar el sueño, perdió peso y se debilitó.

Según sus amigos, Neil empezó a sumergirse en la naturaleza de los fantasmas y descubrió que, como dijo el productor televisivo Alan Landsburg en su libro *En busca de...*: «Un fantasma es una personalidad fragmentada que continúa morando en los lugares que solía frecuentar en su existencia anterior, ya sea una casa o el lugar de trabajo, pero siempre estrechamente vinculado al emplazamiento donde murió la persona. Los fantasmas no viajan, no siguen a los vivos y raramente abandonan las inmediaciones de la tragedia».

O, como señaló Margaret Waite en su libro *The Mystic Sciences*, el afamado escritor ocultista Hans Holzer «cree que todos los fantasmas son entidades psicóticas y desorientadas que no han sido capaces de superar alguna tragedia importante de su vida física.

»Holzer tiene una interesante teoría según la cual las tensiones emocionales de la persona podrían constituir un campo electromagnético parecido al campo de radiación de la atmósfera. “A fin de cuentas —se pregunta Holzer—, si una explosión atómica puede provocar que una parte de la atmósfera se vuelva radioactiva durante años, ¿por qué no puede ocurrir lo mismo con el estallido en miniatura provocado por una muerte repentina?”».

Una «atmósfera» de esas características explicaría por qué Neil terminó afectado por una profunda depresión. Neil vio algo simbólico —y algo de sí mismo— en el misterioso trampero que recorría la misma zona año tras año, siglo tras siglo.

Su debilitamiento físico era más que evidente. Ahora se pasaba gran parte del día durmiendo y dejó de comunicarse con la mayoría de sus amigos.

A veces alguien le veía observando fijamente la colina donde había visto por primera vez al misterioso trampero.

Aunque a su médico le preocupaba que el cáncer se hubiera reproducido, las diversas pruebas a las que fue sometido no evidenciaron ningún problema físico.

Algunos creen que, durante aquel tiempo, Neil recibía las visitas de un «desencarnado», un espíritu cuya personalidad terrenal ha sobrevivido íntegramente a la muerte. Al contrario que los fantasmas, los cuales raramente se comunican, o los espíritus, quienes a menudo se comunican pero únicamente para advertir a los vivos de algún peligro inminente, los desencarnados son espíritus «integrales», si se me permite la expresión, capaces de expresar muchas de las emociones humanas: placer, dolor, tristeza, incluso celos. En los años treinta se pusieron de moda las novelas de ficción popular en las que hombres jóvenes y solitarios se enamoran de hermosas mujeres desencarnadas. Thorne Smith, el creador de Topper, escribió varias novelas con dicha temática.

Es probable que el desencarnado que habría visitado a Neil llegara a través de un portal creado por el interés que sentía éste por lo oculto..., aunque también por la ansiedad que le provocaba su propia muerte. Nunca pudo olvidar del todo el cáncer que había padecido.

Algunos aseguran que el desencarnado que se comunicó con él tenía un buen corazón e hizo todo lo posible por convencer a Neil de que existía un mundo mejor en la otra vida.

No sabemos qué pensamientos ocupaban la mente de Neil durante aquel tiempo, pero lo que sí sabemos es que cierto día decidió descubrir por sí mismo ese «mundo mejor».

Unas semanas más tarde, se suicidó.

El día de su entierro, un guarda forestal informó de la presencia de una misteriosa figura: un hombre vestido con la indumentaria de un trampero, de pie en la colina que bordea el cementerio.

Observando.

EL MONASTERIO EMBRUJADO

«Según la teoría ocultista, una parte de la energía del cuerpo permanece en éste después de la muerte. Por ese motivo necesitaban un cuerpo fresco [para el sacrificio]. Lo llevaron a un lugar oscuro y protegido de la vista por los tejos, abierto en canal y ungido con una mezcla de sangre menstrual templada, espuma de perros rabiosos, la giba de una hiena alimentada de cadáveres, la piel de una serpiente después de la muda y las hojas de una planta sobre las que hubiera escupido Erictón», escribió Margaret Waite en su obra *The Mystic Sciences*.

Margaret Waite nos describe un intento de práctica necromántica en la Roma arcaica, es decir, el ritual que permite atraer a los espíritus de los muertos para que nos ayuden a cometer graves pecados o crímenes.

En la actualidad, en una época tan «sabia» como la nuestra, la necromancia puede parecernos irrelevante, pero un simple vistazo a algunos de nuestros asesinos en serie podría hacernos cambiar de opinión. Tanto Charles Manson como Ted Bundy sentían un interés especial por lo oculto, especialmente por la nigromancia.

Y con el resurgir de los cultos satánicos en la América actual, la necromancia vuelve a practicarse de nuevo.

La Sociedad para la Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra suele recibir el encargo de examinar aquellos cementerios en los que se ha producido algún tipo de actividad nigromántica. En palabras de Ed Warren en un reciente programa de televisión: «Algunas personas leen un libro sobre magia negra e, inmediatamente después, visitan el cementerio más próximo para invocar espíritus oscuros. Dado que no se produce ningún resultado visible, este tipo de personas piensan que han hecho algo mal y se dedican a otra cosa. Por desgracia, el mundo sobrenatural no funciona así. Cuando se invocan a demonios y espíritus, éstos suelen acudir, aunque a veces tardan un poco en aparecer. Últimamente hemos detectado una considerable actividad demoníaca en los cementerios, y ésta suele ser el resultado de estos nigromantes aficionados».



En los archivos del cementerio Unión hay un ejemplo de nigromancia, el extraño caso del monasterio embrujado.

Hace algunas décadas, un grupo de monjes devotos llegó a la zona para construir un monasterio. Su intención era la de erigir un hermoso y noble monumento en honor a Dios, y para ello utilizarían la piedra y la madera de la región. Levantarían el monasterio en lo alto de una colina, para vivir en comunión con las estrellas en la vasta noche de Nueva Inglaterra.

La historia nos cuenta que, durante la Edad Media, hubo algunos monasterios en el corazón de Europa dedicados a las prácticas satánicas.

Más de un sacerdote, buscando refugio de la tormenta, terminó sentado a una triste mesa de madera situada en una habitación con aspecto de mazmorra frente a un monje cuyos ojos oscuros reflejaban la locura de su pacto con Satanás.

Estos monjes renegados eran nigromantes. ¡Pobre del viajero que cayera en sus manos! Uno de estos sacerdotes santos más tarde relató que había sido testigo de una ceremonia que tuvo lugar a medianoche en un profundo sótano donde una joven virgen de quince años oriunda de un pueblo cercano había sido primero violada y después descuartizada con unos largos cuchillos que brillaban a la luz de las velas. El cadáver se utilizó como sacrificio para invocar a los muertos. El sacerdote consiguió huir y, al llegar a París, advirtió al gran arzobispo sobre aquella repugnante secta. Éste envió a tres de sus mejores guerreros-sacerdotes para que se ocuparan de los infieles. No obstante, cuando llegaron al lugar que les habían indicado, encontraron el monasterio vacío. Los monjes hacía tiempo que se habían ido.

Algunos años después, el arzobispo decidió volver a consagrar el monasterio y entregárselo a los frailes dominicos. Sin embargo, después de que diversos grupos de monjes y frailes intentaran vivir allí sin demasiado éxito, el arzobispo llegó a la conclusión de que el terreno donde se asentaba el monasterio era inhabitable. La cosecha no crecía, el agua del pozo era tan amarga que no podía beberse y los gritos y gemidos de los muertos demoníacos se oían a través del suelo.

El terreno estaba maldito y, por tanto, no era adecuado para aquellos que seguían los caminos del Señor.



En el monasterio de la región del cementerio Unión nada iba bien. Por muchas horas y empeño que los monjes dedicaran a la construcción de los

cimientos, éstos nunca estaban bien. Por mucho esfuerzo que pusieran en la construcción del tejado, la estructura siempre terminaba desplomándose.

Por si eso no fuera poco, también hubo incendios provocados por llamas que aparecían súbitamente sin motivo aparente y que destruían gran parte del trabajo ya terminado.

En la actualidad, al subir por la colina que lleva al monasterio, lo único visible son unas cuantas piedras desperdigadas y escombros. Aún puede distinguirse el lugar donde tenían previsto construir los cimientos, imaginar las ventanas que habrían permitido a los monjes observar las estrellas por la noche y el terreno donde pensaban emplazar un amplio jardín.

Sin embargo, hoy en día sólo quedan unas cuantas piedras y escombros. Desde lo alto de la colina se oye el prolongado silbido del viento agitando la hierba y las plantas que cubren todo el esfuerzo que los monjes pusieron en este lugar.

Es la misma sensación que te invade al visitar las ruinas de un templo inca, la de un pasado majestuoso sobrepasado por el tiempo y el capricho de los dioses.

La sociedad dedicó toda una primavera a investigar el terreno sobre el que debía construirse el monasterio.

Y llegó a la conclusión de que el terreno está maldito.

A finales del siglo XIX, un grupo de personas que viajaba a través de la región acampó aquí durante casi un mes en condiciones muy primitivas. Tuvieron altercados con algunos habitantes de la zona y problemas con la ley. Según algunos rumores, por la noche realizaban extrañas actividades. Una vez que se hubieron marchado, se encontraron los huesos limpios de distintos animales en una fosa de arena y, más tarde, se descubrieron símbolos satánicos tallados en los troncos de diversos árboles. Muchas de estas personas acamparon en el lugar donde, tiempo después, debía construirse el monasterio.

Aunque no existe ninguna evidencia del paso de aquellas personas por la zona —a veces este tipo de «personas» son sólo el producto de rumores y chismorreos—, la sociedad cree que existieron, que se detuvieron aquí, que realizaron ritos nigrománticos... y que ése es el motivo por el cual el terreno está maldito.

El edificio sigue en pie hoy en día..., su majestuosidad pasto de las malas hierbas y las plantas. Cuando lo visitas, como Ed y yo hicimos recientemente, no puedes evitar pensar qué se siente al caminar entre las ruinas de una civilización desaparecida.

El lugar aún se utiliza para realizar actividades satánicas.

En un viaje reciente para realizar labores de campo, algunos miembros de la sociedad se acercaron a las inmediaciones del viejo monasterio y encontraron velas negras y demás parafernalia relacionada con la magia negra. Al parecer, los seguidores del culto satánico han regresado a este viejo emplazamiento y vuelven a utilizarlo.

No es de extrañar que los devotos monjes cesaran en su empeño de construir el monasterio... y huyeran de ese terreno maldito.

EL QUEMADO

El tema de las posesiones demoníacas continúa fascinando a mucha gente. En la televisión existen numerosos programas dedicados a ellas, y cada cierto tiempo un libro sobre posesiones se convierte en un fenómeno de ventas.

En 1935, EE.UU. estaba aún sumido en la depresión. Los noticieros radiofónicos de la noche y los semanarios en los cines mostraban un país en condiciones trágicas: colas para conseguir un plato de sopa caliente, hombres tirando piedras a las ventanas de fábricas cerradas o de pie en una acera sosteniendo carteles en los que podía leerse: «Mi hijo necesita comer».

Aquellos que vivieron durante la Gran Depresión nunca la olvidarán.

Aunque en Monroe y sus alrededores la situación no era buena, casi todo el mundo tenía algún que otro trabajillo y el día a día era más o menos normal.

En un condado cercano había una cafetería, regentada por una afable mujer llamada Marilyn Williams, donde solían desayunar y almorzar muchos trabajadores. La comida era buena, los precios razonables y ella siempre estaba dispuesta a hacer un pequeño préstamo si te conocía y creía que eras una persona decente.

El marido de Marilyn, Darrell, era harina de otro costal. Tenía celos de cualquier hombre que sonriera a su mujer. La avergonzaba constantemente discutiendo con los clientes, muchos de los cuales le dejaban en paz dado que Darrell no era sólo un hombre iracundo, sino también violento. Las historias de sus peleas eran legendarias. Era el típico acosador de la escuela que jamás madura.

Posteriormente se dijo que oía voces que le decían que su mujer le era infiel. Y a veces, cuando hablaba, cuando le echaba en cara tales desmanes, la voz que salía por su boca no era la suya. Darrell sentía como si otra persona estuviera hablando a través de él o como si no fuera más que una marioneta en manos de otra persona.

Cierto día, mientras se estaba poniendo una corbata para un acto cívico al que debía asistir, se quedó mirando fijamente el reflejo de su mano en el espejo. La mano con la que se estaba haciendo el nudo... no era la suya.

La piel estaba llena de manchas, tenía los nudillos retorcidos por la artritis y estaba cubierta de un vello blanco y grueso.

Rápidamente levantó la otra mano para compararlas. Una de ellas no era suya.

Entonces levantó la vista para mirarse la cara. Tampoco era la suya.

Durante un breve instante vio el rostro de otro hombre, uno mayor, enfadado y malicioso, dentro de su cara.

Abrió la boca para hablar y una voz que no era la suya pronunció estas palabras: «¡La ramera debe ser castigada!».

Al parecer, avergonzado y temeroso de que la gente creyera que estaba loco, Darrell sólo habló de lo que le ocurría después de los sucesos que le provocaron la ruina.

Sin embargo, al no pedir ayuda...



Las historias sobre los acontecimientos que condujeron al asesinato se contradicen. Algunos aseguran que Darrell se volvió psicótico cuando un hombre le regaló un ramo de flores a Marilyn. Otros insisten en que se enfadó por otra cosa, algo que no tenía nada que ver con Marilyn.

Los hechos son los siguientes: había un mecánico de la localidad por el que Darrell sentía un odio siniestro.

Un día, Darrell le convenció para que le acompañara hasta una casucha de madera situada frente al cementerio Unión. Una vez allí, dejó inconsciente al hombre y le prendió fuego.



Darrell huyó de la escena del crimen y se escondió durante un tiempo en el sótano de su casa. Según los rumores, fue allí donde el demonio terminó de apoderarse completamente de él. Darrell no dejó de reírse del hombre que había muerto quemado mientras prometía que la próxima víctima sería su propia mujer.

Cuando la policía le arrestó, los testigos aseguran que Darrell no dejaba de hablar en susurros consigo mismo o con otra persona que nadie veía.



Los vecinos estaban encolerizados y todo el mundo reclamó la pena de muerte. En el condado de Fairfield nunca se había cometido un crimen tan atroz.

En la comisaría, Darrell se mostró extrañamente reservado. No le contó a la policía prácticamente nada, ni sobre sí mismo, ni sobre el móvil del caso ni sobre la razón que le había llevado a elegir un emplazamiento justo delante del cementerio Unión para cometer el crimen.

No obstante, durante y después del juicio hubo muchas especulaciones sobre la relación que le unía al cementerio Unión. Según algunos, incluidos miembros de su propia familia, mucho antes del asesinato Darrell se había sentido especialmente atraído por el viejo camposanto, al que solía ir a menudo en su coche para observar las lápidas y el rústico paisaje de Nueva Inglaterra.

Incluso hoy en día siguen insistiendo en que, aunque Darrell era una persona conflictiva, no era un asesino..., al menos no lo era antes de que sus visitas al cementerio Unión le pasaran factura.

Nunca le habían oído hablar con una voz distinta a la suya ni con alguien que nadie más veía.

LA DAMA BLANCA

Un vagabundo al que se le hizo de noche en Monroe decidió dormir en la colina que domina el cementerio Unión. La noche era perfecta para dormir al aire libre: una temperatura de más de veinte grados, un cielo despejado e iluminado por las estrellas y el olor dulzón de la hierba recién cortada impregnando el aire.

Poco después de las diez, el vagabundo desenrolló su saco y se puso a dormir.

Sin embargo, alrededor de la medianoche, se despertó sin saber exactamente el motivo. Lo atribuyó al hecho de tener un sueño muy ligero. Los vehículos y trenes siempre lo despertaban, aunque circularan a gran distancia.

Se incorporó mientras se frotaba los ojos.

A sus pies se extendía el cementerio Unión; la luz de la luna le daba un aura de dignidad y convertía sus límites en imprecisos.

Ante la visión de las tumbas, no pudo evitar que sus pensamientos le llevaran hasta el día de su propia muerte. Tenía un hijo en alguna parte del que quería despedirse antes de que le llegara la hora.

Fue entonces cuando vio el resplandor.

Al principio no supo qué estaba viendo; parecía simplemente un resplandor alargado que revoloteaba por entre las tumbas.

Fascinado, se puso de pie y descendió rápidamente la colina sobre la hierba recién cortada.

Entonces vio que el resplandor en realidad era una mujer vestida con un velo y un vestido nupcial, aunque el estilo parecía ser del siglo anterior.

Alrededor de la mujer se movían unas figuras pequeñas y oscuras.

El vagabundo oyó la voz de la mujer..., parecía estar discutiendo con las figuras.

Y, tan súbitamente como había aparecido, la Dama Blanca desapareció, llevándose con ella a las figuras oscuras.

El vagabundo jamás olvidó su encuentro con la dama blanca; como tampoco lo han olvidado las numerosas personas que han tenido experiencias similares con ella.

Dada la naturaleza de los fantasmas (personas que han sufrido una tragedia y que, por tanto, permanecen anclados al lugar donde ésta se

produjo), es razonable suponer que la Dama Blanca era una vecina de la zona que sufrió alguna terrible desgracia.

En las últimas décadas han sido muchas las personas, tanto en Monroe como en sus alrededores, que han visto a la Dama Blanca.

De hecho, cuando Ed y Lorraine publicaron un anuncio en la prensa para entrevistar a aquellos que la hubieran visto, recibieron numerosas llamadas y cartas de personas deseosas de contar su historia.

Los hermanos Vosper, Tony y Ryan, fueron algunos de los que compartieron su historia con los Warren.

En la actualidad, Tony es un bombero jubilado de Connecticut y Ryan vive en el sur.

—Vivíamos en una casa que estaba encima del cementerio Unión —comenta Tony—. Una noche de primavera, cuando éramos niños, estábamos jugando en el cementerio cuando vimos una luz muy brillante. En el centro de la luz había una mujer muy atractiva.

»Estaba muy cerca..., a unos doscientos metros de distancia. Dejamos de jugar y nos quedamos mirando a la mujer mientras flotaba a través del cementerio.

—No estaba sola —añade Ryan—. Había unas figuras oscuras a su alrededor que parecían estar discutiendo con ella. Llevaba un vestido de boda y un velo pasado de moda.

Los chicos se asustaron y subieron la colina corriendo para decirles a sus padres que bajaran al cementerio para ver a la Dama.

Su padre se limitó a encogerse de hombros. Creyó que los chicos estaban demasiado exaltados y que se estaban imaginando cosas.

La madre, que tenía un gran corazón, les acompañó al cementerio, pero cuando llegó allí, la Dama ya no estaba.

Cuando la madre vio los faros de un vehículo iluminar una parte del cementerio, les dijo a los chicos que probablemente era eso lo que habían visto. Los faros de un coche. Nada más.



Desde aquel día, los chicos se sentaban frente a la ventana de su cuarto todas las noches con la esperanza de volver a ver a la Dama Blanca. Aunque la experiencia había sido espeluznante, deseaban volver a experimentarla.

Años más tarde, cuando ya era un hombre adulto, Ryan volvió a ver a la Dama. De hecho, la vio dos veces.

«Una noche estaba sentado en un saliente elevado al otro lado del cementerio. Iba allí muchas veces para avistar ciervos y dispararles. Cuando miré hacia el cementerio, vi a la Dama Blanca.

»Esa vez no parecía haber nadie con ella, ninguna figura oscura ni nada, y tampoco parecía estar discutiendo con nadie.

»Se encaminó por el sendero hacia la entrada del cementerio, la vi con total claridad, y después desapareció... como si estuviera hecha de humo».

En otra ocasión, una noche que volvía tarde de trabajar, Ryan volvió a ver desde su coche a la Dama Blanca en el cementerio. Tampoco hubo voces aquella vez, sólo la resplandeciente luz blanca envolviéndola.



Hay muchas historias acerca de la Dama Blanca. Tal vez la más extraña sea la de un hombre que fue al cementerio en plena noche para hablar con su esposa, la cual había recibido sepultura hacía poco. En cuanto el hombre se arrodillaba junto a la tumba de su esposa, tenía la sensación de que volvía a estar con ella.

Sin embargo, una fría noche de otoño en que las hojas muertas arañaban las lápidas a su alrededor, en cuanto el hombre se agachó donde siempre lo hacía, lo embargó una gran tristeza. Al levantar la vista de la tumba de su esposa, vio a la Dama Blanca delante de él, observándolo.

«Ojalá mi marido me hubiera amado tanto como ama usted a su esposa», le dijo la dama.

Y se fue, dejándolo solo en el sombrío cementerio, abandonado a su tristeza y a su pérdida.

EL EXTRAÑO PASAJERO

Imagínate la escena: es noche cerrada y estás transitando por una carretera oscura y desierta.

Aunque es una cálida noche de verano y la luna brilla con intensidad, hay algo que te inquieta.

Quizá sea el hecho de que en los últimos diez minutos no has visto a ningún otro coche. O quizá sea el frío insólito que hace en el interior del vehículo. Y el olor rancio y flatulento.

Quieres llegar a casa. Estar con tu mujer y tus hijos, cómodamente sentado en el sofá. Reírte mientras ves el programa de Jay Leno.

Pisas un poco el acelerador. Sí, superas el límite de velocidad en quince kilómetros por hora, pero ¿quién va a darse cuenta?

De todos modos, si te ponen una multa no sería el fin del mundo. Al menos verías a otro ser humano.

—Yo también tenía miedo cuando viajaba por esta carretera de noche.

Giras la cabeza hacia la derecha como movida por un resorte. Estás solo en el coche. ¿Quién acaba de decir eso?

Entonces lo ves. Al hombre del traje raído y de inquietantes ojos grises.

—Algún día serás como yo —dice el hombre andrajoso con una voz escalofriante—. Entonces no te asustarás de nada.

Pisas el freno de forma instintiva. Apagas el motor. Abres la puerta y saltas del vehículo, abandonándolo en mitad de la carretera.

A pesar de que los faros te deslumbran, aún puedes ver al hombre que ha aparecido de repente en el interior de tu coche. Está asomado a la ventanilla, pidiéndote a gritos que vuelvas a subir.

Te falta el aliento pero empiezas a correr. Te tambaleas hacia el centro de la calzada justo cuando aparece otro vehículo. Se acerca deprisa, con las ventanillas abiertas y música rock a todo trapo.

Corres hacia él moviendo los brazos, pidiendo ayuda.

El coche frena en seco.

—Eh, viejo, ¿qué pasa? ¿Tu cita te ha dejado colgado? —dice el conductor.

Los otros tres chicos que van en el vehículo, tan borrachos como el conductor, empiezan a reír.

Estos chicos no te van a resultar de gran ayuda.

Les haces un gesto para que continúen adelante.

Pasan por tu lado quemando neumático y la música rock se pierde en la noche.

No sabes qué hacer salvo quedarte de pie en mitad de la maldita carretera.

¿Quién era el hombre del coche? ¿Cómo ha llegado allí?

Entonces ves algo que no puedes creer.

Tu propio coche.

Acercándose lentamente hacia ti.

Con el espíritu maligno al volante.

Se detiene a tu lado.

Te sonríe y ves sus dientes negros, podridos.

—Puede que no me creas, pero algún día serás como yo.

Y después...

Se esfuma.

Desaparece.

Y tú te quedas allí, en la desierta carretera a medianoche, mirando tu propio coche, con el motor encendido y los faros clavados en la oscuridad.

Subes y conduces hasta tu casa.

Y jamás olvidas lo que acaba de ocurrirte.



Éste es sólo uno de los muchos incidentes ocurridos en la carretera que bordea el cementerio Unión. El hombre implicado en el que acabamos de describir nos pidió que no reveláramos su nombre.

Sin embargo, otro hombre no tiene ningún problema en dar un paso al frente y hablar sobre su encuentro con un fantasma.



Val Dannevik trabaja en una empresa de transportes, una ocupación que muchos consideran curiosa teniendo en cuenta que Val ganó la lotería del estado de Connecticut, valorada en aquel entonces en 2,5 millones de dólares. Él asegura que sigue trabajando para mantenerse activo. Tiene una casa preciosa, mujer y dos hijos, y dedica gran parte de su tiempo libre a desarrollar su considerable talento artístico.

Ésta es su historia, contada con sus propias palabras.



Siempre me ha gustado el turno de noche en la empresa de transportes. En primer lugar, el sueldo es un poco mejor, y la gente, un poco más amable.

Hay algo en el turno de noche que parece unir un poco más a todos los trabajadores, algo así como un sentimiento familiar.

Esto ocurrió en el verano de 1991.

Terminada la jornada, normalmente alrededor de la medianoche, me quedaba un rato con los chicos en el aparcamiento para fumar un cigarrillo. Después nos dábamos las buenas noches, tirábamos la fiambra vacía de la cena al interior del coche y cada uno se marchaba por su lado.

Aquella noche en particular había caído el típico aguacero veraniego después de un día de calor, de modo que la humedad era muy alta. Una niebla que llegaba a la altura de las rodillas cubría el aparcamiento. Recuerdo que tenía una textura densa, irreal, como la que suele verse en las películas.

Aquella noche tomé una ruta distinta para llegar a casa, una más larga, pero que me permitiría conducir un poco más en mi nuevo Chevrolet.

De hecho, en cuanto te acostumbras a la humedad, hacía una noche preciosa de finales de junio. Había luna llena y los bosques de fresnos, hayas y abedules brillaban con una luz plateada.

El locutor le estaba rindiendo un homenaje a Bruce Springsteen, uno de mis músicos favoritos, de modo que subí el volumen de la radio y disfruté del momento mientras avanzaba por la Ruta 59, con el cementerio Unión a mi izquierda. Lo único que me molestaba era la niebla baja. Finalmente encendí los faros antiniebla amarillos.

Entonces, repentinamente, tuve la terrible sensación de que ya no estaba solo.

¿No has tenido nunca la impresión de que alguien se ha subido a tu coche y se esconde en el asiento trasero?

Reduje la velocidad y miré hacia atrás esperando encontrar el asiento vacío. Sin embargo, había un hombre allí sentado. ¡Pero era imposible que hubiera subido mientras el coche circulaba!

Debía de ser una especie de vagabundo, porque el gastado sombrero marrón, el arrugado traje también marrón y la barba de varios días indicaban que era alguien a quien la suerte no le había sonreído en mucho tiempo. Giró la cabeza y me miró fijamente.

Aunque su presencia me fascinaba, tuve que volverme para mirar hacia la carretera.

Apagué la radio para poder concentrarme.

La carretera que bordea el cementerio Unión se parece bastante a una vía rural. Los árboles que la custodian le dan un aire de avenida que atraviesa un parque. Ni siquiera la sinuosa niebla, por muy inquietante que fuera aquel día, podía arruinar la hermosa escena de Connecticut.

O, al menos, eso creía yo.

A unos cincuenta metros, de pie en el centro exacto de la calzada, había una mujer vestida con un viejo y raído camión que en algunas partes era poco más que harapos. Tenía el cabello moreno y largo, por debajo de los hombros. Los ojos le relucían con un extraño fulgor azul que volvieron a ponerme la carne de gallina.

La mujer levantó un brazo delgado y extendió la mano con la palma hacia delante, indicándome que me detuviera.

Pisé el freno y noté cómo la parte posterior del vehículo derrapaba sobre el asfalto, resbaladizo por culpa de la niebla. Miré hacia la derecha y ¡vi que el hombre había desaparecido!

Entonces, a través de la ventanilla abierta, le grité a la mujer que se apartara, pero ella no dio muestras de haberme escuchado.

La atravesé. No se me ocurre otra forma de describirlo. No tuve tiempo de frenar. Cuando el coche pasó a través de su cuerpo, sentí el frío glacial de su tacto en el hombro y la mejilla izquierdos.

Di un frenazo y logré detener el vehículo.

En un primer momento, me quedé allí sentado, temblando. Toda la pierna derecha, desde el pie hasta la cadera, me temblaba de forma incontrolable. La presioné con ambas manos pero no pude detener el temblor.

Miré a la mujer por el espejo retrovisor, a través de la espesa niebla.

Me di cuenta de que el estilo de su camión era muy antiguo, debía de tener más de cien años. Alrededor del cuello llevaba una cadena de oro de la que colgaba un broche de la misma época.

Me dije a mí mismo que debía de estar sufriendo algún tipo de alucinación. Primero, un hombre aparece de repente en el interior de mi coche y, después, ¡una mujer que ni siquiera parpadea cuando la atravieso!

En aquel momento reparé en un olor extraño, no tanto a podrido sino más bien a polvoriento, como de algo que ha estado mucho tiempo en el armario o una pieza de ropa que lleva décadas en un pequeño desván.

Entonces la mujer se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la parte delantera del coche.

Al cabo de unos instantes, se alejaba por la carretera, una figura solitaria perdida en la niebla y la oscuridad de la noche.

Le pedí a gritos que se detuviera, le dije que quería ayudarla.

Pero entonces desapareció.

Antes de desaparecer, vi como la mujer descendía por la colina en dirección a la iglesia episcopal, el camisón colgando a jirones y revelando la carne chamuscada.

En algún momento, el motor de mi coche se había detenido. Cuando llevé la mano al contacto para volver a ponerlo en marcha, me embargó una gran tristeza.

No puedo pensar en otra palabra para definirlo. Tristeza. Un dolor inimaginable. Una melancolía tan profunda que me dejó literalmente paralizado.

Me quedé sentado al volante, incapaz siquiera de girar la llave en el contacto.

Lo único que podía hacer era entregarme a aquella terrible tristeza de la que tan desesperadamente deseaba escapar.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado. Lo que sí sé es que un vehículo se aproximó por detrás y me adelantó mientras hacía sonar el claxon airadamente.

Me recompuse lo mejor que pude y emprendí el camino de regreso a casa.

Normalmente, mi mujer me espera despierta. Cuando llego a casa, siempre me encuentro un bocadillo y una cerveza sobre la mesa de la cocina.

Sin embargo, aquella noche no me apetecía disfrutar de los placeres de la comida ni de la bebida.

Sin mediar palabra, me fui directamente al dormitorio, me metí en la cama y empecé a sollozar como un niño que acaba de perder a su padre.

Mi mujer hizo todo lo que pudo: me abrazó, me besó y escuchó pacientemente mientras le relataba lo que me había sucedido aquella noche.

No obstante, no fue hasta dos semanas más tarde, cuando un amigo nos sugirió que habláramos con Ed y Lorraine Warren, cuando comprendimos qué había pasado exactamente en aquel tramo solitario de carretera junto al cementerio Unión.

Había entrado en contacto con una persona fallecida y había sido incapaz de lidiar con la experiencia, de ahí la tristeza que me había embargado.

Compartí el dolor que la mujer fallecida se había llevado con ella a la eternidad.

Desde entonces mi vida no ha sido la misma. A pesar de algún que otro golpe de suerte, no he podido olvidar lo que ocurrió aquella noche, ni tampoco los sentimientos que me provocó.

Como me dijo Lorraine Warren recientemente: «En ocasiones, una experiencia paranormal nos muestra una parte de nosotros mismos con la que nos cuesta trabajo lidiar».

Creo que tiene razón, al menos por lo que se refiere a mi caso.

GRABAR EN VÍDEO A UN FANTASMA

¿Por qué brillan los fantasmas? Ésta es una pregunta que nos hacen mucho a Lorraine y a mí. Creemos que los fantasmas absorben la energía electromagnética de las plantas, árboles y arbustos y que dicha energía es una de las razones por las que suelen proyectar una luz brillante. En el interior de los edificios, los fantasmas obtienen la energía para brillar de los humanos.

También suelen preguntarnos acerca de las «luces fantasma» parecidas a diminutos globos blancos. Son muchas las personas que aseguran haberlas visto en fotografías que han hecho en cementerios. Lo curioso es que las «luces» sólo son visibles en fotografías o grabaciones y pasan inadvertidas para el ojo humano. Tras haber estudiado cientos de fotografías de este tipo, creemos que se trata de un fenómeno sobrenatural asociado a los cementerios donde la actividad de los espíritus es constante.

Menciono todo esto porque viene a demostrar que la sociedad emplea, siempre que es posible, procedimientos científicos.

A modo de ejemplo, antes de emprender una investigación seria en el cementerio Unión, uno de nuestros investigadores se pasó allí muchas horas pertrechado con una grabadora. Esta persona, un hombre con una buena educación y que al principio se mostraba bastante escéptico respecto a las cuestiones sobrenaturales, ha desarrollado un sistema propio para obtener «sonidos» en los cementerios.

Esta persona hizo grabaciones en el cementerio Unión durante varios días. Se arrodillaba junto a una tumba, decía una plegaria y después pronunciaba en voz alta el nombre de la persona que estaba enterrada allí. Según él, pretendía rezar por la persona fallecida y transmitir los posibles mensajes a sus familiares.

Un día, mientras tenía la grabadora encendida, fue capaz de capturar el sonido de un espíritu diciendo «23» una y otra vez. Los años que llevaba muerta la persona enterrada en aquella tumba.

El trabajo previo que había realizado esta persona para la sociedad ayudó a convencernos de que el cementerio Unión era un emplazamiento que valía la pena estudiar.

De hecho, poco después de que el hombre tuviera la experiencia con el número «23» que no dejaba de repetirse, empecé a ir al cementerio con la

cámara de vídeo.

Y la noche del 1 de septiembre, a las 2:40 de la madrugada, mi paciencia obtuvo su recompensa.

Las seis noches anteriores había conducido hasta el cementerio y había aparcado el coche. Todas las noches seguía el mismo procedimiento. Llevaba conmigo todo el equipo de grabación y, al llegar allí, montaba el trípode en el cementerio y me quedaba dentro del vehículo con la cámara. Dado que el trípode ya estaba instalado, podía colocar la cámara y empezar a grabar en cuestión de segundos.

La noche del 1 de septiembre empezó como cualquier otra noche. Escuché los habituales susurros que suelen producirse en todos los cementerios —hay muchas más almas inquietas de lo que la gente imagina— y vi los destellos de los fuegos fatuos. Ya tenía grabaciones de vídeo y de audio tanto de los primeros como de los segundos. Aquella noche quería más, mucho más.

Sin embargo, debo admitir que hacia las 2:30 empecé a desanimarme. Algunos proyectos nunca terminan de funcionar. Tal vez aquél sería uno de ellos.

Quizá mi instinto se equivocaba y no iba a obtener ninguna evidencia importante en el cementerio Unión.

Todo cambió de repente cuando los fuegos fatuos, unos extraños brillos luminiscentes, se hicieron más intensos. Súbitamente, un silencio muy poco habitual, sólo interrumpido por el incesante canto de los grillos, se extendió por el cementerio.

Tuve la certeza de que estaba a punto de ocurrir algo.

Cogí la cámara, salí rápidamente del vehículo y corrí hacia el lugar donde había instalado el trípode. Momentos después estaba grabando la luz justo delante de mí, un resplandor que paulatinamente fue adoptando la forma de una mujer.

Debía de tener unos treinta años. Tenía el pelo oscuro y llevaba puesto un vaporoso camisón blanco.

La Dama Blanca no estaba sola. Unas figuras oscuras la rodeaban y parecían estar saltando sobre ella. Comprendí que la gente llevaba más de cincuenta años asegurando haber visto a aquella misma mujer y a los fantasmas de los bosques que la envolvían y que parecían discutir con ella.

¡Y yo lo estaba grabando en vídeo!

La figura fantasmal cuya luz brillaba con intensidad en la penumbra del cementerio, la legendaria Dama Blanca, avanzaba directamente hacia donde me encontraba.

Aunque avanzaba en mi dirección, cuando miré a través del objetivo de la cámara, ¡no pude verla!

Los sonidos que emitían los fantasmas del bosque se volvieron más iracundos y opresivos. Fuera cual fuese la discusión que mantenían con la mujer, era evidente que ésta continuaba.

Me alejé de la cámara y empecé a avanzar hacia ella.

Aunque tenía miedo y no sabía qué debía hacer exactamente, continué caminando en su dirección.

¡Y entonces desapareció!

La mujer se desvaneció, los fantasmas del bosque se desvanecieron y los sonidos se interrumpieron.

Me encontraba otra vez solo en mitad del tenebroso cementerio. Un sudor frío me cubría todo el cuerpo y el canto de los grillos me resultaba casi cómicamente estridente.

Entonces recordé la cámara.

No había visto a la mujer a través del objetivo, pero ¿la habría podido grabar?

Recogí todo el equipo rápidamente, lo metí en el coche y volví a casa.



Cuando tuve la cinta lista para visionarla, recuerdo que pensé que aquello iba a ser mi mayor éxito o mi peor locura.

¿Qué atesoraba aquella cinta?

Varios miembros de la sociedad me acompañaban en el primer visionado, y a medida que la cinta avanzaba y las imágenes aparecían en la pantalla, el entusiasmo empezó a extenderse por la habitación.

¡Porque en la cinta apareció la Dama y todo el mundo pudo verla!

Las imágenes grabadas tienen una calidad increíble y son una prueba incontrovertible para cualquier escéptico de que el mundo de los espíritus está en constante contacto con el nuestro.

No obstante, por muy satisfactorio que fuera mi encuentro con la Dama Blanca, el cementerio Unión aún me guardaba otra aventura formidable...

UNA VISITA DEL MÁS ALLÁ

La historia es la siguiente: un hombre se levanta en mitad de la noche para beber un vaso de agua. Camina por la casa a oscuras y, al pasar por delante del salón, le parece ver algo extraño: una mujer joven y hermosa sentada en un extremo de la mesa, observándole.

—Hola, Joe —le dice.

En un primer momento no la reconoce. Tiene las facciones distorsionadas, como si estuviera viéndola a través de una lente desenfocada. El hombre se acerca hasta donde está la mujer y ésta alarga una mano. La mano de la mujer atraviesa la suya. El hombre empieza a sudar y temblar, tiene la sensación de estar atrapado en una pesadilla.

—Soy yo, Joe, tu primera mujer, Ellen.

Y efectivamente es ella, Ellen, fallecida hace diecisiete años en un trágico incendio. Ha vuelto del más allá para verle.

Yo también tuve una experiencia similar. Fue en el cementerio Unión, mientras buscaba «imágenes en las lápidas», los patrones creados por el liquen y el paso del tiempo que a veces adoptan la forma de rostros, como si fueran manchas de tinta. Pero las imágenes en las lápidas se transforman rápidamente y nunca dejan de cambiar. Eso es lo que la convierte en una actividad tan apasionante. Tienes que estar allí en el momento adecuado.

Bueno, eso es lo que estaba haciendo en el cementerio Unión aquella tarde soleada de otoño. El cementerio estaba vacío.

Estaba agachándome y ajustando la cámara para tomar la primera fotografía de una tumba cuando, de repente, oí la voz de una mujer a mi espalda: «¿Fotografiando fantasmas?».

Me incorporé y me di la vuelta. Delante de mí había una mujer muy elegante, tanto que incluso se había puesto zapatos de tacón para caminar por el cementerio. No vi ningún coche cerca..., no la acompañaba nadie..., y pensé: ¿qué hace una mujer como ésta sola en un cementerio rural como éste?

Aquel día había cogido la motocicleta para llegar allí, y llevaba puesta una sudadera, unos vaqueros y unas botas. En otras palabras, mi aspecto era un poco desaliñado. Entonces pensé que la mujer se arriesgaba bastante. No tenía la menor idea de quién era yo, podría haber sido un violador o algo así, pero de todas formas había decidido interpelarme.

Yo seguía oyendo el eco de su voz en los oídos. Me resultaba muy familiar..., como también, en cierto modo, su rostro. Pero llevaba puestas unas grandes gafas de sol que le ocultaban la mayor parte del rostro. Entonces me di cuenta de que se parecía mucho a Betty Chapman..., una mujer que había muerto cuatro años atrás..., una mujer que había acudido a nuestra Sociedad Psíquica hacía algunos años, coincidiendo con un evento que habíamos realizado en un club de la localidad, y que aseguraba ser una fotógrafa psíquica.

Se acercó a nosotros y nos enseñó una fotografía que le había hecho a su marido mientras éste trabajaba en el garaje de casa. También salía su perro. Era una casa nueva. No había más casas en la calle, y su marido era la única persona en la fotografía. Sin embargo, cuando Betty reveló la película, apareció la imagen transparente de una niña y un niño pequeños.

Era imposible que la cámara hubiera realizado una doble exposición. De ninguna manera. Aun así, las imágenes de la niña y el niño pequeños eran muy nítidas. La niña llevaba una blusa blanca, una chaqueta negra y una falda corta que le llegaba a las rodillas. Su hermano estaba sentado en un triciclo junto a ella.

Al mirar la fotografía sin examinarla detenidamente, se podría pensar que se trataba de una doble exposición. Pero no lo era. De hecho, descubrimos que aquellos dos niños habían muerto ahogados treinta años antes.

Lo descubrimos gracias a nuestras investigaciones y a la psicometría, es decir, la capacidad de conocer instantáneamente un gran número de cosas sobre otra persona sosteniendo en las manos una fotografía suya o un objeto que le pertenezca.

Así es cómo supimos que Betty era una fotógrafa psíquica.

Después de esto, Betty nos acompañó a muchas casas para hacer fotografías de fantasmas y apariciones. Pero, por desgracia, al cumplir los setenta años le descubrieron un cáncer y murió.

Unas noches antes de su muerte, estuvo en coma. Aunque Lorraine la visitó unas cuantas veces, casi siempre era incoherente, tanto que, una noche, cuando Lorraine estaba estirando las sábanas, Betty le dijo: «Oh, no tienes por qué hacerlo. Lorraine se ocupa de todo lo que necesito».

Lorraine y Betty eran muy buenas amigas. Y, por supuesto, Lorraine también intentaba reconfortar a su marido. La enfermedad de su mujer le había afectado muchísimo.

Todos los que la conocían lo estaban pasando muy mal con su enfermedad porque Betty siempre había sido una persona extraordinaria. Nunca se

olvidaba de tu cumpleaños, por ejemplo, y siempre te preparaba un pastel, con tu nombre y todo.

Una tarde, alrededor de las 19:30, sonó el teléfono. Ahora recuerdo que Betty llevaba dos semanas en coma..., pero ahí estaba, al otro lado de la línea, tan alegre y racional como lo había sido cuando era joven y estaba sana.

—Hola, Ed, ¿cómo estás?

—¿Con quién hablo? —respondí.

—Soy Betty —dijo ella.

—¿Betty Chapman?

Lorraine: «Cogí el otro teléfono cuando oí a Ed decir esto porque estaba anonadada. Había visto a Betty el día anterior y estaba en coma profundo. Muy profundo. No podía ser ella la persona que estaba al teléfono. Pero lo era».

—He debido de estar durmiendo las dos últimas semanas y ahora me acabo de despertar —dijo Betty.

En cuanto colgamos, llamamos al marido de Betty para contarle lo que había ocurrido. Él nos dijo que era imposible. Betty estaba próxima a la muerte. Llamó al hospital y le dijeron que Betty seguía en coma y que lo había estado todo el día y toda la noche.

Por supuesto, conocíamos experiencias similares en las que gente moribunda que, en teoría, ni siquiera debería ser capaz de abrir los ojos había llamado a un ser querido para despedirse de él.

En definitiva, todo esto me pasó por la cabeza aquella tarde en el cementerio mientras miraba a la elegante y extraña mujer que tenía delante.

—¿Te gusta fotografiar tumbas y cementerios? —me preguntó mientras se reía.

—Sé que no lo parezco, pero soy el director de la Sociedad para la Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra.

La mujer se rio tímidamente.

—Pero, Ed, si siempre has tenido el mismo aspecto.

Entonces me dijo que a ella le interesaban los epitafios y las historias de cementerios.

Mientras hablaba, pensé: «Dios mío, pero si es Betty Chapman». Aunque, evidentemente, no podía decirle: «¿Eres Betty Chapman? ¿La mujer que murió hace cuatro años?». No se pueden decir esas cosas así como así.

Entonces miró su reloj y dijo:

—Lo siento, querido, tengo que volver a casa para prepararle la cena a mi marido.

Betty siempre decía cosas como ésa porque siempre llegaba tarde a todas partes. Era una de esas personas que se mueven llevadas por su reloj interno.

Dio media vuelta y, cuando empezó a alejarse, le dije:

—¿Te importaría que te hiciera una foto?

—No, no me importa —respondió ella.

Se dirigió hacia un grupo de árboles situados a unos treinta metros de donde nos encontrábamos.

—¿Has aparcado allí? —le pregunté. No podía creerlo. Aunque en esa dirección había una carretera, antes de llegar a ella tenías que cruzar una zona llena de árboles, un barrizal e incluso una cerca de alambre de espinos.

Se giró completamente para que pudiera hacerle la foto.

—¿Te importaría quitarte las gafas? —le pedí, y se las quitó.

Cuando le vi los ojos, supe que era Betty Chapman. Aunque una persona puede cambiar en muchos sentidos, los ojos siempre son los mismos. Y así fue también en su caso. Ahora estaba seguro de que era Betty.

Entonces empezó a caminar hacia los árboles, los mismos que también aparecen en la fotografía de otra aparición, la de la Dama Blanca del cementerio Unión. De modo que me monté apresuradamente en la moto; quería llegar a la carretera donde Betty había dicho que tenía el coche aparcado.

Llegué muy rápido, sólo tardé unos cuarenta o cincuenta segundos.

Sin embargo, allí no había ningún coche, y tampoco Betty.

Se había desvanecido.

¿Era realmente ella?

Yo creo firmemente que sí.

Sí. Apareció a pleno día en forma física completa. Para mí fue la primera vez que vivía una experiencia como aquella..., especialmente con una amiga tan querida como Betty.

Ed y Lorraine Warren

Durante los últimos tres años, la Sociedad ha recopilado más de una veintena de historias verificadas relativas a tragedias que se han producido en el cementerio Unión y sus alrededores.

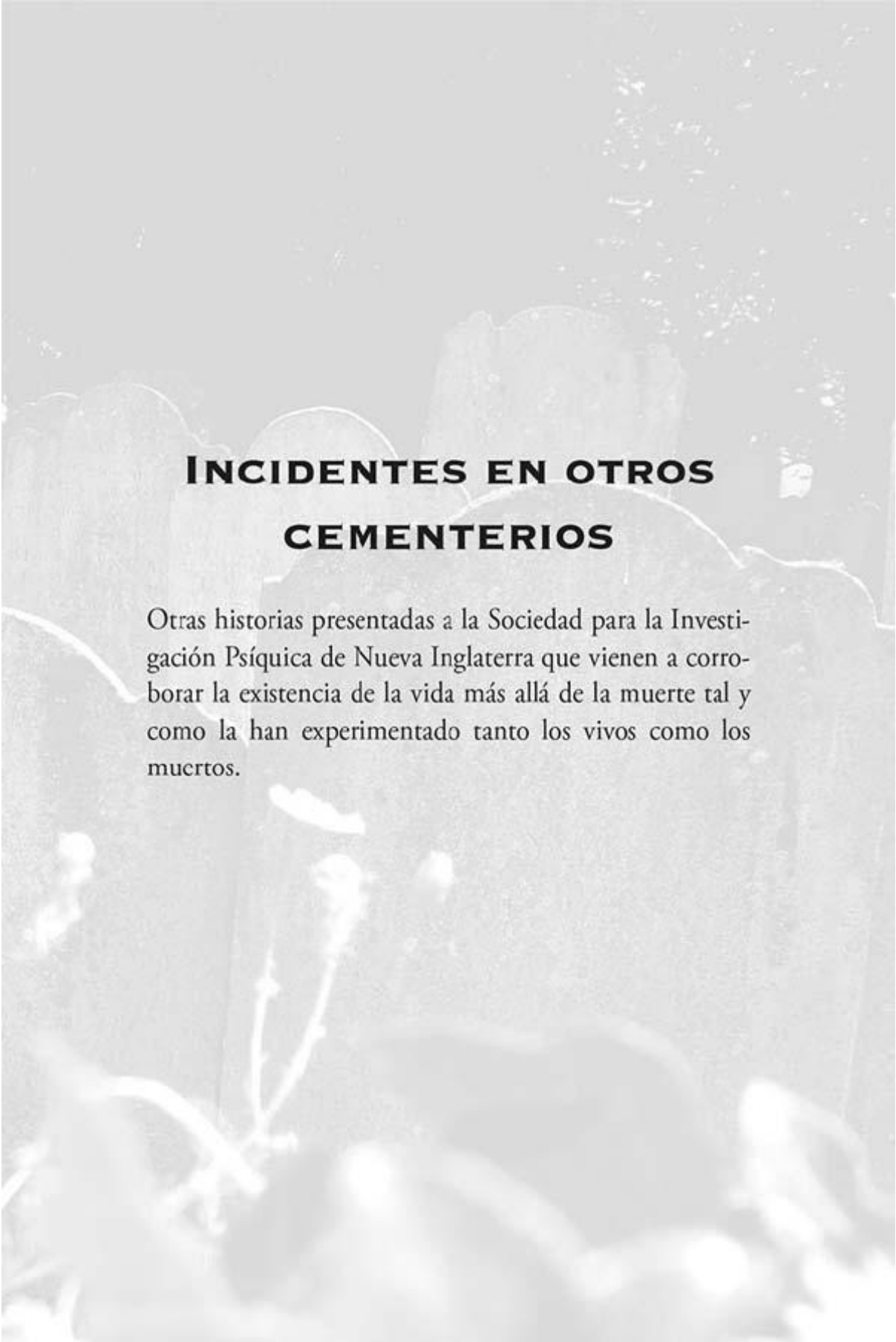
Dos chicas muy jóvenes murieron en un accidente de coche justo delante del cementerio; un hombre se suicidó con dinamita; un niño de 11 años fue víctima de una terrible posesión demoníaca; una mujer que intentó apuñalar a su marido sin motivo aparente en mitad de la noche...

Todos estos casos reflejan la curiosa influencia que ejerce el cementerio, lo que los investigadores psíquicos denominan el «aura del desastre».

Es evidente que el cementerio Unión tiene esa aura, algo que es especialmente evidente cuando uno escarba en su pasado.

La Sociedad para la Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra continuará indagando cada carta y llamada telefónica que reciba relativa al cementerio.

Esperamos que los violentos acontecimientos del pasado dejen de cobrarse el mismo precio en vidas humanas sobre la población que vive en la zona.

A grayscale photograph of a cemetery. In the foreground, there are several tombstones of various shapes and sizes, some with flowers placed on them. The background shows more tombstones and some trees or bushes. The overall tone is somber and reflective.

INCIDENTES EN OTROS CEMENTERIOS

Otras historias presentadas a la Sociedad para la Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra que vienen a corroborar la existencia de la vida más allá de la muerte tal y como la han experimentado tanto los vivos como los muertos.

En las películas de terror, las escenas más espeluznantes suelen ocurrir en los cementerios.

Existen muy buenas razones por las que esto es así. Porque hay espíritus vagando por los cementerios. Eso no significa que sean monstruos terribles, aunque de vez en cuando se pueden llegar a ver monstruos así en un cementerio. Nos referimos simplemente a los espíritus de personas muertas que desean volver a ponerse en contacto con personas vivas.

Nuestra sociedad recibe muchas llamadas telefónicas y cartas de personas deseosas de compartir sus experiencias con nosotros. Hemos seleccionado algunas de esas experiencias para dar forma a la segunda parte del libro.

En una conferencia reciente nos preguntaron cómo era posible que hubiera tantos cementerios encantados.

Nuestra respuesta fue la siguiente: «Para pasar el rato, la gente a veces va a un cementerio cercano para llevar a cabo todo tipo de ritos oscuros que han leído en un libro. Estas personas se lo toman medio en broma. Pero lo que realmente están haciendo es convocar a las fuerzas satánicas al cementerio... y a sus vidas».

Por este motivo, instamos a todo el mundo a que no experimente con ningún rito ocultista que haya descubierto a través de un amigo o un libro.

Sólo hay que fijarse en la impactante cifra de asesinatos satánicos cometidos en EE.UU. para darse cuenta de la gravedad del problema... y varios de esos asesinatos tuvieron lugar en un cementerio.

A continuación, presentamos otras experiencias acaecidas en los cementerios de Nueva Inglaterra.

ED Y LORRAINE WARREN

EL HOMBRE QUE LO SABÍA TODO

Hacia finales de la década pasada, en una por lo demás anodina ciudad de Nueva Inglaterra, un locutor de la radio local llamado Calvin Ziegler disfrutaba diciéndoles a la mayoría de los oyentes que llamaban en directo que no tenían ni la menor idea de lo que estaban hablando.

Calvin Ziegler lo sabía todo, ellos no sabían nada y deberían considerar todo un honor el simple hecho de que les permitiera hablar con él. Al menos ésa era la impresión que transmitía.

Al dueño de la emisora le encantaba el programa. En los dos años que Ziegler llevaba al mando de él, la audiencia en ese espacio horario se había cuadruplicado y no dejaban de llegar nuevos anunciantes.

Sin embargo, no todo el mundo compartía el entusiasmo del dueño de la emisora por Ziegler.

Si eras una persona tímida o insegura, Ziegler te ridiculizaba de la manera más humillante.

Si no estabas de acuerdo con él políticamente, solía insinuar que eras un perverso o un agente extranjero de una u otra tendencia.

A muchos de sus oyentes, el tipo de personas que se pasan horas y horas frente al televisor viendo lucha libre, les encantaba escuchar cómo degradaba a las personas que llamaban.

Aunque Ziegler parecía odiar a mucha gente, no había nadie a quien odiara más que a los oyentes que expresaban abiertamente su creencia por lo sobrenatural.

«Haremos una cosa —le dijo en una ocasión a una de estas personas—. Si traes a un fantasma o a un duende a la emisora, le dejaré hablar en directo. — Y se echó a reír—. ¡No, haré algo mejor que eso! ¡Le dejaré presentar el programa durante todo un día!».

A sus fans más acérrimos les encantó aquel despliegue de sarcasmo. Por cosas como aquélla le escuchaban. Escuchar a personas tristes, desesperanzadas o un poco desequilibradas les hacía sentirse mucho mejor consigo mismos y con su triste realidad.

Una de aquellas tardes de primavera en las que te apetece salir a pasear, Ziegler estaba en su emisora habitual soltando su veneno habitual.

Las llamadas habían girado en torno a los temas habituales: un hombre insistía en que lo habían llevado a Venus en una nave espacial; otro aseguraba

que en una vida anterior había sido Espartaco y una mujer alertaba a todo el mundo de que los inspectores de radón que la gente dejaba bajar a sus sótanos en realidad eran agentes del Gobierno que instalaban micrófonos en las paredes.

Ziegler se lo estaba pasando en grande con todos ellos.

Entonces llamó una niña.

Ziegler no estaba acostumbrado a escuchar una voz infantil a través de sus auriculares.

La niña parecía tener unos seis o siete años y hablaba tan bajito que apenas se la oía.

—Le estamos esperando, señor Ziegler.

Ziegler era consciente de que debía mostrarse cauteloso. No quedaría demasiado bien si se dedicaba a acosar a una niña.

—¿Quién me está esperando, cielo?

—Nosotros.

—¿Y quiénes son exactamente esos «nosotros», querida?

—La gente del cementerio.

Ziegler se rio. No pudo evitarlo.

—¿Vives en un cementerio?

—Sí. Con mis amigos.

—¡Eso es mejor que ir a Venus en una nave espacial! —intervino Ziegler.

—La niña no está bromeando —dijo la voz de un anciano—. Vivimos en el cementerio.

—¡Vaya, parece un grupo muy animado! —Ziegler volvió a reírse—. Pero, recordad, las bromas como ésta terminan por hacerse pesadas. ¿Por qué no colgáis ya? ¿De acuerdo, chicos?

—Queremos que venga a visitarnos —dijo una tercera voz, una de mujer—. Queremos mostrarle que no debería burlarse de lo sobrenatural.

—¡Vale, vale, esta conversación es cada vez más odiosa! —dijo Ziegler—. Vamos a hacer una pausa para los anuncios y, cuando volvamos, ¡os prometo que se habrán ido!

En cuanto empezó el anuncio, y a Ziegler ya no podían oírle por antena, dijo a través del teléfono:

—No sé quién narices eres, pero se me ha acabado la paciencia. Cuelga el teléfono de una vez y deja participar al resto de los oyentes.

Esta vez volvió a hablar la niña:

—No queríamos llamarle, pero él nos lo ha pedido.

—Y ahora se supone que debo preguntar quién os lo ha pedido, ¿no?

—Tu hijo. Jason. Esta noche estará esperándote en el cementerio de Hillpointe.

Entonces se cortó la llamada.

Ziegler se quedó mirando el aparato. Nadie en la ciudad conocía a Jason. Nadie.



El cementerio de Hillpointe estaba situado en las afueras de la ciudad. La mayoría de las personas enterradas allí eran pobres e inmigrantes, personas cuyas familias se remontaban a la segunda oleada de colonos, el grupo de desheredados que había llegado después de los puritanos.

Ziegler casi nunca visitaba aquella parte de la ciudad. Había nacido en el seno de una familia pobre, en una casa miserable y violenta por culpa de los problemas del padre con la bebida; ahora que era un hombre de éxito —o, en cualquier caso, ahora que tenía el éxito suficiente como para conducir un Continental nuevo y vivir en un lujoso apartamento—, no quería que le recordaran sus deprimentes orígenes.

A sus cuarenta y dos años, Ziegler había vivido en muchos lugares, incluyendo una breve experiencia en una emisora de radio de Miami, donde se había enamorado de una hermosa mujer de la alta sociedad quien le aseguraba constantemente estar a punto de divorciarse de su poderoso marido.

Una noche de verano, ella le comunicó que estaba embarazada y que el niño era suyo, pero que le iba a decir a su marido que el padre era él.

A Ziegler aquello le afectó muchísimo. Siempre había querido tener un hijo. Aunque no en aquellas circunstancias.

La mujer no se separó de su marido. De hecho, durante el embarazo, se reconciliaron. Él le compró una casa aún más grande en un barrio aún más prestigioso.

Y cortó la relación con Ziegler por completo. Le dijo que era lo mejor que podían hacer.

—Pero ¿qué pasa con el bebé? —le preguntó él.

—Nunca le hablaré de ti —le contestó ella—. Si lo hiciera, sólo conseguiría confundirlo y amargarle la vida.

Ziegler no volvió a ver ni a hablar con la mujer.

Sin embargo, seis años después, ella consiguió localizarlo de algún modo y le envió una nota breve y sucinta:

Querido Calvin,

Siento tener que decirte esto, pero creo que mereces saberlo: Jason murió ayer ahogado en un accidente de barco.

*Sinceramente,
Jane*

Después de aquello, Ziegler trabajó en diversas emisoras de radio y mantuvo relaciones con un número aún mayor de mujeres. Nunca le había hablado a nadie de Jason. Jamás.

Y, ahora, después de todos esos años, alguien había descubierto la historia de Jason y estaba utilizando su memoria para hacerle daño.

Pero ¿quién podría ser?

¿Quién podría saberlo?

¿Y qué querían exactamente? ¿Chantajearlo?



Aquella noche, antes de ir al cementerio, Ziegler fue a cenar con una mujer muy agradable pero un poco aburrida con la que estaba saliendo. Aunque era una de esas mujeres de las que quería enamorarse —en palabras de su madre, una mujer «sensata»—, no había chispa entre ellos.

La llevó al mejor restaurante de la ciudad. Durante la cena, varias personas se acercaron a su mesa para pedirle un autógrafo o para darle una palmadita en el hombro y decirle lo divertido que era su programa.

Ziegler había esperado un reconocimiento como aquel toda su vida... y para una emisora de radio donde la gerencia le tuviese miedo..., pero ahora que lo tenía, se sentía vacío.

No podía dejar de pensar en la llamada telefónica de aquella tarde.

¿Qué le había dicho la niña? «Tu hijo, Jason. Estará en el cementerio de Hillpointe esta noche, esperándote».

—¿Te encuentras bien, Calvin? —le preguntó su pareja de aquella noche, devolviéndolo a la realidad.

Ziegler esbozó una apagada sonrisa.

—Demasiado trabajo y poco dinero. —Apagó el cigarrillo—. ¿Te importa si esta noche te dejo en casa un poco más pronto?

La mujer le dio unas palmaditas en la mano. Siempre era de lo más comprensiva. A veces incluso demasiado.

—Claro. No te sentaría mal dormir un poco.

—Gracias.

Ziegler la ayudó a ponerse el chal y luego la acompañó a su casa.



De modo que ahora estaba allí, en el cementerio de Hillpointe.

Una agreste colina cubierta de modestas lápidas blancas iluminadas por la luz de la luna. Al otro lado de la colina estaba el depósito ferroviario; le llegó el sonido de los vagones de carga chocando entre sí. También estaba cerca la planta de tratamiento de aguas residuales; el olor le revolvió brevemente el estómago. Incluso después de muertos, los habitantes de Hillpointe debían soportar condiciones intolerables.

No sabía qué estaba buscando exactamente. El mero hecho de estar allí hizo que se sintiera ridículo.

Jason estaba muerto, había sufrido un accidente de navegación...

Permaneció donde estaba los siguientes quince minutos, mientras se fumaba tres cigarrillos, uno detrás de otro.

No vio nada, salvo el cementerio cubierto por la maleza y las lápidas pintarrajeadas con grafitis.

Y entonces, al pie de la colina, cerca de las puertas de hierro, completamente inmóvil bajo la pálida luz de la luna...

Vio a un niño vestido con una camiseta a rayas rojas y blancas, vaqueros y zapatillas de tenis.

Aunque tenía el pelo rubio ceniza, como su madre, cuando Calvin Ziegler lo observó detenidamente, reconoció su propio rostro en él...

Ziegler empezó a bajar la colina.

—¿Jason?

El niño continuaba mirándolo fijamente.

—¿Eres Jason?

El niño asintió.

Ahora que estaba más cerca, Ziegler se dio cuenta de que podía ver a través del niño. Aparentemente, Jason era una aparición y no un niño de verdad, como una imagen proyectada en una pantalla.

Un miedo repentino detuvo los pasos de Ziegler.

Echó un vistazo al cementerio para asegurarse de no estar atrapado en una pesadilla.

Sintió cómo el miedo tensaba todo su cuerpo. De repente, el cementerio pareció desvanecerse a su alrededor y se encontró en un plano que no pertenecía a la tierra...

Cesaron los sonidos procedentes del depósito de vagones de carga. Dejó de percibir el olor a aguas residuales.

¿Dónde estaba?

¿Dónde estaba el mundo real?

El niño aumentó de tamaño. Aunque Ziegler tuvo la sensación de que el niño estaba más cerca, en realidad no se había movido ni un centímetro.

—Eres mi padre.

Ziegler asintió.

—Sí, supongo que sí.

—Y tienes miedo.

—Sí. Sí, sí, tengo miedo.

—Pero no tienes miedo de mí ni del más allá.

—Ah, ¿no?

—No. Tienes miedo de ti mismo, de tu propia soledad. Por eso te burlas de la gente que te llama. Ellos tienen una vida y tú no.

El niño extendió una mano. Aunque Ziegler tenía miedo de lo que podía ocurrir si le tocaba, terminó haciéndolo.

Tuvo la sensación de que sumergía los dedos en miel tibia; una sensación de paz y bienestar se extendió por todo su cuerpo.

La sensación le resultó tan placentera que cerró los ojos y se dejó llevar por el amor que sentía por un hijo al que nunca había conocido.

—Te quiero, Jason —le dijo.

—Yo también te quiero, papá. Y quiero que seas feliz.

Ziegler mantuvo el contacto durante algunos minutos más. Jamás había experimentado aquella sensación de estar cuidando de alguien que te profesa un amor como el que su hijo le profesaba. Por primera vez en su vida sintió que su existencia tenía propósito, sentido y dignidad.

Y entonces, la sensación de bienestar desapareció.

La noche en la tierra regresó poco a poco.

Primero, el sonido de los vagones de carga.

Después, el olor de la planta de aguas residuales.

A continuación, la espinosa maleza aferrada a sus piernas en el sendero que conduce a las puertas de hierro.

Estaba otra vez solo; solo en un universo inmenso que le asustaba y deprimía.

Pero entonces pensó en Jason. No cabía duda de que le había visto. Estaba completamente seguro.

Y Jason le había dado algunas claves sobre su vida..., sobre cómo debía empezar a cambiarla.

De pie en el cementerio iluminado por la luna, Ziegler supo que su vida nunca volvería a ser la misma.

Ahora era otro hombre.

Ed Warren

El debate acerca de las apariciones viene de lejos. Entre la comunidad científica mayoritaria existe el consenso de que no son más que proyecciones mentales. Por ejemplo, si has estado pensando en tu primo, ya sea consciente o inconscientemente, cabe la posibilidad de que acabes viéndolo en forma de aparición.

El caso Ziegler es más complejo porque los espíritus también contactaron con Ziegler cuando éste se encontraba en la emisora de radio.

No obstante, siempre me ha parecido muy revelador el comentario de Nandor Fodor en *An Encyclopedia of Psychic Science*:

«El principal motivo [de una aparición] suele ser la transmisión de un mensaje urgente de grave peligro, enfermedad o muerte sobre la persona que la experimenta. Pero a menudo también es una advertencia de peligro inminente de muerte de alguien estrechamente vinculado al receptor».

Cuando el señor Ziegler nos escribió para que le ayudáramos a encontrar una explicación a su encuentro con Jason, inmediatamente pensé en la cita de Fodor y en el modo en que podía aplicarse a su caso.

Existen dos tipos de muerte, la física y la espiritual.

El señor Ziegler corría el peligro de perder su alma..., de morir espiritualmente. De modo que su hijo, el hijo al que nunca había conocido, intercedió por él para mostrarle la forma correcta y verdadera de vivir la vida.

En la actualidad, el señor Ziegler vive en Colorado Springs, está casado, tiene dos hijos y trabaja como asesor de *marketing* para diversos medios de comunicación. Le debe su recién descubierta felicidad a un jovencito llamado Jason..., un niño que regresó a este mundo para llevar a cabo un acto de bondad.

DEMONIOS SEXUALES

A sus 17 años, Brandon O'Connor debería haber sido un estudiante popular de último año en la escuela secundaria St. Mary. Era guapo, inteligente y el único hijo de un abogado local de éxito y su esposa socialmente activa.

Pero lo que sus compañeros de clase desconocían era que Brandon O'Connor había pasado dos de los últimos cuatro veranos en hospitales psiquiátricos, donde le habían tratado la depresión con fármacos y terapia electroconvulsiva. Durante el curso escolar vivía retirado en la comodidad y privacidad de la mansión victoriana que sus padres tenían cerca de la ciudad de Nueva York.

Durante cinco años, sus padres le llevaron con frecuencia a Nueva York para que fuera sometido al escrutinio de destacados psiquiatras. Dado que ninguno de ellos encontró motivos psicológicos que explicaran la depresión, se asumió que los problemas de Brandon eran químicos. En aquella época, 1979, la comunidad científica apenas empezaba a reconocer las causas genéticas asociadas a la depresión.

Brandon recibió un tratamiento farmacológico experimental. Al cabo de unos cuantos meses se convirtió en un joven mucho más feliz.



Diez años antes, Brandon O'Connor había recibido los cuidados de una niñera llamada Devorah Lemieux. Los padres de Brandon no descubrieron hasta mucho más tarde que Lemieux había falsificado todas sus «credenciales».

Para su vigésimo aniversario de boda, Sean O'Connor decidió llevar a su esposa de viaje por Europa durante un mes y dejar a Brandon al cuidado de su nueva niñera, Devorah. Si tenía algún problema o pregunta, podía recurrir a los otros miembros del personal de la mansión: una sirvienta, un mayordomo y un empleado. Cualquiera de ellos podría ayudarla. Y Sean tenía previsto llamar tres o cuatro veces por semana. Todo iría bien.

En aquel punto de su joven vida, Brandon O'Connor era un chico activo y extrovertido. Pasaba los días soleados de verano jugando al béisbol, montando en bicicleta por las hermosas colinas de Connecticut y jugando con amigos menos afortunados que él a los que invitaba a bañarse en su piscina.

Al menos, eso es lo que hacía cuando sus padres estaban en la mansión. Sin embargo, Devorah Lemieux tenía otros planes. Con frecuencia lo obligaba a acompañarla a la ciudad para ir de compras. Por las tardes, también lo arrastraba hasta un centro comercial cercano para ver alguna película que a ella le interesaba. Y, por las noches, después de la cena y de que el personal se hubiera retirado a descansar, le hacía irse temprano a la cama, donde le leía pasajes de un libro muy peculiar, uno que trataba fundamentalmente de demonios, diablos y de una fuerza de la oscuridad llamada Lucifer.

Pero eso no era lo único que hacía Devorah.

Mientras leía, cogía la mano del joven y se la llevaba a los pechos. O la llevaba aún más abajo para que los dedos de Brandon notaran el calor de sus muslos. O le cogía los dedos y se acariciaba suavemente con ellos la mejilla. Devorah era una joven muy guapa, de pelo moreno y bien proporcionada, y al principio Brandon se había sentido atraído por ella.

No obstante, menos de una semana después de que sus padres se hubieran marchado, Brandon se sentía amenazado por la actitud tan intensa de la joven.

Una noche lluviosa oyó cómo se abría la puerta de su dormitorio con un leve crujido. Empezó a incorporarse en la cama, pero entonces vio a Devorah en el umbral de la puerta.

Estaba desnuda y llevaba una vela en una mano y una pintura de Lucifer realizando infames actos sexuales con varias personas en la otra.

Creyendo que Brandon dormía, Devorah se acercó hasta el borde de la cama y, sosteniendo la vela sobre la cabeza del chico, pronunció las siguientes palabras como si se tratase de una oración:

—Oh, todopoderoso Satanás, consagro a tu voluntad la vida de este joven.

Brandon mantuvo los ojos cerrados con fuerza por dos razones. En primer lugar, no estaba seguro de si debía mirar a una mujer desnuda. Y segundo, sabía que si Devorah veía que estaba despierto, su vida correría peligro.

La temperatura bajó repentinamente y un hedor fétido y nauseabundo se extendió por la habitación mientras Devorah, de pie junto a su cama, hablaba en una lengua que no entendía.

—¡Toma a este niño, Satanás! ¡Conviértelo en tu hijo!

A aquellas alturas, Brandon estaba aterrorizado tanto de Devorah como de su extraño comportamiento. Permaneció inmóvil.

Entonces, Devorah se marchó.

La habitación volvió a quedar sumida en la oscuridad.

La luz de la luna se filtraba por la ventana y una brisa suave y cálida hacía revolotear la fina cortina. Era como si Devorah nunca hubiera estado allí.

Cuatro noches después, cuando regresaban a casa después de ir al cine, Devorah tomó un camino diferente del habitual.

—¿Te he contado alguna vez que crecí muy cerca de aquí?

—No —respondió Brandon.

—Pues así es. ¿Y sabes cuál era mi lugar favorito para jugar?

—No.

—Ahí.

Brandon se dio la vuelta y se quedó sorprendido. Devorah había señalado el cementerio, cubierto por una pátina plateada y sombría bajo la luz de la luna.

—¿Jugabas en el cementerio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo... —Devorah hizo una pausa. Era obvio que estaba buscando las palabras con esmero—. ¿Estás cansado?

—No mucho.

—Bien. Aparquemos ahí.

Devorah aparcó el coche, bajaron de él y ascendieron por la inclinada pendiente cubierta de hierba que llevaba al cementerio.

—¿Tienes miedo?

—Un poco —reconoció Brandon.

—Dame la mano.

Brandon le agarró la mano y recorrieron así el resto del camino hasta el cementerio.

Se detuvieron delante de una lápida, una enorme piedra tallada con más de dos siglos de antigüedad, y Devorah le dijo:

—¿Quieres saber un secreto, Brandon?

—Supongo que sí. —En realidad, no estaba muy seguro. Devorah aún le producía bastante pavor.

—Toca la lápida.

—Tengo miedo.

—No hay nada que temer, Brandon.

—Pero no quiero.

Aunque no podía verle muy bien el rostro en la oscuridad, notó su irritación.

—Haz lo que te digo, Brandon.

Sin embargo, ella no esperó a que Brandon lo hiciera. Le agarró la mano y le obligó a tocar la lápida con la punta de los dedos.

—¡Ay! —gritó Brandon. La lápida estaba caliente al tacto.

—Los sientes, ¿verdad?

—¿A quién?

—A los muertos bajo tierra. Por la noche, cuando están inquietos y vagan por la tierra, a veces las lápidas se calientan.

—Te lo estás inventando.

—No, en absoluto. Así fue como descubrí... ciertas cosas, Brandon. Una noche, cuando tenía tu edad, me escabullí de casa y vine aquí a jugar. Cuando mi padre vino a buscarme, me escondí detrás de una lápida. Y cuando la toqué, estaba caliente. Más tarde, aquella misma noche, regresé al cementerio.

—¿Y sólo tenías siete años?

—Sí. Tuve que escabullirme, pero regresé porque sabía que aprendería algo.

—¿El qué?

—A hablar con los muertos.

Brandon se quedó mudo.

—Crees que me lo estoy inventando, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Te gustaría hablar con los muertos?

—Quiero volver a casa, Devorah. Ahora sí estoy cansado.

—No, no es verdad. Lo que te pasa es que tienes miedo. Yo también tenía miedo, Brandon. Hasta que descubrí la verdad. Venga, vuelve a poner la mano sobre la lápida.

—¡No!

El bofetón que le propinó fue tan fuerte que Brandon se quedó momentáneamente ciego. Le ardían las mejillas y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Devorah volvió a cogerle la mano y le obligó a extenderla hacia la lápida.

El joven jamás olvidaría lo que sintió a continuación: el suelo empezó a sacudirse como si el epicentro de un terremoto estuviera localizado justo debajo de la lápida, y desde las profundas entrañas de la tierra le llegó el rumor de unas voces que gritaban su nombre: «¡Brandon! ¡Brandon! ¡Brandon!».

—Quieren ser tus amigos —le gritó Devorah por encima del sonido de las voces y el temblor de la tierra.

Brandon nunca pudo recordar mucho más de lo que ocurrió aquella noche..., al menos, nada específico. Más tarde, recordó que se había desmayado y que había caído inconsciente al suelo. También recordó la

sensación de estar congelándose y, luego, las voces que brotaban del suelo, cada vez más profundas, extrañas y aterradoras.

Unas horas después, se agitó, abrió los ojos y vio que se encontraba en su habitación, tumbado en su cama.

Y entonces vio a Devorah, su silueta delineada por la luz de la luna que se filtraba a través de la ventana de la habitación. Volvía a estar desnuda, y en la mano sostenía un cuchillo de carnicero.

En el suelo había una pieza metálica que representaba la cabeza con cuernos de Lucifer. Sobre la pieza metálica brillaba una pequeña vela.

Devorah deslizó el filo del cuchillo por su antebrazo. Dejó escapar un gemido, pero uno de placer, no de dolor, y luego se llevó el antebrazo hasta sus pechos desnudos y se frotó la herida abierta contra ellos, alimentándolos con su propia sangre.

Entonces se inclinó y dejó caer varias gotas de sangre sobre la llama de la vela.

La vela se apagó, pero unos instantes después volvió a relucir con una misteriosa llama verde que iluminó toda la habitación con un desagradable tono lima.

Brandon se preguntó si estaba soñando, pero entonces vio cómo Devorah empezaba a bailar lentamente alrededor de la vela al son de algún tipo de música primitiva que sólo ella podía oír.

Aunque Brandon era muy joven, comprendió que los movimientos de su cuerpo sugerían algo pecaminoso.

En mitad del baile, Devorah levantó el cuchillo y se hizo un corte en el otro brazo. Volvió a frotarse la herida contra los pechos y continuó bailando, echando la cabeza hacia atrás como si estuviera en una especie de éxtasis demente.

Brandon nunca pudo determinar el momento exacto en que Devorah se marchó de su habitación. Sólo supo que el amanecer trajo una lluvia fría y un cansancio extenuante.

Cuando estaba en el baño cepillándose los dientes, la criada llamó a la puerta y le preguntó:

—Brandon, ¿has visto a Devorah esta mañana?

—No, señora.

—Gracias.

Durante el resto del día, la criada y el mayordomo registraron la casa y los terrenos circundantes en busca de Devorah, pero todo parecía indicar que la joven se había ido.

El estudio totalmente equipado encima del garaje donde vivía estaba impoluto y no había ni rastro de sus pertenencias. Era como si nunca hubiera estado allí.

La criada lo notificó a la policía y se inició una investigación. Dos semanas más tarde, justo cuando los padres de Brandon regresaron de su viaje, el jefe de la policía local llegó a la conclusión de que no se había producido ningún delito. Fuera cual fuese el motivo, Devorah Lemieux se había cansado de su trabajo y había abandonado la zona.

Lorraine Warren

Hace algunos años publicamos un libro titulado *The Haunted*, la verdadera historia de una familia de Pennsylvania que había encontrado su casa infestada de demonios.

Por entonces, estábamos leyendo la excelente obra de Hal N. Banks, *An Introduction to Psychic Studies*, y descubrimos esta cita del doctor E. N. Webster:

«A veces incluso oigo las voces [de los espíritus]. Algunas personas dementes cuya afección se considera irreversible a menudo se encuentran perdidas por culpa del control abrumador al que se ven sometidas por parte de un espíritu o una horda de espíritus. Normalmente, las autopsias no suelen encontrar ningún trastorno físico en el cerebro ni en el sistema nervioso de estas personas».

Cuando me contaron la historia de Brandon, recordé esta cita.

Obviamente, Devorah estaba poseída por un demonio. Como señala el doctor Webster, la gente como Brandon no está loca, sino que simplemente viven «bajo el control abrumador de un espíritu».

Si Devorah sigue viva hoy en día, y no ha buscado la ayuda de un sacerdote o un pastor, es probable que continúe seduciendo a otros jóvenes... y ofreciendo sus cuerpos y almas a Satanás.

EL AMIGO INVISIBLE

De camino al cementerio, sentada en el asiento trasero de la gran limusina negra de la funeraria, Claire Robertson se dijo a sí misma: hace el día perfecto para un funeral.

Y no se equivocaba. Era un día lluvioso y plomizo del mes de abril, con una temperatura que rondaba los cinco grados y la niebla envolviendo las colinas de New Hampshire.

La tía de Claire, a quien siempre le había tenido un especial cariño, finalmente había fallecido después de luchar durante años contra la enfermedad de Hodgkin.

Como correspondía a una mujer acomodada como la tía Gail, el entierro se celebraba en el cementerio más exclusivo de la ciudad. Con sus puertas de hierro, un terreno pulcramente cuidado y ajardinado y una moderna capilla de cristal y madera, más que un cementerio parecía un club de campo.

Al lado de Claire estaban sentados su madre, su padre y su hermano menor. Detrás de ellos circulaban dos largas hileras de vehículos que formaban la procesión funeraria, con los faros encendidos debido a la lluvia y la oscuridad.

Debido al mal tiempo, el pastor realizó una breve ceremonia junto a la tumba.

Claire y su familia se despidieron de la mujer a la que habían querido tanto.

Sin embargo, mientras rezaba, Claire empezó a oír unos susurros en su cabeza.

No había otra forma de describirlo. Era como si tuviera a alguien invisible a su lado, alguien que le susurraba palabras, frases y plegarias. Era una voz femenina, y hablaba tan bajito que Claire no entendía lo que le decía.

Claire se preguntó si el estrés del funeral le haría imaginar cosas.



Pocos días después, Claire volvía a su rutina habitual. Trabajaba como dependienta en una galería fotográfica muy cara situada en el Loop. Tras graduarse en fotografía en la universidad, había decidido que aquélla era una buena manera de poner en práctica sus conocimientos.

Después del trabajo, Claire se fue a su apartamento de Winnetka, un suburbio de Chicago, y se pasó la noche leyendo sola. Hacía poco que había puesto fin a una relación de seis años con su novio después de que éste admitiera haber cometido diversas infidelidades. Claire todavía estaba tratando de reconstruir su vida.

Después de dejar el libro, después de intentar ver una vieja película en blanco y negro en la televisión, después de lavar la ropa interior, después de prepararse un bocadillo de jamón que no se comió, se sentó a la mesa de la cocina y empezó a escribir una carta a una vieja amiga de la universidad. La mujer le había escrito hacía siete meses y Claire decidía ahora responder a su carta.

Llevaba escritas unas cuantas líneas —básicamente, una larga disculpa por no haber respondido antes—, cuando sintió que su mano empezaba a moverse sola, como si los impulsos de su cerebro hubieran dejado de controlarla.

Daniel estaba enamorado de otra persona.

Su mano había escrito aquello muy rápido.

Claire no pudo hacer otra cosa que observar la hoja de papel.

No tenía la menor idea de por qué lo había escrito.

No sabía quién era aquel Daniel.

¿Qué estaba pasando?

Agarró el bolígrafo con fuerza y empezó a escribir de nuevo.

¿Podría controlar su mano esta vez?

Intentó escribir unas cuantas palabras y comprobó que era lo que deseaba decir.

Lo probó con unas cuantas palabras más. Volvía a tener el control.

Terminó de escribir la carta a su amiga y se fue a la cama, pero antes de coger el sueño, se quedó un buen rato a oscuras pensando en lo que le había sucedido aquella noche en la mesa de la cocina.

Era como si, de repente, algún «ser» se hubiera hecho con el control de su mano y hubiera escrito algo que deseaba comunicar.

Seguramente estaba siendo paranoica.

Recitó sus oraciones y contó ovejitas.

Aquella combinación siempre le hacía coger el sueño.



Algunas noches después, Claire volvía a estar sentada a la mesa de la cocina, escribiendo una carta a otra amiga, cuando su mano empezó otra vez a escribir algo por voluntad propia.

Daniel me traicionó. Por eso me suicidé. Vio a su antigua novia el día de nuestra boda. Sé que tú lo entenderás. El otro día contacté contigo en el cementerio. Sé que tu novio también te traicionó.

Claire se quedó mirando fijamente la hoja de papel.

Sabía que no estaba alucinando.

El bolígrafo, el papel y las palabras eran muy reales.

Se quedó allí sentada hasta el momento de irse a la cama.

Su mano no escribió ninguna palabra más.

Aquella noche, ni las oraciones ni las ovejitas la ayudaron a conciliar el sueño.

Se sentía demasiado intrigada con su nueva aventura para dormir.



Durante las tres semanas siguientes, Claire volvió a tener la misma experiencia en diversas ocasiones.

En cuanto se sentaba a la mesa de la cocina y cogía el bolígrafo, su mano empezaba a escribir sola.

La mujer que estaba contactando con ella se llamaba Jackie Cook. En 1946, después de que su marido, un destacado político local, le confesara que le era infiel desde hacía años, Jackie se suicidó. Aunque no era la primera crisis matrimonial que tenían —una vez incluso lo había descubierto haciendo el amor con una mujer en el escritorio de su oficina—, en aquella ocasión Jackie no pudo superarlo y terminó quitándose la vida. (Claire descubrió todo esto gracias a un profesor de la escuela que recordaba a Jackie y a un médium con el que se puso en contacto).

Sin embargo, dadas las circunstancias de su muerte, Jackie no podía descansar en paz en el más allá.

Para empezar, se sentía sola, de modo que, cuando se encontró con Claire en el cementerio y descubrió por lo que había pasado, contactó con ella a través de la escritura automática.

Claire y Jackie se hicieron muy buenas amigas.



Su amistad continuó. Una noche de verano, Claire decidió reunir todas las cartas que había escrito Jackie y llevarlas a casa de unos amigos.

El amigo trabajaba en la Facultad de Psicología en la Universidad de Purdue y era un antiguo profesor de Claire.

Esta le contó todo lo que había ocurrido y le enseñó las cartas.

El hombre las inspeccionó concienzudamente. Como siempre, su semblante reflejaba interés, aunque también algo de escepticismo. Finalmente, dijo:

—Últimamente te has sentido muy sola, ¿verdad, Claire?

—¿Sola?

—Las cartas. Querida, ¿no ves lo que está pasando?

—Supongo que no. —Claire le había contado que lo había consultado con un médium, pero el profesor se limitó a sonreír.

—Te has inventado a Jackie. Es la amiga perfecta. Os han traicionado a las dos. Las dos tenéis la misma idea trágica sobre la vida. Las dos tenéis la sensación de que nadie os entiende ni aprecia.

El hombre sonrió, aunque no era el tipo de sonrisa que Claire esperaba ver. Aquélla era la típica sonrisa que dirige un adulto a un niño que no deja de hablar sobre un compañero de juegos imaginario.

—Entonces, ¿no crees que Jackie exista realmente?

—Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta, Claire.

—Pero yo no soy la que escribo; lo hace Jackie. A través de mí.

—Claire, quiero ayudarte. De verdad. Pero si me limitara a alimentar tus delirios, no te estaría haciendo ningún favor.

—¿Delirios?

—Has sufrido un gran estrés, Claire. El fin de tu relación, la muerte de tu tía... Ahora mismo te sientes sola y asustada.

—¿De modo que me la inventé?

Claire quería creer lo que el profesor le estaba diciendo. En cierto modo, haría que las cosas fuesen más fáciles.

Pero sabía que su amigo se equivocaba.

Jackie existía realmente.

Y se comunicaban mediante la escritura automática.

—Tal vez podrías visitarme —dijo entonces el profesor.

—¿Visitarte?

—Quizá una vez por semana. Sólo de manera informal. No te cobraría nada, por supuesto.

—Dios mío —exclamó Claire—, ¿estás sugiriendo que necesito ir al psicólogo?

—Sólo por una temporada, Claire. Hasta que puedas lidiar sola con tus delirios.

Claire no era el tipo de persona que suele expresar su enojo por la condescendencia con la que la había tratado el profesor. Se limitó a encontrar una excusa para marcharse del pequeño y sofocante apartamento, no sin antes prometerle que le llamaría, por supuesto, y después subió a su coche y se dirigió a casa.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue sentarse a la mesa de la cocina y coger papel y boli.

No te ha creído, ¿verdad? Yo ya lo sabía, Claire. Nuestra amistad tiene que seguir siendo nuestro secreto... Los demás simplemente lo arruinarán todo con sus burlas.

Claire nunca volvió a hablarle a nadie de su amiga Jackie. Sólo se lo contó a la Sociedad.

Ed Warren

En la introducción de *Introduction to Psychic Studies*, Hal N. Banks incluye la siguiente cita de la obra de A. Campbell Holms, *The Facts of Psychic Science*:

«La escritura automática es uno de los principales medios de comunicación de los espíritus [...], mientras escribe, el médium suele permanecer en un estado normal, y el espíritu controla sólo a través de la mente inconsciente la parte de su cerebro que le permite mover la mano[...]».

En la carta que la mujer que llamamos «Claire» envió a la Sociedad, también nos contaba que, cuarenta años después, sigue comunicándose con Jackie a través de la escritura automática.

Después de haber conseguido finalmente disfrutar de una vida muy satisfactoria, hoy en día Claire es abuela de varios nietos, y también un buen ejemplo de una persona normal que está en contacto constante con la dimensión de los espíritus.

Edgar Cayce dijo que «una creencia natural en lo sobrenatural» puede ser muy beneficiosa para las personas. Lo que pretendía decir es que si la gente

aceptaba con naturalidad el mundo sobrenatural, si lo consideraba una parte de la vida cotidiana, serían mucho más felices y estarían mucho más relajados.

Claire es un buen ejemplo de ello. Según aseguraba en su carta, no le interesa especialmente el ocultismo, pero confía en su amistad con el espíritu de su amiga Jackie. Tanto su marido como sus hijos saben de la existencia de Jackie y no tienen ningún problema en aceptar su relación con Claire.

LA ADVERTENCIA DE UNA BANSHEE

Su vida terminó aquella primavera. Al menos, ésa es la impresión que le daba al verlo en retrospectiva. Ocurrió en el año 1968, en una pequeña ciudad de Maine.

Molly Rutledge, una inteligente y guapa profesora de secundaria de veintisiete años, salía una noche de la escuela cuando se topó con dos hombres enmascarados. Molly tuvo la sensación de que, en realidad, eran alumnos suyos.

En cuanto uno de ellos la agarró, Molly empezó a gritar. Pero no sirvió de nada. La única persona que podría haberla ayudado era el conserje. Sin embargo, como más tarde demostraría la investigación policial, el hombre se encontraba en el sótano de la escuela disfrutando de una botella de vino barato.

Molly fue brutalmente violada en el aparcamiento. La encontraron, parcialmente vestida y con múltiples contusiones, vagando por un callejón próximo a la escuela aproximadamente cuarenta y cinco minutos después de que los asaltantes huyeran.

Durante los días que siguieron, Molly descubrió dos cosas: que algunos de los exámenes médicos que se hacen a las víctimas de violación son casi tan degradantes como la propia violación y que muchas personas, incluidos sus amigos, consideraban que ella era tan culpable como sus agresores.

¿Por qué había salido sola al aparcamiento de la escuela de noche? ¿Por qué no llevaba encima un silbato para ahuyentar al agresor? ¿Y por qué no se había casado aún? La última pregunta era especialmente exasperante, ya que, aunque hubiera estado casada, ¿qué habría podido hacer su marido para ayudarla en una situación como aquélla?

A pesar de algunas pistas iniciales prometedoras, la policía no pudo arrestar a nadie debido a la falta de pruebas.

En la escuela se corrió la voz rápidamente y la mayoría de los estudiantes se mostraron compasivos. A unos pocos, sin embargo, el caso les resultaba divertido, por lo que decidieron escribir mensajes obscenos en la pizarra y dejar notas en su taquilla.

Molly incluso percibió que algunos de sus compañeros la miraban de otro modo. Unas cuantas compañeras siempre habían estado celosas de ella y

consideraban que utilizaba su buena apariencia para obtener privilegios especiales del director de la escuela, a quien creían embelesado por ella.

No todo el mundo se entristecía al ver su habitual rostro sonriente convertido en una máscara sombría. Ni al enterarse de que se había puesto a llorar sin motivo aparente durante una de sus clases.

En primavera, a pesar de que la administración de la escuela estaba más que dispuesta a que siguiera trabajando allí, Molly no quiso renovar el contrato. Sentía que había llegado el momento de cambiar de vida. Rompió con el hombre con el que había estado saliendo los últimos tres años, una ruptura que resultó muy dolorosa para ambos, vendió la pequeña casa que había heredado de su padre y empezó a enviar solicitudes de empleo a distritos escolares donde nadie la conociera.



Encontró un puesto en Connecticut, en una parte especialmente hermosa del estado con edificios centenarios bien conservados y donde caminar por las colinas resultaba todo un placer.

Alquiló una casa pequeña pero acogedora. Nunca le habían gustado los apartamentos. Al principio, tuvo algunas dudas porque la casa quedaba muy cerca del cementerio, pero se dijo a sí misma que eso no eran más que supersticiones.

Pasó todo un año. Pese a que no podía decir que fuera totalmente feliz — echaba de menos a su exnovio y la violación todavía le provocaba pesadillas —, se sentía mucho mejor que en la desagradable y violenta metrópolis.

Comía bien, salía mucho a correr, encontró un pequeño grupo de amigos que compartían su entusiasmo por las antigüedades y empezó a disfrutar de las noches sola. En una ciudad pequeña como aquélla se sentía segura.

La noche del 23 de abril de 1974, Molly se acostó temprano. Le dolía la cabeza y temía que pudiera tener el mismo virus que había afectado a tantos alumnos últimamente.

Más tarde recordaría que se despertó y consultó la hora en el reloj digital: la 1:03 de la madrugada.

No estaba muy segura de qué la había despertado.

Entonces, oyó el suave sonido del viento.

O, al menos, eso fue lo que pensó; el viento nocturno agitando los árboles próximos a la casa.

No se movió de la cama e intentó volver a conciliar el sueño. Sin embargo, seguía escuchando el mismo sonido. Un rato después, llegó a la

conclusión de que no lo producía el viento.

Entonces pensó en un pequeño animal herido y agonizante en algún lugar próximo a la casa.

Se levantó, se puso la bata, cogió una linterna del armario donde guardaba los utensilios y salió al exterior.

La noche era fría y caía una suave llovizna. Se le puso la piel de gallina inmediatamente y se arrepintió de no haberse abrigado más.

Recorrió el pequeño patio, inspeccionó los bajos de la casa con ayuda de la linterna y, después, miró entre los arbustos y plantas que rodeaban el patio.

No encontró nada.

Ni tampoco volvió a oír el sonido.

Fuera lo que fuese, había cesado.

Dos noches más tarde, cuando ya se sentía lo suficientemente bien como para quedarse a ver la película de la noche, fue a la cocina a por un vaso de leche fría y volvió a oír el sonido.

Una vez más, su primer instinto le dijo que era el viento. Entonces pensó de nuevo en un animal herido y moribundo.

Cogió la linterna del armario, se calzó las zapatillas y salió de la casa.

Había una niebla baja, casi luminosa. El haz de la linterna apenas lograba penetrarla.

Estuvo cinco minutos inspeccionando los alrededores de la casa. El sonido se había vuelto a desvanecer. No encontró nada.

Aquella noche durmió muy bien.

El 6 de mayo de 1974, Molly fue a comprar antigüedades con una amiga de la escuela y descubrieron una pequeña tienda llena de muebles estilo Reina Ana.

Más tarde, tomaron una *pizza* y una cerveza en un pequeño restaurante donde los profesores solían quedar.

Molly, que no bebía asiduamente, se acostó a las once de la noche.

Según su reloj digital, se despertó a la 1:27 de la madrugada.

Aunque el sonido agudo era el mismo de siempre, había algo distinto en él, quizá una mayor intensidad.

Y esa vez parecía provenir de un lugar muy cercano.

Molly se levantó de la cama, fue hasta la ventana del dormitorio y vio a la joven por primera vez. La mujer parecía estar hecha de niebla y vaho en lugar de carne y hueso..., y, sin embargo, era una mujer muy hermosa... y parecía estar sufriendo mucho.

Con sólo ver a la aparición en forma de figura humana de pie en el límite del bosque, llamándola, Molly supo inmediatamente que la joven había sufrido una terrible tragedia y que estaba tratando de comunicarse con ella.

Molly corrió hasta la mecedora donde siempre dejaba la bata. En poco tiempo estuvo lista para salir al exterior. Sin embargo, al mirar de nuevo por la ventana, la joven había desaparecido. Sólo vio el bosque, los árboles negros y húmedos después de la lluvia; el oscuro bosque que siempre le había producido una sensación de vaga inquietud.

Volvió a meterse en la cama, pero esa vez no pudo volver a conciliar el sueño.



—Ibas a contarme algo, ¿recuerdas? —Molly estaba sentada con su amiga Lisa en la sala de profesores. Lisa le había comentado a Molly que parecía cansada, y ésta había estado a punto de explicarle *por qué* lo estaba cuando apareció el Valentino de la enseñanza, entrenador de baloncesto y parodia del macho típico llamado Brody, y empezó a coquetear con las dos. Finalmente las volvió a dejar solas.

En cierto modo, Molly agradeció la aparición de Brody. Tal vez no debería hablar de aquello tan a la ligera. Si se corría la voz en la escuela...

Sonó el timbre.

—Los dioses no desean que me cuentes tu historia —dijo Lisa sonriendo.

—Eso parece.

Lisa se quedó mirando a Molly durante un buen rato.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sólo estoy un poco cansada.

—Bueno, si quieres contarme algo, llámame esta noche a casa después de las ocho y media. Ya sabes, cuando haya metido a los monstruitos en sus celdas.

Lisa tenía tres hijos y no exageraba al referirse a ellos con el apelativo de «monstruos». Molly había estado en su casa y había comprobado que los tres niños estaban fuera de control. Cuando llegaran a la adolescencia, serían directamente ogros.

—Gracias. Quizá te llame esta noche.



Después del trabajo, Molly se fue a casa y se echó una siesta. Tuvo un sueño oscuro y extraño: estaba en mitad de un espeso bosque, el típico bosque que siempre imaginaba cuando leía a los hermanos Grimm. Estaba corriendo para reunirse con alguien..., una mujer pedía ayuda a gritos...

Molly se despertó lentamente. Al principio no supo dónde estaba... ni quién era.

Se sentía igual que cuando despertaba después de una de sus resacas ocasionales..., temblando y ligeramente asustada.

Se levantó, fue al cuarto de baño y se aseó.

Se preparó un bocadillo de rosbif, abrió una pequeña bolsa de patatas fritas Lay's y cogió una Pepsi del frigorífico. Comió delante del televisor, viendo las noticias.

Entonces se sentía mucho mejor.

Recordó haberle dicho a Lisa que quizá la llamaría por la noche. Ya eran más de las 20:30.

Se sentó a oscuras en la sala de estar para hablar con Lisa; la única luz era la de la pantalla de la televisión.

Cuando llevaban unos diez minutos hablando de chismorreos, Molly se dio cuenta de que desde hacía un rato había empezado a soplar un fuerte viento.

Levantó la cabeza para mirar y oyó el sonido de las hojas muertas golpeando contra la ventana.

¿Qué estaba pasando en ese momento? ¿Había habido alguna vez un tornado en Nueva Inglaterra?

—¿Estás bien, cielo?

—Es sólo el viento. Es un poco raro.

—Ya —repuso Lisa—. A mí esas cosas también me asustan mucho.

Y entonces Molly la vio.

La misma figura espectral que había visto la otra noche..., la hermosa aunque trágica mujer que había tratado de llamar su atención.

Observaba a Molly a través de los amplios ventanales.

La joven aún parecía estar hecha de niebla y vaho. Y seguía transmitiendo una gran tristeza.

Entonces empezaron los gemidos, los agudos lamentos que la habían despertado por la noche unos días atrás.

La joven levantó su delgado brazo y, de nuevo, empezó a hacerle gestos.

Era obvio que quería que Molly la acompañara a algún lugar. ¿Pero adónde? ¿Y por qué motivo?

—¿Molly? ¿Te pasa algo?
Molly había olvidado que Lisa estaba aún al teléfono.
—Tengo que colgar.
—Algo va mal, ¿verdad?
—No, Lisa, todo va bien.
—¿Seguro que no quieres que llame a la policía?
—Seguro. Agradezco tu preocupación, pero todo va bien. Eres una buena amiga, Lisa. Te lo agradezco de verdad. Buenas noches.



Molly fue hasta el dormitorio y se puso unos zapatos y una chaqueta gruesa de invierno.

Poco después, ya en el exterior de la casa, se dio cuenta de que el viento sólo soplabla en una pequeña área, la que ocupaba la joven.

—Necesito ayuda.

Aunque no podía decirse exactamente que la mujer hablara, había logrado comunicarse con palabras.

Molly tardó unos segundos en reconocer el método que había utilizado: telepatía, una mente hablando directamente con otra.

—Necesito ayuda.

—¿Para qué? —pensó Molly.

—Ella tiene problemas.

—¿Quién tiene problemas?

—Deprisa —pensó la joven—. Deprisa.

La joven condujo a Molly hasta la parte trasera de la casa, donde estaba aparcado su Ford de cinco años.

—Deprisa. Sube al coche. Yo te guiaré.

Molly percibió la urgencia en la joven. Algo terrible estaba a punto de suceder.

Molly subió al vehículo, salió marcha atrás del estrecho sendero y siguió a la aparición por la sinuosa carretera que llevaba a la ciudad.

¿Adónde se dirigía? ¿Qué encontraría al llegar?



Dos meses antes, un hombre llamado Kinkade había salido de la prisión tras cumplir una condena por violación de seis años. Fueron muchos los que

pensaron que el castigo no se adecuaba al crimen, dado que, además de violar a la mujer, Kinkade le había propinado una terrible paliza.

Aquella noche, Kinkade estaba oculto entre los árboles del espeso bosque que bordeaba el cementerio de Tutwiler, esperando que cierta joven pasara por allí a pie. La joven era camarera, y Kinkade llevaba dos semanas siguiéndola a todas partes, por lo que conocía perfectamente su horario.

Protegido por un árbol húmedo por la lluvia, Kinkade sintió cómo todo su cuerpo se tensaba. El hombre anhelaba sentir el exquisito placer de golpear con los puños el frágil cuerpo de una mujer.

En una curva de la carretera, unos faros iluminaron la figura de una mujer menuda que avanzaba colina arriba enfundada en un impermeable y un gorro para la lluvia.

Kinkade esbozó una sonrisa.

La muy puta. Iba a mostrarle el auténtico significado de la palabra dolor. Había visto cómo sonreía a los hombres en el restaurante. Era una mujer silenciosa, y aunque parecía amable y tímida, él sabía lo que era en realidad: una ramera.

Y esa noche iba a tratarla como todas las ramera merecen ser tratadas.

Kinkade esperó, su respiración cada vez más pesada.

Pronto, pronto...



—Ella está en peligro.

—¿Quién?

—Ahora la verás, muy pronto.

Aunque Molly ya no podía ver a su visitante espectral, la seguía oyendo claramente en su mente.

Molly circulaba en aquel momento por la carretera que bordea el cementerio de Tutwiler.

El asfalto estaba resbaladizo por la lluvia. Debía conducir con precaución.

No estaba segura de a quién estaba buscando. El espectro había mencionado a una mujer, pero no veía a nadie.

Entonces la vio. Era una mujer menuda, encorvada y enfundada en un impermeable de plástico barato y un gorro, avanzando pesadamente por el arcén de la carretera que bordea el cementerio.

—Tienes que detenerle, Molly.

Cuando Molly estaba a punto de preguntar a quién debía detener exactamente, vio cómo un hombre salía de entre los árboles y avanzaba

directamente hacia la mujer.

—¡Deténlo, Molly! ¡Detenlo!

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Molly dio un brusco golpe de volante y encaró el vehículo hacia el hombre.

Bajo la luz de los faros, Molly vio cómo el hombre levantaba las manos para protegerse la cara. Su rostro se descompuso con un grito.

A pocos centímetros de él, Molly pisó el freno.

Alargó un brazo para abrir la puerta del pasajero y le gritó a la joven:

—¡Sube! ¡Deprisa!

La joven, que se había quedado inmóvil con semblante asustado y confundido mientras asistía primero a la aparición repentina del hombre y, luego, de un vehículo que había estado a punto de atropellarlo, se inclinó para mirar por la puerta abierta y dijo:

—¿Quién eres tú?

—Una amiga. —Molly hizo un gesto con la cabeza en dirección al hombre que entonces volvía a adentrarse en el bosque—. Quería hacerte daño.

La mujer subió al coche.

Hasta que hubieron recorrido aproximadamente medio kilómetro, ninguna de las dos mujeres dijo nada.

—¿Cómo sabías que estaba allí? —preguntó entonces la mujer.

—Digamos que lo sabía y ya está. —Molly no quería darle muchas explicaciones. De todos modos, era probable que la mujer tampoco la creyera.

—¿Vuelves caminando a casa todas las noches?

—Supongo que podría coger el autobús —respondió la mujer.

—Entonces hazlo.

La mujer se la quedó mirando fijamente.

—Viene cada día al restaurante donde trabajo. Siempre me está mirando. Me pone de los nervios.

—Acaba de salir de la cárcel. Ha estado encerrado por violar a una mujer. Y por pegarle una paliza. —Aunque Molly no tenía la menor idea de cómo sabía aquello, de algún modo las palabras le parecieron correctas y ciertas a medida que las decía—. Esta noche tenía previsto hacer lo mismo contigo.

—No entiendo cómo puedes saber todo esto.

Molly le dirigió una sonrisa triste.

—En realidad, yo tampoco lo sé. Pero lo que te estoy diciendo es absolutamente cierto. Y ahora, ¿qué tal si me dices dónde vives?

La mujer se lo dijo.

Molly siguió conduciendo hasta una zona destartalada de la ciudad, la cual tenía un aspecto aún más destartalado y solitario aquella noche por culpa de la lluvia.

—Te estoy muy agradecida —le dijo la mujer.

—Me alegro de que estés bien —respondió Molly negando con la cabeza.

La mujer sonrió.

—Seguro que le has metido un susto de muerte.

—Se lo merece.

—Si alguna vez pasas por delante del restaurante, entra y te invitaré a un café.

—Eso estaría bien. Gracias.

La mujer bajó del coche y caminó rápidamente por el irregular camino hasta una pequeña casa que más parecía una cabaña.

Molly volvió a su casa. Tras servirse una copa, se sentó delante de la chimenea con una manta sobre las piernas y reconstruyó lo que había sucedido aquella noche.

Probablemente, la camarera pensara que estaba chiflada.

Pero Molly sabía lo que hacía.

Oh, sí, con sólo una mirada a los ojos oscuros del hombre, Molly lo había visto todo: todo el odio hacia las mujeres que movía a aquel tipo de hombres..., que había movido a sus agresores.

Alrededor de la medianoche, agradablemente intoxicada, se le cayó la cabeza y se quedó dormida.

Dos horas después, unos golpes la despertaron.

Se desperezó y sintió que estaba bastante más sobria pero confundida por el origen de los golpes.

¿Quién estaría llamando a su puerta a aquellas horas?

Se levantó de la mecedora y fue hasta la puerta para averiguarlo. El fuego en la chimenea ya se había apagado y la habitación estaba llena de sombras alargadas.

—¿Quién es? —dijo al tiempo que comprobaba el picaporte. Quería asegurarse de que la puerta estaba cerrada con llave. Lo estaba.

No obtuvo respuesta. Sólo la del viento.

De repente, se produjeron más golpes. Molly se dio la vuelta para observar el salón.

Estaba vacío. No había nadie allí que pudiera haberlo hecho.

Y, sin embargo, los golpes se reanudaron inmediatamente.

Dirigió la mirada hacia el techo.

Los sonidos parecían venir de arriba.

Pero era imposible. En aquella pequeña casa no había piso superior.

—¿Quién está ahí? —gritó.

Pero, inmediatamente, se dio cuenta de lo absurda que era la situación.

¿Habría alguien en el tejado, golpeando las tejas con los puños?

¡Por supuesto no!

Y entonces sintió cómo la temperatura descendía repentinamente varios grados.

Temblando, fue hasta la mecedora, cogió la colcha y se envolvió bien con ella.

Más golpes. En esa ocasión eran tan furiosos que parecían provenir de diversos sitios al mismo tiempo.

El frío se hizo aún más intenso.

Y, entonces, justo delante de ella, la joven empezó a tomar forma a partir de un remolino de niebla en un rincón sombrío del salón.

—Me llamo Lily. No quiero asustarte. Estoy aquí como amiga, porque lo que te pasó a ti también me pasó a mí. Una noche, hace mucho tiempo, me violaron en el cementerio... y después el hombre me arrastró hasta lo más profundo del bosque y me asesinó. Por eso esta noche he querido advertir a esa mujer. Todas somos hermanas.

Entonces la figura de la mujer empezó a destellar de forma intermitente: luz y oscuridad, luz y oscuridad.

La niebla se arremolinó nuevamente y los rasgos de Lily empezaron a desvanecerse.

—Somos iguales, Molly. Las dos buscamos venganza por lo que nos hicieron, aunque no es probable que ninguna de las dos la obtenga.

Esto último fue simplemente una voz en la cabeza de Molly. Lily había desaparecido completamente.

Y entonces incluso su voz empezó también a desvanecerse, como si estuviera alejándose por un largo pasillo... y Molly apenas pudiera oír lo que estaba diciendo.

—Lo has hecho bien, Molly. Y algún día serás recompensada por tu bondad.

En aquel momento ni siquiera pudo seguir oyendo la voz.

El espíritu llamado Lily se había marchado... Para siempre.



Dos años después, Molly conoció a un joven médico, se casó con él y se mudó a Boston, donde él deseaba abrir la consulta.

Antes de irse, sin embargo, Molly le contó la historia de Lily a su amiga Lisa. Afortunadamente, Lisa había crecido en el seno de una familia en la que discutían abierta y racionalmente de los fenómenos paranormales.

De hecho, en lugar de burlarse de la historia de Molly, Lisa se mostró profundamente conmovida. La historia tenía una carga melancólica muy considerable.

Ed Warren

Si alguna vez has tenido la suerte de pasar un tiempo en Irlanda, es probable que conozcas la leyenda de la *banshee*, el espíritu femenino que siempre pide a los puros de corazón que ayuden a los necesitados.

Un amigo nos contó esta historia una noche durante la cena. Resultó que Molly era su hermana, y ella se la había contado muchos años después de que tuviera lugar.

Aquella conversación me hizo pensar en un seminario sobre presciencia que habíamos impartido.

La presciencia, en caso de que no lo sepas, es la «capacidad de percibir y conocer el futuro sin la ayuda de pistas sensoriales ni inferencias», tal y como la define J. Rhodes Buchanan en *Encyclopedia of Psychic Science*.

Un científico alemán llamado Gottmann investigó numerosos casos de «bansheeísmo», como él mismo lo bautizó, y llegó a la conclusión de que en realidad no «eran más que casos de presciencia», es decir, un vidente advirtiéndole a otro ser humano sobre algo que va a suceder en el futuro. Gottmann —esto tuvo lugar a principios del siglo xx— destacó el caso de la joven inglesa que predijo, con seis años de antelación, el día exacto en que iba a comenzar la Primera Guerra Mundial. «En efecto, [Edna Naylor] era una *banshee* humana —escribió Gottmann— que alertó al mundo entero de una catástrofe inminente. Lamentablemente, nadie le prestó la menor atención».



Situado entre colinas ondulantes y lleno de antiguas lápidas, el cementerio Unión muestra la típica estampa de los pintorescos pueblos de Nueva Inglaterra que se fundaron durante el período colonial. Además, está encantado. (Fotografía de Jason Butler).



El lugar donde el fantasma de una vieja amiga y miembro de la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra se le apareció a Ed Warren.



La Dama Blanca es uno de los fantasmas más famosos del cementerio, una huella del pasado gótico de Nueva Inglaterra que en la actualidad continúa apareciéndose de forma ocasional. En este espacio desolado fue donde se grabó la aparición caminando hacia los árboles. (Fotografías de Jason Butler).



Ésta es la histórica casa de campo detrás del cementerio Unión donde vivieron los hermanos Vosper. Está cerca del lugar donde vieron por primera vez a la Dama Blanca. (Fotografía de Jason Butler).



En los primeros años de la América prerrevolucionaria, las iglesias desempeñaron un papel fundamental en la vida comunitaria. Incluso hoy en día, la mayoría de los avistamientos de fantasmas se producen en las proximidades de las iglesias. (Fotografía de Jason Butler).



Detrás de la iglesia bautista, junto al cementerio Unión, hay un sumidero donde se arrojó un cuerpo que más tarde afloró misteriosamente a la superficie. El juicio se convirtió en uno de los más famosos de Nueva Inglaterra.



Cerca de esta lápida, el fantasma de Betty Chapman le habló a su viejo amigo Ed Warren. (Fotografías de Jason Butler).



Éste es un extraño caso de energía espiritual capturada en una fotografía en el cementerio Unión (Cortesía de Richard Jackson).



La energía de los espíritus a veces aparece en las fotografías en forma esférica. Esta instantánea fue tomada en el cementerio Unión. (Cortesía de Richard Jackson).

CONVERSANDO CON LOS MUERTOS

Tras una aparición de Ed y Lorraine Warren en *The Larry King Show*, la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra recibió la siguiente carta. La persona que la escribió sólo nos pidió que no divulgáramos su verdadero nombre. Creemos que el motivo es obvio.

*Queridos Ed y Lorraine Warren,
Os vi en televisión hace dos noches y decidí que había llegado el momento de contar mi historia. Dada mi posición, os pido que no divulgáis mi nombre. El resto podéis utilizarlo como mejor os parezca.*

En septiembre, después del divorcio, tomé la decisión de alejarme de Washington D. C. durante un mes. Hacía varios años que vivía allí debido a mi trabajo como senador, y me apetecía visitar a mi tía Pat en Connecticut. No quería divorciarme; de hecho, luché con tal denuedo por evitarlo que ahora me resulta casi embarazoso; por eso sentía la necesidad de descansar.

Sin embargo, dos noches antes de irme recibí una llamada a última hora de la noche del doctor Wells, quien aseguró ser el médico personal de mi tía desde hacía muchos años.

—Me temo que no tengo buenas noticias para usted —me dijo—. Su tía ha fallecido.

El doctor Wells me dio los detalles rápidamente. La tía Pat, que se encontraba en la setentena, había muerto de un ataque al corazón la noche anterior. Un vecino la había encontrado tendida en el jardín a primera hora de la mañana. El doctor había estado tratando de contactar conmigo desde entonces. La tía Pat siempre hablaba de mí, y aseguraba que yo era el único pariente que tenía a quien le importaba si estaba viva o muerta.

—¿No le parece extraño que la encontraran muerta en el jardín delantero?
Se produjo una larga pausa.

—Verá, señor, creo que es justo decir que su tía era una persona extraña.
Muy amable y generosa, pero un poco rara.

Aunque me hubiera gustado preguntarle más cosas, dijo que tenía prisa. Añadió que esperaba verme por la mañana, cuando podría encargarme de las gestiones del funeral. A continuación, colgó.

Connecticut estaba muy hermosa bajo el sol otoñal: las hojas espléndidamente incandescentes, el aire cálido, el cielo azul y los abedules,

cedros y arces perfectamente alineados junto a las impolutas vallas blancas que bordeaban la carretera.

La casa de la tía Pat era un edificio Tudor que, según algunos, se remontaba a la guerra civil americana.

Avancé por el camino de entrada, aparqué el coche y entré en la casa acarreando tres maletas. La tía Pat me había dado una llave hacía mucho tiempo.

A pesar de la calidez de la chimenea de piedra y las hermosas antigüedades que llenaban todas las habitaciones, la casa parecía fría y vacía. No me costó mucho entender el motivo. La tía Pat, a pesar de la dolorosa artritis que padecía y su personalidad olvidadiza, siempre había sido una persona alegre y habladora. Ahora sólo había silencio.

Recorrí toda la casa, deteniéndome a observar los objetos que me traían tan buenos recuerdos de mi tía: el telar del que estaba tan orgullosa y que me había mostrado cómo funcionaba tantas veces; los platos de peltre en el armario de la porcelana; el mosquete británico que había sido el orgullo y la alegría de mi tío; los pesados edredones hechos a mano con esmero sobre su cama con dosel y también sobre las dos camas de la habitación de invitados (en cierto momento de su vida, la tía Pat incluso había contemplado la idea de convertir su histórica casa en un *bed and breakfast*).

En el estudio de la planta baja encontré el teléfono, un viejo modelo negro de baquelita. No había vuelto a ver uno desde que era niño. Recordé las visitas de los veranos con mis padres. Por entonces, mis tíos solían hacer todas las llamadas con un teléfono muy parecido a aquél. Si bien aquel tipo de teléfonos no se usaban en las grandes ciudades desde los años treinta, en las zonas rurales de Connecticut fueron habituales hasta bien entrados los años sesenta.

El teléfono negro estaba sobre una mesita auxiliar cubierta con un enorme tapete blanco hecho a mano. Apoyado contra el teléfono había un sobre de grandes dimensiones con mi nombre —Peter Glendenen^[1]— escrito con la cuidadosa letra de mi tía en su parte frontal.

Cuando cogí el sobre, vi que el teléfono no tenía cable. No había línea.

Me metí el sobre en el interior de la chaqueta y salí de la casa. Agradecí la cálida luz del sol sobre mi rostro. La casa estaba demasiado fría, algo que me sorprendió.

Ya en la ciudad, me encaminé a la funeraria y elegí un ataúd para mi tía. La tía Pat había sido una persona muy práctica, de modo que me decidí por un

ataúd no mucho más sofisticado que la venerable caja de pino. El hombre de la funeraria no se mostró especialmente satisfecho.

Después visité el periódico, la iglesia católica, donde dispuse todo lo relacionado con el servicio religioso y, finalmente, la consulta del doctor Wells.

El médico era un anciano de pelo blanco y mirada tenue. Llevaba unas gruesas gafas detrás de las cuales unos ojos de un azul intenso parecían peces atrapados en un acuario.

Me ofreció café, que acepté gustoso. Dedicamos unos veinte minutos a hablar sobre los recuerdos que teníamos sobre mi tía. El doctor Wells había ido tanto a la escuela primaria como a la secundaria con ella y admitió haber estado enamorado de ella durante años. Sin embargo, terminaron por casarse con otras personas y cada uno tuvo su propia familia. Por desgracia para ella, los hijos de la tía Pat eran unos trotamundos. Tenía tres hijos, todos ya en la edad adulta, pero sólo dos pudieron llegar al funeral. El tercero se quedó atrapado en Bangkok por culpa del mal tiempo.

—La conocías muy bien, ¿verdad? —me preguntó el doctor Wells.

—Sí, muy bien. O al menos eso creo.

—Entonces ¿tú también la creías?

—¿Qué creía?

El doctor Wells se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el escritorio.

—Que estaba en contacto con el mundo de los espíritus.

Me reí.

—Siempre he pensado que eso no era más que un disparate inofensivo. Aunque nunca he estado seguro de si la tía Pat se lo tomaba realmente en serio.

—Muy en serio —repuso el anciano médico—. Mucho.

Tuve la sensación de que iba a añadir algo más, pero el teléfono lo interrumpió. Por la forma en que hablaba, supe que uno de sus pacientes tenía un hijo gravemente enfermo. Cuando colgó, se puso de pie, cogió una pequeña cartera de piel del suelo y la dejó sobre el escritorio.

De camino al exterior de la consulta, balanceando la cartera con la mano izquierda y apoyándose en un nudoso bastón de madera con la derecha, me recordó a una versión de Nueva Inglaterra del fiel compañero de Sherlock Holmes: el doctor Watson.

Subió a una vieja camioneta y puso en marcha el motor. Antes de marcharse, miró por la ventanilla hacia donde yo me encontraba, de pie junto a mi coche, y me dijo:

—¿Te dijo algo sobre el teléfono?

—¿El teléfono?

—Sí. Un teléfono pasado de moda que guardaba en el estudio.

—No, nunca mencionó nada al respecto. Pero si se refiere al viejo teléfono negro, lo llevo viendo desde hace muchos años.

—Según ella, el teléfono estaba maldito. Siempre me contaba historias sobre él. Historias estrafalarias. —Frunció el ceño y sus carillos se asentaron—. Mejor que no lo toques. No me creo una palabra de todo ese galimatías, pero supongo que no podemos estar completamente seguros.

Se despidió con un gesto de la cabeza y se alejó entre una nube de humo de motor. Confié en que el viejo médico cuidara mejor su cuerpo que su coche.

En el camino de regreso a casa de la tía Pat, vi todo tipo de animales: zorros, conejos, mofetas, ratones almizcleros. Para una persona de ciudad como yo, era algo realmente emocionante.

También pasé junto al cementerio de la Roca Eterna. En un día tan bonito como aquél, incluso un cementerio era un hermoso espectáculo. Pero entonces recordé que la tía Pat siempre hablaba de aquel lugar en términos sombríos y melodramáticos. «Nunca te acerques a ese lugar», solía advertirme. Y no sólo de niño..., sino también cuando ya era un hombre hecho y derecho.

El refrigerador estaba bien surtido, de modo que me preparé una cena de beicon, huevos y gruesas tostadas de pan de trigo con mermelada.

Cené sobre una mesita de sofá delante del enorme televisor en blanco y negro de la tía Pat. De hecho, lo que era enorme era el mueble en sí; la pantalla sólo tenía 17 pulgadas.

Después de la cena, caí en un sueño profundo. Cuando desperté, era noche cerrada y el campo ya no resultaba tan agradable. Caía una lluvia otoñal acompañada de rayos intermitentes que desgarraban el cielo e iluminaban las ventanas con una luz pálida. En algunas ocasiones, la lluvia es una experiencia agradable, renovadora y relajante. En otras, como aquella noche, está cargada de ira y furia.

Llevé los platos a la cocina, los lavé y sequé, y después me preparé para subir al piso de arriba. Eran cerca de las nueve de la noche.

Diez minutos más tarde, tras cepillarme los dientes y ponerme un pijama limpio, me tapé hasta el cuello con los pesados edredones estilo Yankee que cubrían la vieja cama doble en la que tantas veces había dormido de niño. Encendí la lamparita y me puse a leer.

No recuerdo exactamente cuándo oí el primer telefonazo. Sólo recuerdo que me produjo una gran irritación. Entonces que estaba cómodo y calentito en la cama con mi libro...

La perspectiva de tener que bajar a la planta baja era muy desagradable, especialmente con la lluvia fría golpeando el tejado y los truenos retumbando en el cielo.

Pero los timbrazos del teléfono eran implacables.

Se detenían momentáneamente para volver a sonar de nuevo.

¿Quién podía estar llamando a aquellas horas?, me pregunté.

Al cabo de un rato, decidí que no me quedaba otra alternativa. Aparté la colcha, me enfundé las zapatillas, cogí la bata y empecé a bajar la escalera.

Cuando me encontraba a mitad de camino, me di cuenta de lo oscuro que estaba el piso principal. Hasta donde recordaba, era la primera vez que tenía auténtico miedo de estar en aquella casa tan vieja y sobria. No obstante, me deshice del miedo con una risotada.

Mi intento de encontrar el interruptor de la luz se convirtió en un homenaje a los Tres Chiflados: tropecé con un cable de extensión enrollado como una serpiente bajo una alfombra, me di un doloroso golpe en la rodilla con una mesita auxiliar y otro en la cabeza con el marco de una puerta. Mi Chiflado favorito siempre ha sido Shemp. Se habría sentido muy orgulloso de mí.

Finalmente, encontré el interruptor y entré en el comedor donde la tía Pat tenía el pequeño teléfono *Princess* de color rosa sobre una pequeña y antigua cómoda de caoba con tiradores de latón y escudetes.

El teléfono había dejado de sonar.

Claro, vengo hasta aquí y la persona que llama decide que ya es momento de dejarlo estar.

Frustrado, me di la vuelta para salir de la habitación. El teléfono volvió a sonar.

Me volví hacia el teléfono. Al menos descubriría quién estaba llamando a aquellas horas y por qué.

Estaba a medio camino del teléfono cuando me di cuenta de que el sonido no provenía de aquella habitación sino de la contigua.

Pero la habitación contigua era la sala de estar donde se encontraba el viejo teléfono de baquelita..., un teléfono que no estaba conectado a la línea.

Se apoderó de mí un terror muy real.

¿Qué estaba pasando allí?

Lentamente, a regañadientes, me obligué a ir hasta la habitación contigua.

Me quedé en la puerta, observando el teléfono negro...

... que sonaba y sonaba y sonaba en el silencio de la noche.

¿Qué opción tenía? Debía descolgarlo y descubrir cómo podía estar sonando un teléfono desconectado.

Mi mente barajó todo tipo de fantasiosas explicaciones. Tal vez, con la tormenta, el teléfono, pese a estar desconectado, había recibido impulsos eléctricos de la línea telefónica que pasaba por el exterior de la casa y...

Agarré el diminuto auricular y me lo llevé a la oreja.

—¿Diga? —dije.

Jamás he escuchado un silencio como aquél. Era como si estuviera escuchando el silencio del espacio exterior... vasto..., oscuro..., infinito.

—¿Hola? —intenté de nuevo.

De repente, me sentí muy vulnerable allí de pie, en bata y zapatillas, sin ningún tipo de arma para protegerme.

Si alguien o algo estaba escondido en la casa...

—Hola.

No hubo respuesta.

Y entonces:

—Ella me mató.

—¿Cómo?

—Ella me mató. Me asesinó.

Era la voz de una niña muy pequeña, y parecía provenir de un lugar inimaginable lejano.

—Ella me mató, y hace dos noches me aparecí ante ella y después murió. Me alegro de que esté muerta.

—¿Quién eres? —le pregunté.

Pero el vasto e incesante silencio se había vuelto a imponer una vez más. Noté cómo se me erizaba el vello en los brazos y la espalda.

Y entonces aquel silencio tan peculiar se desvaneció.

Me sentí como un hombre muy estúpido sosteniendo en la mano un teléfono desconectado.

Eché un vistazo a mi chaqueta deportiva que estaba colgada en el respaldo de una de las sillas de la cocina. Había olvidado por completo la carta que me había dejado la tía Pat.

La cogí y volví a la salita. Encendí una lámpara Tiffany de bronce por la que la tía Pat sentía un especial cariño.

Y después leí su carta.

Querido Peter,

Eres el único miembro de la familia, incluidos mis propios hijos, que ha demostrado sentir por mí un cariño especial. Ni siquiera tu madre se preocupó nunca por mí, su propia hermana, como lo has hecho tú.

Así que esta historia va dirigida a ti. Puedes decidir creermelo o no.

A los dieciocho años tuve un bebé sin estar casada. Dado que en ningún momento se me notó el embarazo, nadie supo nunca que lo estaba.

La misma fría y lluviosa noche en la que nació el bebé, en el granero de mi padre, llevé a la niña recién nacida al cementerio de la Roca Eterna y la maté. La enterré en una tumba poco profunda junto a las lápidas de cinco generaciones de nuestra familia.

Un año después, conocí a un joven respetable y me casé con él. Tu tío era un hombre maravilloso: generoso, atento, sensible... Se merecía una mujer mejor que yo, pues, por entonces, yo ya había entregado mi vida al ocultismo y no me importaba nada más.

¿Por qué el ocultismo?

Durante un tiempo logré aceptar lo que le había hecho a la niña. Pero, una noche, justo el día en que cumplía veintiocho años, el teléfono de la planta baja sonó en mitad de la noche..., el mismo teléfono que está ahora en la salita.

Tu tío tenía un sueño muy profundo, de modo que bajé y contesté al teléfono... y oí por primera vez la voz de la niña que había matado.

¿O no era ella realmente?

Alguien podría haberlo descubierto y deseaba burlarse de mí...

Pero no. Sabía en lo más profundo de mi corazón que la niña estaba contactando conmigo desde más allá de la tumba.

Me odiaba... y yo entendía muy bien el motivo.

El resto de mi vida pasó demasiado rápido. Recorrí medio mundo tratando de aprender más sobre lo sobrenatural. Quería encontrar la forma de conseguir que mi hijita me perdonara.

Durante todos estos años ha seguido llamando de vez en cuando, cuando lo consideraba necesario.

He contemplado cómo mis hijos crecían y se convertían en hombres y mujeres fuertes e independientes... y cómo los estragos de un corazón débil se llevaban a tu tío.

Me quedé viuda muy joven..., sola en esta vieja casa... a merced de las llamadas telefónicas.

Hace un mes, me dijo que una noche se aparecería ante mí... para mostrarme el aspecto que tenía después de haberle clavado un cuchillo de cocina en su pecho infantil.

No me cabe ninguna duda de que dice la verdad, Peter. Una noche de estas miraré hacia el jardín y la veré y...

Sé que me matará. Moriré de un infarto, como mi marido.

Pero ¿acaso merezco otro castigo, Peter? Después de lo que hice, ¿podrá perdonarme algún día?

*Con amor,
Tía Pat*

Me quedé hasta altas horas de la noche leyendo y releiendo la carta en mi regazo.

Los truenos rugieron y retumbaron; los rayos parpadearon y destellaron, y la lluvia, fría y húmeda, cayó sin fin ni piedad.

Cada pocos minutos, levantaba la vista para mirar el antiguo teléfono negro y recordar la suave y triste voz de la niña que había escuchado aquella misma noche.

No me cupo ninguna duda de que lo que contaba mi tía en la carta era absolutamente cierto.

Por la mañana, empujado por el deseo de alejarme de aquella casa y de su historia, hice las maletas y regresé a la ciudad.

Lorraine Warren

Después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética dedicó mucho tiempo y dinero a investigar diversos tipos de percepción extrasensorial. Aunque nunca llegó a confirmarse, se rumoreó que el propio Stalin había entrado en contacto con un pariente fallecido. Según parece, Stalin lo consideró un caso de telepatía, un tema por el que sentía un gran interés.

En Rusia, personajes como el doctor Nikolai Semyonov, quien había ganado el Premio Nobel de Química, y el doctor Gleb Frank, un brillante pedagogo, también expresaron un interés similar por el tema.

Se iniciaron investigaciones de gran alcance. Se empezó a hablar abiertamente de temas que hasta entonces habían sido tabú; no sólo de la telepatía, sino también de otros temas relacionados con el ocultismo, como la comunicación con los muertos.

No cabe duda de que el hombre que nos escribió vivió la experiencia que relata en su carta. Realmente se comunicó con la niña fallecida. Estamos ante otro ejemplo de un espíritu agitado que necesita compartir sus sentimientos con un ser vivo.

En la actualidad, el protagonista de la historia vive en Florida y trabaja como gerente de una organización sin fines de lucro. Ha vuelto a casarse.

LOS MUERTOS REGRESAN A LA TIERRA

Noche del baile de graduación, 1958. Las hermanas Greenlund, dos jóvenes muy guapas de Rhode Island, se preparaban para asistir al baile. Jill Greenlund era estudiante de tercer año y Audrey Greenlund, de último año. Sus citas eran el primer y segundo capitán del equipo de fútbol.

Todo era idílico hasta que Audrey Greenlund decidió dar un paseo rápido antes de que llegaran los chicos.

El atardecer otoñal era lluvioso. La carretera por la que caminaba Audrey estaba cubierta de hojas caídas. La chica llevaba puesto el viejo chaquetón de su hermano y se lo ciñó bien al cuerpo. De vez en cuando, los faros de algún vehículo iluminaban brevemente la oscuridad y volvían a dejarla sola en la carretera.

Lo cierto era que Audrey volvía a tener aquellos sueños. Dos meses atrás había cogido una revista en un quiosco dedicada exclusivamente a fantasmas y espíritus. Tras leer unos cuantos artículos, descubrió que algunas personas podían hablar con los muertos.

A los ocho años, Audrey había perdido a su mejor amiga, Laura, en un desgraciado accidente en el patio de la escuela. Mientras ambas jugaban en la parte superior de los tubos, Audrey le dio a Laura un inocente empujón. Laura perdió el equilibrio, soltó un grito y cayó al suelo.

Aterrizó sobre su cabeza y se partió el cuello.

Audrey supo al instante que Laura estaba muerta. La forma en que tenía retorcidos el brazo y la pierna del lado derecho del cuerpo..., el extraño ángulo que formaba la cabeza en relación al cuello...

Varias niñas acudieron para ver qué le había pasado a su amiguita en aquella cálida tarde de primavera.

Una de ellas se arrastró por los tubos para acercarse a Laura.

Audrey no podía moverse. Mareada, aterrorizada, lo único que podía hacer era mirar a Laura con el horror pintado en el rostro.

La niña que se había acercado a Laura para ayudarla empezó a gritar. Dos niñas echaron a correr para alertar a la profesora.

Audrey seguía sin poder moverse. Continuó paralizada mientras llegaba la maestra, recogía del suelo el pequeño cuerpo roto y lo posaba sobre la hierba. Mientras tanto, algunas niñas la miraban fijamente. En lo único que podía pensar era en el inocente empujón que le había dado a Laura...

En el funeral, la madre de Laura pasó junto a Audrey y sus padres sin dirigirles la palabra. Audrey le había contado a la maestra todo lo que había ocurrido, incluso lo del empujón. Era evidente que la madre de Laura hacía responsable a Audrey de la muerte de su hija.

La mujer nunca volvió a dirigirle la palabra. Seis meses después del funeral, la familia de Laura se marchó a vivir a otro lugar y no regresó nunca más a aquella zona.

A los doce años, Audrey era una auténtica belleza. Con un precioso cabello moreno, los ojos azules y un cuerpo atlético, era el modelo a imitar por el resto de las chicas. En su lugar, otra chica hubiera utilizado su apariencia en provecho propio. Pero Audrey no era así. Era una chica tímida y distante, lo que le dio una reputación de estirada; además, era una estudiante excelente, lo que le dio una reputación de sentirse superior a sus amigos.

Sin embargo, Audrey no era ninguna de las dos cosas, como demostraban los cheques que sus padres enviaban cada mes a un psicólogo de la localidad donde residían. Audrey nunca había superado la culpa por su implicación en la muerte de Laura. Debía acudir al psicólogo regularmente... si no quería caer en uno de sus aterradores períodos de aislamiento. Durante uno de esos períodos, no había salido de su habitación en tres semanas, negándose a hablar y comer. Aunque era una chica delgada por naturaleza, después de tres semanas de ayuno, su aspecto recordaba al de una persona gravemente enferma.

Audrey visitó al psicólogo durante más de siete años. Para una familia de clase trabajadora como la suya, semejante gasto resultaba toda una carga. Pero su padre insistió en que siguiera yendo al psicólogo. Tenía miedo de lo que podría ocurrirle a su hija si dejaba de hacerlo.

Aparte del doctor Shulz, lo único que parecía levantarle el ánimo eran los paseos. Algunos días, se levantaba al amanecer y se pasaba todo el día caminando. Le encantaba el paisaje campestre de Rhode Island. Cuando leía un artículo o un libro sobre determinado lugar, iba a visitarlo.

Durante la mayor parte de su vida había sido consciente de la existencia del cementerio de Telfair. En los días soleados, le parecía que el lugar tenía una belleza extraña. Los días lluviosos o cuando nevaba, transmitía cierta dignidad.

Así era la vida y el estado de ánimo de Audrey dos meses antes del baile de graduación. El día en cuestión, casi por casualidad, se detuvo en la droguería porque necesitaba una barra de labios, pidió un refresco de cereza y se sentó frente al puesto de revistas.

La revista sobre ocultismo destacaba sobre las demás. A pesar del desorden en la que se encontraban, fue aquélla la que atrajo su atención.

Se levantó y la cogió, con la única intención de hojearla mientras se terminaba el refresco.

No obstante, en cuanto pasó la primera página, se sintió inmediatamente fascinada por lo que veía.

Desde la muerte de Laura, Audrey había estado buscando el modo de volver a darle un sentido a su vida.

Necesitaba obtener el perdón de Laura.

¿Y qué mejor modo de conseguirlo que hablando directamente con ella?

Sin pensárselo dos veces, pagó la revista y salió apresuradamente de la tienda, donde la recibió el calor de aquel día del mes de otoño.

Aunque al caminar por la calle tropezaba con otras personas, apenas reparaba en ello.

Audrey seguía inmersa en la lectura de la revista, estudiando atentamente el texto.

Estaba leyendo un artículo sobre una joven de Nueva Jersey que había visitado el cementerio a diario..., lo que le había permitido contactar con el espíritu de su hermana pequeña.

¡Así es cómo podría hablar con Laura!

¡Era perfecto!

Durante las cinco semanas siguientes, mientras toda la familia se dedicaba a comentar lo bonito que sería que Audrey y Jill tuvieran una cita doble en el baile de graduación (algo casi tan cursi como una película de gemelas idénticas protagonizada por Hailey Mills), mientras todo el mundo se lo pasaba genial preparando el baile de graduación, Audrey se estaba convirtiendo en una alumna obsesionada por el ocultismo.

Se pasaba horas en la biblioteca y en polvorientas librerías de segunda mano intentando encontrar libros que trataran sobre el tema de la comunicación con los muertos.

Sus padres conocían la nueva pasión de su hija, y aunque no la aprobaban, ¿qué podían hacer al respecto? A pesar de su belleza e inteligencia, Audrey siempre había sido una niña rara... y no era probable que fuera a cambiar.

Entonces, cuando Audrey salía a caminar, siempre se dirigía directamente al cementerio de Telfair. Se habían terminado las caminatas por el campo y las visitas a pintorescos puentes cubiertos.

Se pasaba horas en el cementerio, utilizando todos los métodos que había aprendido en los libros para contactar con la niña muerta. A pesar de que

Laura estaba enterrada en otro lugar, Audrey sabía que podía contactar con ella desde aquél. Sólo necesitaba un poco de paciencia.

Sin embargo, la suerte le fue esquivada hasta la noche del baile de graduación.

Por desgracia, lo que descubrió no podría considerarse buena suerte en absoluto...



El tema del baile de graduación fue el habitual: «Escalera a las estrellas». Incluso algunas de las chicas más feúchas estaban preciosas con sus vestidos y ramilletes, e incluso algunos de los chicos más desgarrados parecían haber aprendido algo de autocontrol y equilibrio para la ocasión.

Una banda de cinco músicos interpretó las canciones más populares del momento, desde *rock and roll* hasta las baladas de Tony Bennett.

Los profesores merodeaban la mesa del ponche, asegurándose de que nadie le echara algún líquido prohibido, y el conserje recorría el perímetro del edificio de ladrillo rojo en busca de alumnos con botellas sospechosas.

Las chicas Greenlund estaban sentadas con sus citas alrededor de una pequeña mesa cerca del escenario. En un momento de la noche, intercambiaron a sus parejas para un baile.

En mitad de la ceremonia, el rey y la reina del baile fueron coronados. Eran muchos los que creían que Audrey debería ser la reina, pero su reputación de persona distante hizo que algunos compañeros prefirieran votar a otras chicas.

Después del baile, sus citas las llevaron a un restaurante de moda donde los muchachos intentaron, sin demasiada suerte, comprar alcohol con carnés falsos.

El camarero se echó a reír.

—Sois demasiado conocidos para intentar engañarme.

Audrey y su hermana también se rieron.

Las chicas debían volver a casa, como muy tarde, a medianoche. Aunque sus padres eran personas «liberales» en algunos temas, eran absolutamente estrictos por lo que se refería al toque de queda.

Durante el trayecto de regreso a casa, Jill llevó a cabo una intensa sesión de ejercicios de cuello en el asiento trasero.

Audrey esbozó una sonrisa. Jill era mucho más «moderna» que ella. En cierto modo, Audrey le tenía envidia. Aquella noche, por ejemplo, Audrey se dejaría besar un par de veces antes de entrar en casa..., pero eso era todo.

Una vez, había salido con un chico que había logrado deslizar la mano por debajo de su blusa mientras se besaban. Audrey le había propinado una bofetada y había insistido en volver caminando a casa desde el cine al aire libre adonde la había llevado.

Durante el camino a casa, sólo había podido pensar en que no tenía derecho a divertirse..., no cuando Laura tampoco podía hacerlo.

Cuando pasaron por delante del cementerio de Telfair, Audrey vio a la niña.

Y soltó un grito.

Craig, su cita de aquella noche, pisó el freno.

—¿Qué pasa, Au? —preguntó Jill desde el asiento trasero.

—La niña —repuso Audrey.

—¿Qué niña?

—La que acabo de ver en la carretera. ¿No la has visto, Craig?

—No, lo siento.

—Pero si estaba a plena vista, justo al borde de la carretera.

Craig se encogió de hombros.

—No he visto nada, Audrey. De verdad.

Jill sabía perfectamente qué significaba «la niña» para Audrey. Como mínimo dos o tres veces al mes, Audrey aseguraba haber visto a su amiga Laura. Ésa era una de las razones por las que Audrey seguía yendo al psicólogo.

Craig reemprendió la marcha.

Audrey tenía la vista clavada en la noche oscura y fría y en las lápidas del cementerio.

Había visto a una niña pequeña, la misma niña que veía de vez en cuando.

Y sabía quién era aquella niña. Laura, por supuesto.

Todo el esfuerzo había dado sus frutos. Finalmente había contactado con la joven amiga a la que había matado.

Hablaría con ella, y Laura la perdonaría.



En la puerta de casa, Craig besó a Audrey dos veces. Jill y Bob seguían besándose en el interior del coche.

—Supongo que sabes que me gustas mucho, ¿verdad? —le dijo Craig.

A pesar de su popularidad, su rol en el equipo de fútbol y su magnífica voz, Craig era un chico increíblemente tímido.

Audrey sintió lástima de él. Le habría gustado sentir algo más por él, darle ánimos.

—Me gustaría salir contigo otro día —dijo Craig.

Por suerte, antes de que Audrey tuviera tiempo de pensar en una excusa, la puerta se abrió y apareció su padre.

—¿Os lo habéis pasado bien, chicos?

—Lo hemos pasado genial, señor Greenlund —dijo Craig antes de despedirse y bajar los escalones hacia el coche.

—¿Y tu hermana? —dijo su padre—. ¿Tiene previsto volver a casa esta noche?

Audrey sonrió. Le gustaba cuando su padre, que a veces podía ser bastante arisco, se burlaba de ellas.

—¿Te lo has pasado bien esta noche, pequeña?

—Sí, Craig es un buen chico.

—Es evidente que está coladito por ti.

Audrey se echó a reír, avergonzada.

—También ha pasado otra cosa —dijo Audrey.

—¿En serio?

—Cuando pasábamos por delante del cementerio...

Vio cómo su padre se tensaba, preparándose para lo que venía.

—He visto a Laura.

Allí, delante de la puerta de entrada, su padre la rodeó con los brazos y le dio un fuerte abrazo. Audrey supo que su padre estaba a punto de echarse a llorar, como lo había hecho la primera vez que le contó que iba al cementerio para intentar hablar con su amiga.

—Cielo —le dijo—, ¿no puedes olvidarte de ella? ¿Cuántas veces tengo que decirte que lo que sucedió no fue culpa tuya? Fue un accidente, un terrible accidente.

—Pero la empujé, papá. No estaría muerta si yo no la hubiera empujado.

Su padre continuó abrazándola con fuerza.

—Estabais jugando, Audrey. Eso es todo. Jugando.



Una hora más tarde, Audrey estaba en su cuarto, acostada.

Y completamente despierta.

Había intentado todos los remedios habituales para conciliar el sueño: leche caliente, contar ovejitas, rezar con los ojos cerrados. Nada parecía funcionar.

Estaba despierta... y pensando en la niña que había visto en la carretera, junto al cementerio de Telfair.

¿Por qué no la había visto Craig? ¿Estaría perdiendo la cabeza? Hacía poco había leído un artículo sobre la psicosis y sabía que algunas personas creían ver monstruos y extraterrestres del espacio exterior.

¿Y qué pasaba con las niñas que llevaban muertas varios años?

¿Era sólo un producto de su imaginación?



La casa estaba silenciosa y oscura cuando salió de ella cuarenta y tres minutos después.

La noche era fría y la carretera que llevaba al cementerio estaba vacía.

Se ciñó bien su largo abrigo de invierno, agachó la cabeza y caminó tan rápido como le fue posible.

Cuando llegó al cementerio, estaba emocionada. Sabía que iba a ver a su vieja amiga aquella noche.

Se acercó a una de las grandes lápidas situada a un extremo del camposanto y empezó a llamar a Laura por su nombre.

Al principio lo único que oyó fueron los típicos sonidos de la noche: el gemido del viento, el golpeteo de la lluvia ligera sobre el suelo empapado, el rugido lejano del tráfico.

—Laura, por favor, háblame. Te he visto antes. Sé que eras tú.

Nada.

Cerró los ojos, como si estuviera recitando una oración. Pensó en todos los conjuros sobre los que había leído, todas las extrañas palabras para invocar a los muertos que había memorizado en los últimos meses.

Y entonces una voz dijo:

—Audrey. Me mataste, Audrey.

Cuando abrió los ojos, vio a pocos metros de donde se encontraba la brillante figura de una niña vestida con unos vaqueros y una blusa, el pelo recogido en dos trenzas, como siempre lo llevaba Laura. Una extraña luz amarilla rodeaba a la niña, una luz que parecía originarse en algún lugar de su cuerpo y que la envolvía completamente.

Entonces Audrey reparó en el rostro de la niña.

Tenía la piel desfigurada, como si hubiera sido afectada por algún tipo de enfermedad. En algunas partes de la cara ni siquiera tenía carne. Audrey pensó en los leprosos y la lepra, un tema que había estudiado en clase.

La niña alargó una mano para que Audrey la tocara.

Tenía unas grandes llagas en la piel.
Audrey se negó a tocar aquella mano.
—¿Quién eres? —consiguió decir.
La joven sonrió. Pero la expresión no era amistosa. Estaba llena odio.
—Soy tu amiga Laura. La amiga a la que mataste, ¿recuerdas?
—Tú no eres Laura. No te pareces a ella.
La niña se abalanzó sobre Audrey, la agarró por la manga del abrigo y se la arrancó de un tirón.
Audrey gritó.
La niña empezó a dar vueltas a su alrededor.
Cada vez que Audrey hacía ademán de moverse en una dirección, la niña hacía lo mismo, bloqueándole el paso.
La niña volvió a abalanzarse sobre ella y la agarró de la otra manga, arrancándosela de otro tirón.
—¡Dentro de poco estarás como yo! —gritó la niña de repente.
Audrey miró desesperadamente en todas direcciones en busca de alguna vía de escape.
Comprendió que su única esperanza era echar a correr entre dos grandes lápidas que había detrás de ella e intentar alcanzar la carretera.
A medida que la niña se acercaba más a ella, seguía irradiando aquella extraña luz amarilla.
—Me has convocado, Audrey —dijo la niña—. Y ahora vas a ser mi amiga.
La voz de la niña se había vuelto más profunda, como si un adulto estuviera encerrado dentro de su cuerpo.
Audrey se dio la vuelta y echó a correr.
Alcanzó las dos grandes lápidas rápidamente y giró a la derecha para encaminarse hacia la carretera.
Y entonces la niña saltó sobre su espalda y la tiró al suelo.
Audrey intentó desembarazarse de la niña pero le resultó imposible.
Con la cara pegada al suelo, Audrey pateó y agitó los brazos con todas sus fuerzas, incluso trató de zafarse de la niña sacudiéndose. Audrey notó cómo su abrigo se empapaba con algún tipo de sustancia caliente similar al pus que rezumaba del cuerpo de la niña. Nunca antes se había sentido tan sucia.
La niña tiró del pelo de Audrey con tanta fuerza que esta empezó a gritar.
Entonces la niña se levantó, liberando a Audrey, y corrió para situarse delante de ella.
—¡Mataste a Laura! ¡Mataste a tu mejor amiga!

Cuando Audrey se esforzaba por ponerse de pie, la niña brillante saltó sobre ella, la agarró por la garganta y empezó a estrangularla.

El hedor era insoportable. De cerca, la niña era aún más horrible, las llagas leprosas rezumaban fluidos verdes y tenía los ojos color carmesí.

La niña aumentó la presión sobre su garganta..., cada vez apretaba con más fuerza..., hasta que Audrey sintió que empezaba a hundirse en una oscuridad absoluta...

Oyó sus propios gritos...

Sintió cómo apretaba y aflojaba los puños...

Y entonces oyó cómo alguien gritaba su nombre desde muy lejos.

—¡Audrey! ¡Audrey!

Y la oscuridad se impuso...



Seis horas después, Audrey abrió los ojos y vio a sus padres y a su hermana de pie a su lado. Todos estaban sonriendo.

—Ya ha pasado todo, cariño —le dijo su madre.

—Gracias a tu hermana —dijo su padre.

Jill sonrió.

—Anoche oí cómo te levantabas y me preocupé. Cuando te oí salir por la puerta, me puse el abrigo sobre el pijama y te seguí. Imaginé que te dirigías al cementerio y allí es donde te encontré.

Audrey recordó lo que había ocurrido la noche anterior. La caminata hasta el cementerio. La niña. El extraño resplandor. El olor insoportable. El estrangulamiento.

—¿La viste? —preguntó Audrey.

Jill miró a sus padres antes de responder.

—¿Si vi a quién, Audrey?

—A la niña pequeña.

—¿A Laura?

—No, no era Laura. Era... otra niña.

Jill volvió a mirar a sus padres. Las sonrisas habían desaparecido. Todos estaban preocupados.

—Me temo que a la única persona que vi allí fue a ti, Audrey.

—Pero había una niña pequeña. Envuelta en un resplandor. Me estaba estrangulando y...

Se detuvo al comprender lo absurdo que debía de sonar todo aquello. Niñas brillantes en cementerios a medianoche...

—El doctor Shulz viene de camino —le dijo su madre.

—¿Aquí?

Su madre sonrió.

—Me ha dicho que necesitaba un descanso de la rutina de la consulta y que había pensado en pasarse por aquí para comprobar cómo te encontrabas.

Era la primera vez que oía que un psicólogo hacía una visita domiciliaria...

Entonces se rascó la parte inferior del antebrazo derecho. Desde que había despertado había notado un picor en aquella zona.

Se arremangó el pijama y descubrió una pequeña marca ovalada de color verde varios centímetros por debajo del codo.

La marca era áspera al tacto. Le recordó a la piel de los lagartos, y estaba ligeramente caliente.

—¿Qué es eso? —le preguntó su padre.

Audrey negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Déjame verlo más de cerca —dijo su madre.

Sus padres dedicaron los siguientes veinte minutos a examinar la marca ovalada. Nunca habían visto nada igual.

—¿Te duele, cielo? —le preguntó su madre.

—Sí.

—¿Te escuece?

—No mucho.

—¿Y no la has notado hasta esta mañana?

—Me la hizo la niña. Ya sé que no creéis que la haya visto realmente, pero la vi. Esta marca me la hizo ella.

Su padre miró a su madre. Audrey supo que empezaban a creer en ella, aunque sólo fuera un poco.

El doctor Shulz estuvo hablando con Audrey unos veinte minutos.

—Descríbeme a la niña.

Y Audrey se la describió.

—¿Y crees que pretendía matarte?

—Estoy segura de ello. Lo habría hecho si Jill no hubiera aparecido para ayudarme.

—Pero Jill no la vio.

—No.

—Y antes Craig tampoco la vio.

—No. —Audrey hizo una pausa—. No me cree, ¿verdad?

—Creo que tú sí crees todo lo que me estás contando.

—Eso no es lo mismo que creerme, ¿no?

—Supongo que no, ¿verdad, Audrey?

—Quiero enseñarle una cosa.

—De acuerdo.

Por entonces, Audrey ya se había vestido, con unos pantalones vaqueros y un suéter. Se subió la manga del suéter y le mostró al buen doctor la extraña marca verde.

O al menos lo intentó.

Porque la marca había desaparecido.

La piel volvía a estar blanca y completamente normal.

Ni el más mínimo rastro de la extraña marca ovalada, verde y de tacto rugoso.

—Estaba aquí. Justo aquí.

—Cuéntame cómo era.

Audrey lo hizo.

—Mis padres y Jill la vieron.

—¿En serio? —El doctor parecía realmente sorprendido.



El psicólogo pasó los últimos veinte minutos con los padres de Audrey. Se marchó de la casa completamente desconcertado. Estaba convencido de que la niña imaginaba cosas..., pero, entonces, ¿qué explicación tenía la marca verde en la piel? ¿De qué iba todo aquello?

Durante las seis semanas siguientes, los padres de Audrey empezaron a tomarse la historia mucho más en serio. Habían visto la marca verde, sabían que su origen no era natural y necesitaban encontrar a alguien que les ayudara a entender qué le pasaba a su hija mayor.

A través de un párroco, los padres de Audrey conocieron a una mujer experta en ocultismo y la invitaron para que hablara con Audrey.

La mujer identificó de inmediato el problema y se dispuso a darle a Audrey los consejos que necesitaba.

Ed Warren

La otra noche, Lorraine y yo estábamos viendo una serie cómica que nos gusta mucho. No obstante, aquel episodio en particular nos produjo cierta

inquietud.

Una de las protagonistas habituales de la serie, una chica adolescente, encontraba una vieja tabla de güija en el desván de la casa, bajaba al salón y empezaba a jugar con ella.

La trama consistía en que la niña debía convencer a su hermano pequeño para que la ayudara a «contactar con el mundo de los espíritus».

El capítulo degeneraba rápidamente en las típicas situaciones absurdas de las comedias (vemos este tipo de programas para relajarnos después de un largo y duro día de trabajo, como hacen tantos otros millones de telespectadores). La niña no podía dormir, estaba hasta altas horas de la noche jugando con la tabla en su habitación... y su hermano salía del armario para asustarla.

Las tablas de ouija son tan peligrosas como las drogas. No se debe jugar con ellas.

Cuando descubrimos el caso de las hermanas Greenlund, comprendimos que se trataba de otro ejemplo en que, literalmente, un adolescente atraía a su vida problemas sobrenaturales.

Así como los padres son responsables de otros aspectos de la vida de sus hijos, también deberían mostrar el mismo interés por mantenerlos alejados de las herramientas del diablo..., especialmente en una época en la que están aumentando los cultos satánicos.

Recuerda que las tablas de güija y de espiritismo, así como otra parafernalia ocultista, son muy peligrosas porque los espíritus malignos a menudo adoptan la forma de nuestros seres queridos para apoderarse de nuestra vida.

EL HOMBRE DUPLICADO

La mañana del 14 de marzo de 1988, un ingeniero mecánico de Bangor llamado Steve Dunlap se sentó al borde de su cama y se frotó la cara mientras intentaba olvidar el sueño que había vuelto a tener aquella misma noche.

El sueño que, a base de repetirse, se estaba convirtiendo en una pesadilla.



Después de afeitarse, ducharse y ponerse traje y corbata, Steve bajó a la planta principal, donde, como de costumbre, su esposa Sarah tenía listo el desayuno.

Sarah era rubia y esbelta, y mucho más bonita a los treinta y cinco años de lo que lo había sido a los veinticinco.

Sarah le sirvió un huevo escalfado, dos tostadas, dos píldoras de vitamina C y una taza humeante de café.

Steve se sentó a la mesa donde solían desayunar y contempló con tristeza el soleado día primaveral.

—¿Otra vez el mismo sueño?

—Ajá —dijo él antes de volverse hacia ella.

Por el pequeño gemido de sorpresa de su mujer, Steve supo que no tenía muy buen aspecto. Llevaba dos semanas durmiendo mal.

Steve dio un sorbo a su café.

—Recuerdo que nos mudamos a las afueras para tener un poco de paz y tranquilidad. —Steve sacudió la cabeza—. Supongo que las cosas no han salido como esperábamos.

Los Dunlap habían vivido en un apartamento hasta hacía tres meses, cuando Steve fue ascendido a jefe de departamento. Por fin habían podido comprarse una casa. Sarah había dedicado días enteros a encontrar la casa perfecta. Cuando descubrieron aquella bonita casa vacía en las afueras, se mudaron de inmediato.

Dos noches después de mudarse, Steve tuvo el sueño por primera vez.

Steve intentó comer algo, pero le resultó imposible. Había perdido dos kilos desde la semana anterior.

—Intenta ponerle un poco de mermelada a la tostada —sugirió Sarah delicadamente.

—El viejo truco del azúcar, ¿eh? —Aunque Steve hizo un esfuerzo por mostrarse alegre, estaba demasiado tenso para resultar convincente.

—¿Por qué no me dejas llamar al doctor Geller? —dijo Sarah.

—¿Y si dice que estoy loco? ¿Esquizofrénico o algo así?

—No estás loco, cariño. El sueño te lo provoca el estrés. Estoy convencida. Tienes muchas más responsabilidades en el trabajo y una hipoteca más grande que pagar todos los meses. Ése es el motivo, te sientes atrapado por todas tus obligaciones. —Sarah alargó una mano y la posó sobre la de Steve—. Por favor, déjame llamar al doctor Geller. Por favor.

Sarah llevaba los últimos ocho días pidiéndole lo mismo.

Aquella mañana Steve no pudo seguir negándose.



—Volvamos una vez más al sueño —dijo el doctor Geller. Corpulento y con el pelo canoso, el doctor James Geller era un célebre psicoterapeuta, director de la Asociación de Psicoterapeutas del estado de Nueva York y un hombre que aparecía con frecuencia en programas de televisión de alcance nacional.

Durante los primeros años de matrimonio, Sarah y Steve habían tenido algunos problemas. Steve se sentía confinado. En otro tiempo y a su modo, había sido un donjuán, por lo que la vida matrimonial le resultaba un tanto agobiante.

Después de ver al doctor Geller en la televisión, Sarah había llamado a su consulta. El doctor Geller comenzó a tratar a la pareja. Después de seis sesiones, el matrimonio Dunlap iba sobre ruedas.

—¿Quiere que se lo cuente todo?

—Si no te importa, Steve.

Las sombras de la tarde se acumulaban en los rincones de una consulta llena de helechos, una pared cubierta de libros, un ordenado escritorio de grandes dimensiones y dos sillones de cuero, uno frente al otro, donde estaban sentados el médico y su paciente.

—Bueno —empezó Steve—, es bien entrada la noche. Algo me despierta, pero no estoy seguro del qué. Me levanto de la cama y empiezo a caminar por el pasillo. Bajo las escaleras hasta el piso principal y luego me dirijo a la cocina. Me acerco a la encimera, abro un cajón y saco un enorme cuchillo de carnicero. Entonces vuelvo a subir las escaleras. El dormitorio está muy oscuro. Y hace mucho calor. Cada vez hace más calor, como si el termostato

se hubiera estropeado y estuviéramos a más de cuarenta grados. Estoy sudando mucho, aunque es un sudor frío. Muy frío. Miro hacia la cama y veo a Sarah, durmiendo plácidamente. Oigo su respiración... regular y suave. Duerme tranquilamente. Y, de repente, como dominado por un impulso, me precipito hacia la cama, me arrodillo y levanto el cuchillo para apuñalarla en el pecho y...

Steve se detuvo.

—Y entonces siempre me despierto.

—¿De modo que nunca la apuñalas?

—No. Aunque no cabe duda de que estoy dispuesto a hacerlo.

El doctor Geller, con su pelo canoso, sus gafas negras con montura de carey y su elegante chaqueta de *tweed* estilo Brooks Brothers con parches de cuero en los codos, asiente.

—Tienes razón, Steve. Es un sueño realmente perturbador.

—¿Significa eso que quiero matar a Sarah?

—No, en absoluto. Pero sí significa que estás frustrado o asustado. Cuando os traté a los dos, me di cuenta de que te dan miedo los compromisos. Te costó decidir si querías lo suficiente a Sarah como para seguir casado con ella. Y ahora, con el nuevo trabajo y la casa, estás empezando a sentirte otra vez agobiado. De eso trata tu sueño; de la asfixia que todos sentimos cuando creemos que hemos asumido demasiados compromisos.

Steve sonrió.

—Podría haberme quedado en casa. Eso es exactamente lo que me dijo Sarah el otro día mientras desayunábamos.

—Sarah es muy perspicaz.

—Entonces, ¿no cree que en el fondo quiera matarla?

—No, no lo creo.

Steve se sintió enardecido. Volvería a casa, abrazaría a su mujer con fuerza y luego la llevaría a cenar a algún restaurante de lujo.

—Sin embargo, me gustaría seguir hablando contigo sobre el tema de asumir compromisos, Steve.

—De acuerdo —dijo Steve sonriendo—. Hablemos.



Los siguientes siete días fueron buenos.

No volvió a tener el sueño. Steve y Sarah disfrutaron de algo así como una segunda luna de miel: fueron al *ballet* (a elección de Sarah), asistieron a un combate de boxeo (a elección de Steve) y vieron varias películas que siempre

habían querido ver. Sus gustos culinarios se internacionalizaron al cenar en restaurantes italianos, chinos, griegos e indios.

La octava noche regresó el sueño. Pero esta vez ya no era un sueño...



A las 2:43 de la madrugada, la cocina de los Dunlap estaba oscura y silenciosa salvo por el zumbido de la nevera y el ocasional golpeteo del viento contra las ventanas.

Steve Dunlap estaba en mitad de la cocina, con los pies descalzos sobre las frías baldosas, vestido únicamente con la parte inferior del pijama. Su cuerpo estaba cubierto de sudor. Con la mano derecha agarraba el mango de un cuchillo de carnicero.

¿O aquello no era más que un sueño?

Pero no. En ese momento una gota de agua cayó del grifo e hizo chof en el fregadero.

Y el viento sacudió las ventanas.

No, aquello no era un sueño.

Steve empezó a caminar.

Salió de la cocina, atravesó el comedor y llegó a la escalera.

La subió, la nudosa alfombra rozándole las plantas de los pies.

Continuó subiendo la escalera hasta llegar al rellano del primer piso.

Giró a la derecha... y se dirigió hacia el dormitorio, donde Sarah seguía durmiendo plácidamente.

Entró en el dormitorio y...

Avanzó más despacio...

Respiraba espasmódicamente, y el aire caliente le quemaba los pulmones y la garganta.

Se acercó a la cama; cada vez estaba más cerca.

Se inclinó y levantó el cuchillo por encima de la cabeza.

Empezó a bajarlo y entonces...

Su grito despertó de golpe a Sarah.

Cuando ésta logró encender una luz, encontró a su marido acurrucado en un rincón. El cuchillo de carnicero estaba en el suelo, a escasos metros de él.

Sarah corrió hacia él, intentó hablarle pero se dio cuenta de que no serviría de nada. Su marido estaba en *shock*.

Se puso de pie y recorrió rápidamente el pasillo hasta el estudio.

Abrió la luz, encontró el número de emergencia del doctor Geller y le llamó.



Dos semanas más tarde, la mañana del 6 de mayo de 1988, el doctor Geller abrió la puerta de su consulta y le dijo a Steve Dunlap:

—Entra, Steve. Quiero presentarte a Katie Dodd.

Dodd era una atractiva mujer de unos cuarenta años. Llevaba un vestido verde de punto que pegaba muy bien con su cabello pelirrojo y sus ojos verdes.

Steve le estrechó la mano a Katie, el doctor Geller trajo otra silla y los tres se acomodaron.

—¿Está familiarizado con el término «parapsicólogo», Steve?

—Es una persona que investiga actividades paranormales, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo Geller—. Después de todos los problemas has tenido últimamente, he pensado que estaría bien invitar a Katie para que nos diera su opinión sobre lo que está pasando en tu casa.

—Me sorprende que crea en esas cosas —dijo Steve.

—Bueno, puede que no sea tan escéptico como aparento —dijo el doctor Geller sonriendo—. Y Katie me ha ayudado con otros pacientes.

Geller se puso de pie.

—Os dejaré solos. Voy a la esquina a tomar un café. Volveré dentro de una hora, más o menos.

Katie y Steve se despidieron.



—¿Has oído voces, Steve?

—No estoy loco, si se refiere a eso.

—No tienes que ponerte a la defensiva, Steve. Sólo quiero intentar ayudarte.

—De acuerdo. —Hizo una pausa—. Sí, he estado oyendo voces, o mejor dicho, una voz.

—¿De hombre o de mujer?

—De hombre. De mediana edad, diría.

—¿Habla en inglés?

—Sí. —Steve sonrió—. Si no, no le entendería.

—Sin acento, quería decir.

—Sí, sin acento.

—¿Y qué dice la voz?

Steve se quedó un momento pensativo.

—Me impulsa a matar a Sarah.

—¿Como en el sueño?

—Sí. Me obliga a bajar a la cocina, coger el cuchillo de carnicero y volver a subir las escaleras para apuñalarla mientras duerme.

—¿Oíste la voz la otra noche, cuando te despertaste en la cocina?

—Sí, o al menos eso creo. Pero sólo un momento.

—¿La voz dice algo más?

—A veces menciona a una mujer.

—¿Dice algún nombre?

—Erica.

—¿Algún apellido?

—No que yo recuerde.

—¿Alguna vez dice algo sobre esa tal Erica? —le preguntó Katie.

—Una vez dijo: «Te traicionará como Erica me traicionó a mí».

—¿Estás seguro?

—Sí. Me asusté mucho al ver lo enojada que estaba la voz.

—¿Algo más?

Steve se encogió de hombros.

—No deja de decirme que debo matar a Sarah. —Miró a Katie fijamente—. No quiero que Sarah descubra que oigo la voz. Por eso ni siquiera se lo he contado al doctor Geller.

—¿Tienes miedo de que crean que estás loco?

—Sí.

—Necesitaré unos cuantos días, Steve.

—¿Unos cuantos días?

—Para investigarlo.

—¿Realmente cree que puede ayudarme?

—Digamos que me gustaría poder hacerlo —respondió Katie sonriendo.



Aquella noche, durante la cena, cuando Sarah le preguntó a Steve sobre su sesión con el doctor Geller, Steve no le dijo nada sobre Katie ni sobre la conversación que habían tenido.

—Ha ido muy bien —fue lo único que le dijo.

—¿Te sientes mejor?

—Estoy progresando. Poco a poco.

Sarah había preparado una cena a la luz de las velas, confiando en que el ambiente romántico ayudara a calmarlo.

—Si quieres, esta noche puedes dormir en nuestra cama —le dijo Sarah con tiento.

—Aún no. Todavía necesito que duermas sola y que cierres la puerta por dentro.

—Pero, Steve...

—Aún no confío en mí, Sarah. Después de lo de la otra noche...

Sarah suspiró.

—Te quiero, Steve. Espero que lo sepas.

—Lo sé, Sarah, y te lo agradezco. En este momento es lo único que me permite seguir adelante.

Bebieron más vino y hablaron de otros temas más agradables.



Katie había recibido formación en la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra.

Usando sus métodos, se dirigió de inmediato a la oficina municipal y empezó a investigar la historia de la casa Dunlap: cuándo fue construida y, lo que es más importante, qué había antes de que se construyera.

Al principio no encontró nada de utilidad, pero entonces uno de los empleados más veteranos recordó algo sobre el barrio y dijo:

—Déjame mirar antes de 1930. A ver si encontramos algo.

Era un hombre mayor, con el pelo blanco y una elegante corbata roja.

Katie se había asegurado de adularlo suficientemente. A pesar de su edad, era una persona a quien le seguía gustando que lo hicieran.

El empleado se pasó la siguiente media hora hurgando entre los libros.

Finalmente, reapareció y dijo:

—Aquí hay algo que podría interesarle, señorita.

A sus 43 años, a Katie le encantó que alguien la llamara «señorita». A ella también le gustaba que la adularan.



Cuatro días después, Katie volvía a sentarse delante de Steve Dunlap en la consulta del doctor Geller.

—En 1928 —empezó Katie—, un hombre llamado Barner asesinó a su esposa porque creía que le había sido infiel. La apuñaló. Ella se llamaba

Erica. ¿Le resulta familiar ese nombre?

—Mucho.

—Eso pensaba. Bueno, después de matarla y envolver el cuerpo con una lona, a Barner le entró el pánico. ¿Qué podía hacer? Como era el propietario de una empresa de construcción, pensó que podía esconder el cuerpo en los cimientos de una de sus casas. La idea le pareció genial porque, antes de empezar a edificar en él, el terreno había sido un cementerio.

»Transportó hasta allí el cuerpo, cavó una tumba poco profunda en el lugar donde se construirían los cimientos y regresó a su casa. Esperó hasta la mañana siguiente para llamar a la policía e informar de que su esposa había desaparecido.

»Lo cierto es que Barner era un hombre muy violento. Lo habían detenido varias veces por intoxicación etílica y desórdenes públicos, de modo que, cuando informó de que su esposa había desaparecido, la policía se mostró recelosa.

»Vigilaron la casa y empezaron a seguirle a todas partes.

»Y el lugar que no podía evitar visitar era, precisamente, el solar en construcción donde había enterrado a su esposa.

»Iba en coche hasta allí unas seis o siete veces al día, y otras tantas durante la noche. Los viajes se prolongaron durante prácticamente una semana. Al final, la policía empezó a sospechar. ¿Por qué siempre pasaba por el mismo solar en construcción?

»Hasta que una noche, Barner bajó del vehículo, fue hasta el lugar donde había enterrado a su esposa y empezó a hablar con ella, del mismo modo en que algunas personas hablan delante de una tumba en los cementerios.

»Le dijo cosas atroces. También le dijo que se alegraba de haberla matado.

»Bueno, un oficial de policía se acercó sigilosamente por la espalda y le dijo que pusiera las manos en alto. No obstante, como Barner era un hombre muy violento, sacó una pistola del bolsillo de la chaqueta y disparó al policía en el pecho.

»Pero antes de desplomarse, el policía logró disparar tres veces a Barner, quien cayó justo encima de la tumba que había cavado para su esposa, y murió.

»Irónicamente, el policía sobrevivió. Les contó a los investigadores todo lo que había descubierto y se cerró el caso.

—Entonces, ¿quién está intentando que mate a Sarah es el espíritu de Barner?

—Exacto.
—¿Y qué podemos hacer?
—Un exorcismo.
—¿En serio?
—Sí.
—Pensaba que eso sólo pasaba en las películas.
Katie se rio.
—Ya no.



El 2 de junio de 1988, se realizó un exorcismo en el 5337 de Robinview Place.

Estuvieron presentes Steve y Sarah Dunlap, Katie Dodd y un cura católico llamado padre Cotter.

La ceremonia se prolongó dos horas y media. Durante el transcurso de esta, los vecinos oyeron chillidos que parecían proceder de la boca del infierno; y en este caso, «infierno» es el término más adecuado.

Barner, que entonces era un demonio, gritó y maldijo hasta que logró ser expulsado por completo.



Hoy en día, el 5337 de Robinview Place es un hogar feliz.

Steve y Sarah tienen dos hijos y un matrimonio basado en el amor y la confianza mutua.

Y nunca se olvidan de enviarle una felicitación de Navidad a Katie Dodd.

Lorraine Warren

Varios años después de los sucesos anteriormente narrados, Katie nos informó de que Steve Dunlap se había convertido en un adepto de la parapsicología y que le contaba su experiencia a todo aquél dispuesto a escucharle.

Como la mayoría de sus compañeros de trabajo y prácticamente todos sus amigos eran científicos, tanto sus palabras como su entusiasmo le granjearon una reputación de persona un tanto «excéntrica».

—Lo que en realidad quieren decir —le dijo Steve en una ocasión de modo jocosamente a Katie— es que estoy como una regadera.

Entonces, cierto día, mientras leía la *Introduction to Psychic Studies*, de Hal N. Banks, Steve encontró una cita del famoso científico William James que decía lo siguiente:

«¿Por qué tan pocos “científicos” investigan las evidencias sobre la telepatía, como se la denomina? Porque creen, como me dijo una vez un famoso biólogo, ya fallecido, que aunque fuera verdad, los científicos deberían ponerse de acuerdo para que nadie lo descubriera y mantenerla oculta. Echaría por tierra la uniformidad de la naturaleza y de muchas otras cosas sin la cual los científicos no pueden realizar su trabajo [...]».

A Ed y a mí nos encanta recordarles esta cita a nuestros amigos científicos. Les baja los humos.

MI ABUELO, EL MONSTRUO

Un día gris y lluvioso de 1946, Frances Busby, de diez años de edad, subió al desván de su casa y vio algo que cambió su vida para siempre.

La casa donde vivía Frances era grande, blanca y estaba atestada de objetos. Debido al coste de la calefacción, los padres de Frances mantenían cerrada la puerta del desván. Pero a veces Frances subía a leer uno de sus libros de Nancy Drew. Le gustaba sentarse en la vieja y confortable mecedora que había pertenecido a su bisabuela y contemplar el jardín a través de la ventana polvorienta. A veces imaginaba que era una princesa y que toda la tierra que se extendía ante sus ojos era su reino, el cual podía gobernar a su antojo.

Frances abrió la puerta del desván y empezó a subir la escalera. Era tan empinada que muchas veces se quedaba sin aliento antes de llegar arriba.

Incluso los días soleados, el desván era un lugar oscuro y lleno de sombras. Se había asustado más de una vez al imaginar que oía abrirse con un chirrido la tapa del enorme baúl y que de éste asomaba una mano esquelética o que el muñeco de trapo sin cabeza se había acercado a ella varios centímetros. Pero todo aquello era imposible.

Aquel día estaba lloviendo, de modo que el desván tenía un aspecto más misterioso del habitual. El tejado quedaba directamente encima de ella, y Frances oía cómo la lluvia golpeaba contra las tejas. Sin la luz del sol colándose por la única ventana, tuvo la sensación de que ya estaba anocheciendo.

Frances reparó en todo esto mientras permanecía de pie en la parte superior de la escalera y contemplaba las cajas de distintos tamaños, los baúles, los sacos y los montones de viejas revistas. El desván olía a moho, ese olor acre que sueltan las revistas viejas cuando empiezan a amontonarse en un sótano húmedo.

Sólo había una cosa que Frances no esperaba ver allí: a su abuelo frente a la ventana. Como nunca le había visto antes allí arriba, se preguntó cuál sería el motivo.

El abuelo estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior. Aún de espaldas, le dijo:

—Vuelve a bajar y espérame, Frances.

Se sobresaltó al oír su voz. No hablaba cómo solía hacerlo su abuelito. La voz era demasiado grave, fría.

—¿No me has oído, Frances?

—Pero, abuelo...

—¡Haz lo que te digo!

Por muy dura que sonara su voz, no se giró para mirarla.

Frances observó el desgastado suéter azul con la línea blanca de la camisa asomando por debajo; los pantalones de trabajo, grises y arrugados, y las viejas zapatillas de franela que tanto le gustaban..., las mismas zapatillas cuyo sonido escuchaba cada noche cuando el abuelo recorría el pasillo camino de su habitación.

A veces Frances tenía la sensación de querer más al abuelo que a sus propios padres.

Al menos, eso es lo que había creído hasta hace un par de semanas, cuando el abuelo había experimentado un cambio. No era el mismo. O, como mínimo, no lo era del todo.

—¿No puedo venir a saludarte? —preguntó Frances.

—No. Sal de aquí.

Además de impaciente, ahora el abuelo también parecía enojado.

—Pero, abuelo...

Entonces, antes incluso de ser consciente de lo que estaba haciendo, Frances cruzó la tenebrosa habitación hasta donde estaba la alta y vieja figura de su abuelo y le tocó la mano.

Frances soltó un grito de dolor.

La piel del abuelo le abrasó los dedos.

Y eso no era todo. Había entrevisto su rostro... y no pertenecía al de su querido abuelo.

Aquel rostro estaba tan arrugado que parecía una máscara, los ojos de un color azul brillante y la boca llena de una especie de espuma de color verde.

Frances sólo había necesitado un rápido vistazo para ver todo aquello.

—Abuelo, ¿podemos hablar?

—No quiero hacerte daño, Frances. Márchate ahora, mientras aún puedes.

Frances hizo ademán de volver a acercarse a él pero entonces recordó lo caliente que tenía la mano. Y lo grotesco que era su rostro.

Aquél no era el abuelo.

No corrió. Ni siquiera caminó rápido.

Se dio la vuelta y, apesadumbrada, lentamente, bajó la escalera del desván que llevaba al segundo piso.

Entró en su habitación, se tumbó en la cama y enterró el rostro en las manos. Permaneció de aquel modo, pensando en el anciano del desván que no era su abuelo, hasta que se quedó dormida.

Tuvo un sueño terrible en el que subía por la escalera sinuosa y oscura de un altísimo campanario. La escalera no se terminaba nunca y, aunque tenía miedo de lo que podía encontrar al llegar arriba, se sentía impulsada a seguir adelante.

Al llegar al último escalón, se detuvo. Escudriñó la oscuridad y descubrió la enorme campana en el interior del campanario.

Y entonces un hombre salió de entre las sombras...

Tenía la piel tan vieja y arrugada como la de un cadáver enterrado bajo tierra durante años.

Entonces empezó a gritar mientras el hombre avanzaba hacia ella...

Frances despertó al oír unos golpes en la puerta.

—¿Estás bien, Frances?

Sudando, sin saber muy bien dónde estaba, Frances miró a su alrededor.

Aunque estaba en su habitación, todo le resultaba muy poco familiar.

Su madre abrió la puerta y se asomó.

—¿Una pesadilla, cielo?

El rostro de su madre hizo que lo recordara todo: su casa, su habitación, su cama...

Y al abuelo.

Su madre se acercó y se sentó al borde de la cama. Afuera, la lluvia seguía cayendo, fría y plateada bajo la luz del atardecer. El viento hacía que las ramas desnudas de noviembre arañaran la ventana.

Frances rodeó con los brazos la cintura de su madre y la abrazó.

—Ya no es el abuelo.

—¿Quién ya no es el abuelo?

—El abuelo.

Su madre cogió a Frances por los hombros y la miró fijamente.

—¿Has estado soñando con el abuelo?

—Sí.

—¿Y en el sueño no era el mismo?

—Era un monstruo. Tenía unos ojos muy extraños y le ardía la piel... como en el desván.

La madre de Frances sonrió.

—Ya te dije que si subías allí arriba tendrías pesadillas. Incluso a mí me pone los pelos de punta.

—Pero, mamá, escúchame, por favor. Ya no es el abuelo.

—Entonces, ¿quién es, cariño?

—Un... monstruo. Es lo que estoy tratando de decirte.

Frances volvió a rodear con los brazos la cintura de su madre.

—Ya sé que no me crees.

—Cariño, creo que es posible que creas que el abuelo se ha convertido en un monstruo. Pero, si así fuera, ¿no crees que me habría dado cuenta? Después de todo, soy su hija desde hace treinta y cuatro años.

Frances empezó a decir algo más, pero su madre la interrumpió:

—Ahora ve a lavarte para la cena. Hay empanadillas de pollo y tarta de chocolate. Y después puedes escuchar tus programas favoritos en la radio.

Empanadillas de pollo. Tarta de chocolate. Programas de radio. ¿Qué niña podría resistirse ante semejante perspectiva?

—¿Te sientes mejor? —le preguntó su madre mientras la abrazaba con fuerza.

—Sí —contestó. Era verdad. Al pensar entonces en ello, después de hablar con su madre, estuvo segura de haberse equivocado.

¿Cómo iba a convertirse en un monstruo su adorable abuelo?



El padre de Frances era un destacado ejecutivo del sector bancario y un hombre que reconocía abiertamente ser una persona extraordinariamente afortunada. Tres años antes había participado en la campaña del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Una noche, durante un ataque aéreo japonés, resultó herido de gravedad y los médicos lo dieron por perdido.

De hecho, su estado era tan crítico que los médicos decidieron que no merecía la pena operarlo dado que, según su opinión, no hubiese servido de nada. Era imposible que sobreviviera y había otros hombres heridos que podían salvarse si los operaban.

Sin saber muy bien cómo, como por obra de algún milagro, despertó justo antes del amanecer y pidió ayuda. No sólo había recobrado la conciencia, sino que también había recuperado muchísima energía.

Aquella noche, durante la cena, el hombre apuesto y rubio enfundado en un traje de *tweed* marrón parecía no haber estado enfermo en toda su vida.

Shawn Busby bendijo la mesa y luego empezó a pasar la comida a su hija Frances, a su hijo Matthew, a su esposa Connie y al padre de esta, Richard.

Los niños comieron rápidamente; no querían perderse *El llanero solitario*, su programa de radio favorito. Después vendría una velada con estrellas de la

radio como Jack Benny, Bob Esperanza y una inquietante aventura en la tierra de *Inner Sanctum*.

La conversación en la mesa giró alrededor de los temas habituales. Shawn habló de la economía, concretamente, sobre las dificultades que tenían muchos excombatientes para encontrar trabajo debido a la recesión.

Connie informó de unas grandes rebajas que empezaban a partir del día siguiente en unos grandes almacenes del centro. Frances y su hermano comentaron algunas cosas de la escuela. Y el abuelo...

El abuelo estaba extrañamente silencioso.

Normalmente, Richard disfrutaba contando a la familia historietas de los «viejos tiempos», como siempre se refería a ellas: sobre estrellas del deporte que había conocido, sobre los años que había pasado en Europa durante la Primera Guerra Mundial, etc.

Pero aquella noche fue diferente.

Para empezar, no había tocado su plato.

Y, además, no había mostrado ni el más mínimo interés en ninguna de las conversaciones que habían surgido.

Se limitó a quedarse sentado y mirar el plato. En un momento dado, levantó la cabeza para mirar detenidamente a cada una de las personas sentadas a la mesa, como si estuviera en compañía de desconocidos.

No dijo nada, ni una sola palabra.

—¿Te encuentras bien, papá? —le preguntó Connie.

El abuelo volvió la cabeza lentamente y la miró. Sus ojos azules no transmitían ningún tipo de emoción.

—Sí —repuso.

Frances se preguntó si alguien más habría notado lo extraña que sonaba su voz.

—¿Has trabajado esta mañana, abuelo? —le preguntó Shawn. Le agradaba que un hombre de sesenta y ocho años quisiera seguir trabajando.

—Antes de que empezara a llover —dijo el abuelo con la misma voz hueca.

Connie sonrió.

—Supongo que cavar tumbas bajo la lluvia no debe de ser muy divertido.

—Estamos orgullosos de ti, abuelo —dijo Shawn—. ¿Quién hubiera pensado que alguien de tu edad encontraría un trabajo de media jornada en el cementerio de Windmere?

Frances había evitado mirar al abuelo toda la noche, pues temía que se convirtiera de repente en el monstruo que había visto en el desván. La

conversación con su madre había dejado de surtir su efecto... y Frances volvía a estar convencida de que el abuelo ya no era la misma persona que había sido.

Sintió sus ojos clavados en ella. Cuando levantó la mirada, descubrió que el abuelo la estaba mirando fijamente.

A Frances le pareció ver, en lo más profundo de sus ojos azules, el mismo resplandor helado en las pupilas que había visto hacía unas horas.

El abuelo se levantó repentinamente.

—Disculpadme. Creo que me voy a descansar un poco.

Connie y Shawn cruzaron una mirada llena de preocupación. ¿Qué le pasaba al abuelo?

Connie recordó un artículo que había leído recientemente. En él se alertaba sobre un estado parecido a la gripe que precedía a ciertos tipos de ataques cardíacos.

—Será mejor que vaya a ver cómo está —dijo.

Shawn asintió.

Unos minutos después, Shawn acompañó a los niños al salón. Éstos se acomodaron en los sillones situados frente al gran aparato de radio Philco mientras su padre sintonizaba la emisora.

Frances seguía pensando en el monstruo que, según sospechaba, controlaba ahora al abuelo.

O, por lo menos, siguió pensando en eso durante algunos minutos más.

Sin embargo, en cuanto oyó la fanfarria de trompetas que precedía a un nuevo capítulo de *El llanero solitario*, acompañada del aún más trepidante sonido de los cascos del caballo conocido como Silver, Frances se olvidó del abuelo y se quedó absorta escuchando la aventura de aquella noche.



Dos días después, Frances llegó a casa mientras su madre estaba de compras y su hermano, jugando con sus amigos en la calle.

Realizó todas las actividades habituales: colgó el abrigo en el armario de la planta baja, cogió una galleta de avena y un pequeño vaso de leche para merendar, subió al primer piso y se puso unos pantalones de pana y la sudadera de Superman. Para conseguirla, su madre había enviado dinero junto con una solapa de Pep, su marca de cereales favorita.

Se encaminó al estudio de la planta baja con el libro de Nancy Drew, encendió la luz, abrió el libro por el capítulo ocho y se puso a leer. Nancy y George avanzaban por el interior de una casa abandonada. La escena era

bastante aterradora. Y justo en aquel momento el viento sacudió las ventanas y Frances se estremeció.

Estuvo leyendo unos veinte minutos. Se detuvo al darse cuenta de que algo no iba bien en la casa. Entonces lo comprendió; aún no había visto ni oído al abuelo.

Como a veces se echaba una siesta sobre aquella hora, decidió ir hasta su habitación, en el sótano, para comprobarlo. Su padre había reformado completamente el nivel inferior de la casa con madera de pino, por lo que ahora era tan bonito como el resto de la casa. El abuelo incluso tenía su propia ducha y aseo.

Frances se encaminó hasta las escaleras que bajaban al sótano y abrió la puerta.

—¿Abuelo? —le llamó.

El sótano estaba oscuro. Muy oscuro. Alargó una mano para encender la luz. Accionó el interruptor varias veces pero la luz no se encendió. Supuso que la bombilla estaría fundida.

—¿Abuelo? —lo intentó de nuevo.

Esperó un minuto antes de decidirse a bajar las escaleras.

Se agarraría al pasamanos y bajaría muy despacio, un escalón después del otro. Probablemente el abuelo estuviera durmiendo.

Se sentía sola y necesitaba hablar con alguien. No le gusta volver a casa y que no hubiera nadie.

Las escaleras eran muy empinadas. Cuando era más pequeña, siempre tenía pesadillas en las que tropezaba y caía escaleras abajo.

Se agarró al pasamanos y empezó a bajar.

Lo hizo muy despacio, tal y como se lo había propuesto.

Cuanto más bajaba, más abrumador le resultaba el olor. Era una especie de olor dulzón, marchito. Sólo podía compararlo con el del pájaro muerto que, tiempo atrás, su padre había encontrado en el porche trasero. El pájaro estaba muy hinchado y tenía un aspecto muy desagradable... y desprendía un olor acre que la obligó a taparse la nariz y la boca con la mano y salir disparada hacia la cocina.

El olor cada vez era más insoportable.

Bajó el último escalón y apoyó el pie en el suelo del sótano. La oscuridad era total. A su izquierda distinguió la voluminosa caldera Lennox. A su derecha, la forma imprecisa de la ducha metálica del abuelo y el reducido espacio que conformaba su habitación, todo apiñado en un rincón: la cama

individual, el perchero donde colgaba la ropa y la estantería con su querida colección de libros del oeste de Zane Grey.

—¿Abuelo?

Y entonces oyó algo, el sonido de una respiración nasal, pesada.

La del abuelo.

Tenía que ser él.

—¿Abuelo? —probó de nuevo.

Al no obtener respuesta, decidió atravesar la profunda oscuridad para acercarse a su cama.

Intentó no pensar en el monstruo que había visto en el desván unos días antes. Tenía que haberlo imaginado... No había otra explicación. Era imposible que el abuelo se convirtiera en un monstruo. Era el tipo de cosas que los adultos les dicen a los niños pequeños para asustarlos.

Cuando Frances llegó junto a la cama individual, el olor era tan intenso que los ojos le lloraban y estuvo segura de que iba a vomitar.

Estaba completamente envuelta por la oscuridad.

Sólo podía oír la ronca respiración que emitía la oscura forma tumbada en la oscura cama.

—¿Abuelo?

Tuvo la sensación de estar caminando por el fondo de un océano muy profundo.

—¿Abuelo?

Topó con las rodillas contra la cama.

La respiración era ahora muy intensa.

El olor, abrumador.

—¿Abuelo?

Entonces, en mitad de la oscuridad, justo cuando empezaba a distinguir la silueta de su abuelo acostado en la cama, unos ojos se abrieron repentinamente y se encontró mirando el mismo resplandor frío e inhumano que ya viera en el desván.

Frances lanzó un grito.

El abuelo empezó a incorporarse sobre la cama. De su boca manaba una sustancia verde. A la fría luz de sus ojos, Frances vio que tenía la piel descompuesta y desgarrada.

El abuelo le agarró la muñeca.

Frances volvió a gritar e intentó zafarse de él.

Y entonces se dio cuenta de que los dedos del abuelo le estaban abrasando la piel. Se levantó de la cama y dijo:

—No me hiciste caso, Frances. Y ahora debes unirte a mí.

La voz era la misma que la del desván: distante, fría, hasta cierto punto, muerta.

Sin saber muy bien qué hacer, Frances le dio una patada en la espinilla. Si hubiera sido el abuelo, se habría sentido muy mal... Pero aquel no era el abuelo..., era otra persona... u otra cosa.

La patada tuvo el efecto deseado.

Fuera quien fuese aquel ser, la patada le había hecho daño. Soltó la frágil muñeca de Frances.

Y esta salió corriendo. Tropezó primero con un cojín, después con algo más pero logró levantarse de nuevo y seguir corriendo hacia la tenue silueta de la escalera.

El abuelo le pisaba los talones.

—Vuelve aquí, Frances. Vuelve de una vez.

Frances se agarró al pasamanos.

Empezó a subir la escalera.

Se tropezó y se golpeó la rodilla con tanta fuerza que esta le empezó a sangrar.

Pero no se atrevió a detenerse.

Tenía que seguir subiendo... subiendo.

—Por favor, ven aquí, Frances. ¡Ven aquí!

Tenía... que... llegar... a la... cocina..., a la... puerta... lateral... para escapar.

Aún en las escaleras, Frances volvió la vista una sola vez... y vio al abuelo..., sus ojos desprendían un brillo aterrador... y le hacía señas con una mano esquelética.

Entonces le vio poner un pie en la escalera.

Venía a por ella.

Debía darse prisa... tenía que hacerlo.



Frances esperó en el garaje a que su madre regresara a casa en el confortable DeSoto que su padre le había comprado el otoño anterior.

En cuanto la vio, corrió a su encuentro, se lanzó a sus brazos y, entre sollozos, le contó todo lo que había ocurrido.

Connie dejó las compras en el coche y le dijo a Frances que la esperara fuera. Connie iba a entrar para descubrir qué estaba pasando.



Diez minutos después, su madre aún no había vuelto a salir. Frances empezó a asustarse. ¿Habría atacado el abuelo a su propia hija?

Frances oyó una sirena acercándose a la casa y, antes de saber qué estaba pasando, una ambulancia blanca y cuadrada se detenía delante de ella. Dos hombres vestidos de blanco salieron a toda prisa del vehículo. Uno de ellos llevaba una camilla portátil. Subieron los escalones que llevaban a la puerta delantera. Connie les dejó entrar. Frances corrió hasta situarse frente a la puerta para tener una mejor perspectiva.

Muchos vecinos salieron de sus casas para ver qué ocurría. Algunos se quedaron en su jardín y otros en la acera. Algunos incluso recitaron oraciones para que todo se arreglara.

Unos minutos después, sacaban cuidadosamente de la casa al abuelo en la camilla y lo llevaron hasta la ambulancia.

Al pasar por su lado, Frances no se atrevió a mirarlo. No quería volver a ver nunca más aquel rostro monstruoso.

Sin embargo, cuando los enfermeros llegaron a su altura, Frances no pudo evitarlo. Abrió los ojos para mirar por última vez al abuelo.

Parecía el de siempre. Amable, paciente, cariñoso. Aunque ahora también se le veía muy triste. Tenía los ojos azules abiertos, pero era evidente que estaba confundido y asustado. Se estaba muriendo y no sabía qué podía hacer al respecto.

Poco después, la ambulancia se alejó, los vecinos se marcharon a sus casas y Connie se apresuró a ir al hospital para estar con su padre.

Alrededor de las nueve de aquella misma noche, el abuelo moría.

El funeral se celebró tres días después. Frances vio a muchas tías, tíos y primos que llevaba mucho tiempo sin ver. Hubo una misa fúnebre, se pronunciaron oraciones en el cementerio a pesar del frío intenso y, después, hubo bocadillos de jamón, pasteles, dulces, leche y Pepsi en casa para todos los familiares. Frances comió más de lo que le tocaba.

No volvió a hablarle nunca más a su madre de los dos incidentes con el abuelo. Sabía de forma instintiva que sólo conseguiría enfadarla... y ponerla en su contra. Era obvio que su madre no se había creído su historia...

Cuando Connie había encontrado a su padre en el sótano, volvía a ser el abuelo que todos conocían.

Y así es como Connie quería recordarlo. Como a un abuelo adorable, no un monstruo.

Lorraine Warren

No existe ningún otro asunto relacionado con la actividad paranormal que suscite tantas burlas como el demonismo, es decir, cuando un ser humano se transforma en un monstruo.

Incluso los adeptos del mundo sobrenatural, suelen mostrarse recelosos ante este tipo de transformaciones.

El doctor A. K. Reinhardt, por ejemplo, señaló que «el demonismo no es más que una transferencia: el individuo A empieza a notar un cambio de personalidad en el individuo B y, como consecuencia de ella, cree que el individuo B también ha empezado a transformarse físicamente, cuando no es más que una respuesta simbólica a cambios internos o espirituales...».

Reinhardt también argumenta que muchas personas informan de cambios físicos en sus parejas después de que éstas les hayan comunicado que deseaban poner fin a la relación.

Reinhardt cita como prueba de esto un caso en el que un marido que había matado a martillazos a su mujer le contó al psiquiatra del tribunal de justicia de New Hampshire que «ella se había convertido en un monstruo y pretendía hacerle daño a nuestros hijos».

No obstante, dado el gran número de «posesiones demoníacas» que hemos tenido durante años, así como otros incidentes similares recopilados por otros grupos dedicados al estudio de las actividades psíquicas, nos cuesta creer que todos estos ejemplos de demonismo sean, simplemente, producto de la imaginación.

Aunque el doctor Reinhardt es un reputado investigador psíquico, en este tema creemos que debería reconsiderar sus conclusiones.

UN ESPÍRITU AMISTOSO

En 1968, Julie Fuller era un ama de casa con dos hijos en preescolar y un marido en Vietnam. El sueldo de su marido era más que suficiente para que Julie no tuviera la necesidad de trabajar fuera de casa.

El hecho de no tener que ir nunca a ningún sitio le estaba provocando un problema. Julie, quien hasta entonces había sido una mujer delgada y atractiva, estaba ganando peso rápidamente. Se pasaba el día viendo telenovelas y picando entre horas. Y sin un marido para el que lucir un buen aspecto, en poco tiempo Julie descubrió que pesaba diez kilos de más.

Una soleada mañana, Julie se plantó delante del espejo y no le gustó lo que vio. El período de servicio de su marido terminaría dentro de siete meses... y entonces tendría que empezar a adelgazar.

¿Por qué no empezar ya una dieta adecuada, en lugar de esperar hasta el último momento?

Aunque continuó preparando a sus hijas todo lo que les gustaba más — jamón, chuletas de cerdo y hamburguesas—, ella redujo sus porciones a la mitad.

Y también salió a correr cinco días a la semana.

Su ruta la llevaba por escarpadas colinas... y por delante del cementerio de Del Mar.

Una mañana, mientras pasaba corriendo por delante del cementerio, Julie oyó una extraña voz en su cabeza. No era su propia voz..., de eso estaba segura.

La voz era la de una mujer mayor.

Parecía estar hablando desde muy lejos.

Julie miró a su alrededor. ¿De dónde salía la voz?

Finalmente, tanto la voz como las susurrantes palabras se desvanecieron... y Julie olvidó el incidente.

Dos días después, mientras corría por la misma zona, volvió a escuchar la misma voz..., en esa ocasión más intensa y clara que la última vez.

Cuando Julie pasó por delante del cementerio, la voz empezó a hablarle directamente.

—Me llamo Grace. Quiero ser tu amiga, Julie. Quiero ayudarte a superar algunos problemas que vas a tener.

A Julie le embargó el pánico. ¿Estaría perdiendo la cabeza? En su familia había habido algunos casos de enfermedad mental. ¿Estaría ella sufriendo los primeros síntomas?

No volvió a escuchar la voz durante el resto de la mañana.

Aquella noche, con las niñas ya en la cama, Julie se quedó hasta muy tarde viendo el programa de Johnny Carson y pensando en la voz que había escuchado por la mañana.

¿Qué había querido decir con aquello de «Quiero ayudarte a superar algunos problemas que vas a tener»?

¿Qué problemas?

A pesar de que su marido estaba luchando en una guerra, muchas mujeres menos afortunadas que ella le tendrían envidia por la vida que llevaba.

Aquella misma noche, muy tarde, sonó el teléfono.

Julie se sobresaltó al oírlo.

Una terrible sensación que nacía en su estómago se extendió hasta su pecho.

Malas noticias. Nadie llamaba a aquellas horas a no ser que tuviera malas noticias.

Y muy probablemente tuvieran relación con su marido.

—Diga.

—¿Julie Fuller?

—Sí.

—Soy un amigo de tu marido. Me llamo Eric Silva.

—¿Ah?

—Siento llamar tan tarde pero... Esta noche nuestro helicóptero se ha estrellado y he querido llamarte antes de que lo hiciera el ejército. Estoy a las afueras de Saigón.

—¿Está...?

Hubo una pausa.

—No he podido encontrarle. Cuando caímos llovía y había mucha niebla. No nos han disparado. El helicóptero tuvo algún problema mecánico y de repente perdimos el control. —Otra pausa—. Yo he conseguido salir sin problemas, pero no he podido encontrar a Ray. La única posibilidad es que...

—¿Sí?

—Que lo hayan capturado. Que hubiera *congs* escondidos entre la maleza cerca de la zona donde nos hemos estrellado y que, de algún modo, lo hayan capturado. —Una nueva pausa—. Sólo quería decirte que esta misma noche

nos ha vuelto a enseñar las fotos que os hicisteis con las niñas en el museo de la ciencia. Estaba muy orgulloso.

Julie empezó a llorar.

—Puede que esté bien, Julie. Tal vez sólo esté... desaparecido en combate.

Pero Julie no le creyó. Desde hacía meses había estado practicando lo que su padre llamaba «pasar por el cementerio silbando», es decir, evitar pensar que a Ray podía pasarle algo malo en Vietnam.

De ese modo creía poder mantenerlo a salvo.

Pero la llamada de aquella noche lo había cambiado todo.

—El capitán enviará una patrulla para buscarle, Julie. Te mantendré informada. Ray es... mi mejor amigo. Es lo menos que puedo hacer. —Eric Silva parecía estar al borde de las lágrimas.

Julie le dio las gracias y colgó sin añadir nada más. Pasó el resto de la noche en vela.



El ejército llamó al día siguiente para informarle que a Ray se le consideraba DEC, desaparecido en combate. Aunque Julie escuchó con abotargada incredulidad las esperanzadoras palabras del militar al otro lado de la línea telefónica, no compartía su optimismo. Ella estaba convencida de que su marido había muerto.

Julie llamó a los padres de Ray, quienes, como es natural, se lo tomaron muy mal. Se ofrecieron a ir a su casa para estar con ella, pero Julie rechazó el ofrecimiento alegando que prefería estar sola con las niñas hasta que no supieran algo más definitivo. Confiaba en no haberles ofendido pero, sencillamente, prefería estar sola en un momento tan angustioso.

Aquella noche, Julie se tomó una pastilla para dormir. Durmió plácidamente y, a la mañana siguiente, se sintió llena de energía a pesar de la depresión y la ansiedad que sentía por dentro.

Sin embargo, decidió que no le haría ningún bien a las niñas si se quedaba todo el día en casa lamentándose.

Le pidió a una vecina que cuidara de las niñas mientras ella salía a correr. Le pareció que el ejercicio la ayudaría a levantar el ánimo y aclarar la mente.

Tomó la ruta habitual, la hermosa campiña de los alrededores de Denston, la cual, en aquella soleada mañana de primavera, relucía con las variadas tonalidades del verde.

Al acercarse al cementerio, pensó de nuevo en la voz que había escuchado días atrás; la voz que le había advertido acerca de «algunos problemas que vas a tener».

Julie estuvo a punto de dar media vuelta y regresar por donde había venido, convencida de que se vendría abajo si volvía a escuchar la voz aquella mañana.

Pero no se desmoronó.

De hecho, cuando la escuchó, le resultó tan cálida y tranquilizadora como la de un viejo amigo.

—No está muerto, Julie. No importa lo que diga el ejército ni lo que puedas pensar, tu marido está vivo.

Julie se dio cuenta entonces de que la voz provenía del cementerio. Se detuvo y se acercó a las lápidas sobre la inclinada colina. Y se quedó allí, entregada completamente a la experiencia.

—¿Quién eres? —preguntó Julie.

—Me llamo Grace. Nací en 1868 y fallecí en 1903. El Espíritu Divino me utiliza a veces para consolar a la gente.

—¿Has dicho que mi marido no está muerto?

—Pronto conocerás la verdad, Julie.

Entonces, la presencia de Grace abandonó a Julie. Ésta se quedó sola en el cementerio, súbitamente consciente de la presencia de los pájaros y el sonido del tráfico en la distancia.

¿Debía creer lo que el espíritu le había dicho?

Julie continuó corriendo.

Aunque normalmente corría unos cinco kilómetros, aquel día corrió diez. Y apenas fue consciente de ello, tan preocupada como estaba por las palabras de Grace.

¿Sería verdad que Ray estaba vivo?

Después de llegar a casa, ducharse y preparar la comida de las niñas, Julie descolgó el teléfono y estuvo a punto de llamar a la madre de Ray para hablarle de Grace.

Pero se lo pensó mejor.

Cindy, la madre de Ray, pensaría que se había vuelto loca. Aunque los padres de Ray no eran completamente ateos, sí eran agnósticos. Julie era una episcopaliana relativamente devota y había tenido más de una discusión con Ray sobre la educación religiosa de las niñas. Finalmente, Ray había cedido y había dejado que Julie las llevara a la iglesia los domingos.

Julie volvió a colgar el teléfono.

No, si le contaba a Cindy que había hablado con un espíritu, incluso podía tratar de quitarles a las niñas arguyendo que el dolor provocado por la desaparición de Ray la había trastornado.



Pasaron tres días.

Julie salió a correr todas las mañanas pero no volvió a tener ningún contacto con Grace.

Se preguntó si habría hecho algo para ofenderla. Tal vez no se había mostrado lo suficientemente agradecida por el consuelo que le había proporcionado.

Grace regresó al cuarto día.

En esta ocasión, Julie no tuvo que llegar al cementerio para oír la voz en su cabeza.

—Hoy encontrarán a tu marido. Estará sano y salvo, aunque pasará algunos días en el hospital.

Julie se adentró en el cementerio y caminó entre las lápidas. La voz de Grace siempre parecía más clara cuando Julie estaba allí, caminando sobre la hierba húmeda y sumergiéndose en la historia del lugar.

—Tienes que ser fuerte, Julie. Y mantener la fe.

Julie asintió.

—A veces Dios nos pone a prueba. Y esto puede ser una prueba para ti. Sé fuerte, sin importar cómo te trate la gente.

Y entonces la voz desapareció.

Julie terminó su recorrido habitual y regresó a casa.

Cuando estaba a punto de entrar en la ducha, sonó el teléfono.

Su suegro, Raymond padre, dijo:

—Julie, ¿podrías hablar con Cindy? Tiene un día muy malo. No ha pegado ojo en toda la noche pensando en Ray.

—Claro, pásamela.

Cindy se puso al teléfono y dijo:

—Siento no estar llevándolo mejor, Julie. Estoy intentando encontrar las fuerzas, pero...

Julie supo que Cindy se sentía avergonzada por su comportamiento.

No obstante, la mayoría de las madres se desmoronarían ante la posibilidad de perder a un hijo.

Sobre todo aquéllas sin una fe religiosa a la que poder recurrir.

—Déjame decirte algo, Cindy —dijo Julie.

—¿Sí?

—Sé que te sonará extraño, pero no lo es. Me ha pasado de verdad.

El tono de voz de Cindy pasó de la tenue tristeza a la sincera aprehensión.

—¿El qué me sonará extraño, querida?

—He estado en contacto con un espíritu que me ha asegurado que Ray está bien. Que no está muerto.

Se produjo un prolongado silencio al otro lado del teléfono.

—Querida, ¿quieres que Raymond se acerque a tu casa?

Julie no pudo evitarlo; se puso a reír.

—No, Cindy, estoy bien. De verdad. Sólo quiero que te sientas tan esperanzada por tu hijo como lo estoy yo.

—¿Dices que has estado en contacto con un espíritu?

—Sí.

—Será mejor que se ponga Raymond, cielo.

Y le pasó el aparato a su marido.

—¿Estás bien, Julie? —se interesó Raymond—. ¿Qué demonios significa eso del «espíritu»?

Julie se lo explicó.

Y no tardó mucho en arrepentirse de haberlo hecho.

—Ya sabes lo que pensamos de la religión —dijo Raymond, profesor de Matemáticas en la universidad. Raymond senior sólo creía en lo que podía ver, sentir, oler... A Julie siempre le había parecido una actitud muy curiosa, sobre todo en alguien que trabajaba todos los días con números, algo como mínimo tan abstracto como los espíritus, los duendes y los demonios.

—Sólo intentaba que se sintiera mejor. El espíritu me ha dicho que hoy encontrarán a Ray.

—De modo que hoy, ¿eh? —dijo Raymond con escepticismo—. Bueno, esperemos que el «espíritu» no se equivoque.

—Lo siento si la he importunado.

Julie oyó unos susurros al otro lado de la línea telefónica.

—Julie, Cindy cree que sería una buena idea si se acercara a tu casa para haceros compañía a ti y a las niñas.

—De verdad, prefiero estar sola.

—Cindy sólo quiere asegurarse de que...

—... no estoy loca y de que no haré daño a las niñas y de que no voy a hacer ningún ritual satánico en casa. —Se arrepintió inmediatamente de su sarcasmo. Los padres de Ray eran personas decentes—. Estoy bien, Raymond. Tranquiliza a Cindy. Estoy bien, y las niñas también.

Raymond senior suspiró y dijo con calma:

—Cindy ha salido de la habitación, Julie. Por favor, no vuelvas a hablarle de espíritus ni de nada parecido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Es algo que la incomoda. Ya sé que sólo intentabas ayudarla.



Alrededor de las dos de aquella tarde comenzó a llover. Julie miró por la ventana mientras las gotas plateadas resbalaban por el cristal. Se sintió como una niña pequeña que tenía que quedarse en casa a colorear y jugar con muñecas porque su madre no la dejaba jugar bajo la lluvia.

Intentó leer un libro de misterio pero lo dejó estar tras unas cuantas páginas. Trató de ver la televisión, pero los actores de la telenovela parecían de madera y casi cómicos.

Sonó el teléfono.

Un hombre, que se identificó como un oficial del Ejército, le dio la noticia.

—Su marido ha sido encontrado a treinta kilómetros al este de Saigón. Parece ser que el accidente le provocó un *shock* y éste, amnesia. Estaba vagando por la jungla. He de decirle que es un milagro que haya sobrevivido. La zona donde le encontramos está atestada de enemigos. Aunque aún no ha recuperado la memoria, los médicos dicen que la pérdida es sólo temporal. En estos momentos le están haciendo una revisión médica. Dentro de unas horas le permitiremos llamarle. Cuando hable con él, tenga presente que ahora mismo no se encuentra en su mejor estado mental, pero pronto estará bien.

Después de colgar, Julie dijo una oración de agradecimiento e, inmediatamente después, marcó el número de Cindy.

—Está vivo y en buenas condiciones, aunque tiene un poco de amnesia, Cindy.

Cindy llamó a gritos a Raymond para que este cogiera el aparato de la sala de estar.

—¿Sí?

—Está vivo y en buenas condiciones, Raymond —dijo Julie antes de repetirle lo que le había dicho el oficial del Ejército.

—Entonces, ¿la amnesia es temporal? —preguntó Raymond senior.

—Eso es lo que me han dicho.

—Tengo ganas de... celebrarlo —dijo Cindy—. ¿Por qué no os vamos a buscar con el coche y os llevamos a todas a cenar a un lugar agradable?

Julie sonrió.

—Me parece genial, Cindy. Y para entonces podré contaros qué me ha dicho Ray cuando llame.

Silencio.

—Lo siento si te he ofendido, Julie —dijo entonces Cindy.

—No me has ofendido. No te preocupes.

Raymond intervino:

—Supongo que tu «espíritu» tenía razón, después de todo.

A pesar de que se estaba burlando un poco de ella, Julie repuso:

—Supongo que vosotros tenéis vuestras creencias y yo tengo las mías.

—Bueno, pero no pretendíamos dar a entender que estabas...

—Lo sé —dijo Julie—. No pasa nada.

Ray llamó al cabo de unas horas. Al principio la conversación resultó difícil, pero, tras unos minutos, Ray se relajó e incluso hizo una broma sobre su estado.

—Tengo delante una fotografía tuya y de las niñas. Soy un tipo con suerte, quienquiera que sea.

—El médico dijo que recuperarías la memoria en poco tiempo.

—¿Descubriré que soy millonario?

—No, pero descubrirás que tienes a cinco personas que te quieren muchísimo. Yo, las niñas y tus padres.



Sesenta días después, Ray regresaba a EE.UU. Para entonces ya había recuperado la memoria.

Encontró trabajo como responsable en una ferretería. Él y Julie renovaron los votos matrimoniales.

En la primavera de 1976, sintiendo aún curiosidad por la voz de Grace, Julie le contó su historia a una amiga que había asistido recientemente a una conferencia de los Warren. La amiga la convenció para que se pusiera en contacto con ellos. Después de una semana de dudas, finalmente lo hizo.

Ed Warren

La mayoría de las personas les tienen miedo a los fantasmas, y no les faltan motivos. A lo largo de los siglos, los fantasmas han sido representados como

seres malvados empeñados en aterrorizar y, en algunos casos, incluso destruir a la humanidad.

En un destacado artículo titulado «Nuestros amigos, los fantasmas», el doctor Wylie Beaufort plantea una noción algo distinta.

«De hecho, al investigar las actividades de fantasmas durante los últimos treinta años —escribe Beaufort—, he descubierto que éstos suelen ayudar a los seres humanos con los que entran en contacto.

»En la mayoría de los casos, los fantasmas son almas solitarias o afligidas que, por un motivo u otro, no han sido adecuadamente asimiladas en el mundo de los espíritus. Al parecer disponen de modestos poderes sobrehumanos..., especialmente, presciencia.

»Muchos fantasmas son capaces de advertir a sus amigos humanos de problemas inminentes, o incluso de entregar mensajes del mundo de los espíritus.

»He conocido personalmente a tres fantasmas que, de hecho, resultaron ser espíritus profundamente amistosos».

Una de las cosas que Lorraine y yo hemos aprendido es que, cuando te involucras de verdad en la investigación psíquica, terminas cosechando múltiples recompensas.

Estamos seguros de que hay otra vida más allá de ésta, y sabemos que algún día volveremos a ver a los seres queridos que nos han dejado.

Nuestra vida es emocionante, amena y cada día descubrimos una nueva prueba de la presencia de Dios en el vasto universo... en todas sus dimensiones.

EL FANTASMA ACOSADOR

En cierto modo, Corey Adam Porter era un niño precoz. A los cinco años, atrapó a un petirrojo en una pequeña jaula y luego procedió a cortarle las alas con el cuchillo de caza de su padre. A los seis, roció con gasolina de encendedor al cachorro de un vecino y le prendió fuego. Posteriormente le contaría a su madre que el cachorro hacía «sonidos extraños» cuando se estaba quemando, sonidos que le resultaban agradables.

Más adelante, a los nueve años, se produjo un incidente con una niña de siete años, su vecina, a quien Corey maniató en su garaje, le quitó la ropa y hurgó en sus partes íntimas con un palo. Después la azotó con el cinturón. Aunque la niña estaba amordazada y nadie podía oír sus gritos, Corey disfrutó con el miedo oscuro y húmedo que vio en sus ojos. Afortunadamente para la niña, la madre de Corey salió a colgar la ropa en el tendedero que había en el exterior de la casa a última hora de la tarde. Al oír una especie de gemido, miró por la ventana del garaje y vio a la niña.

Es posible que pienses que Corey era el típico niño raro o friki, uno de esos chicos extraños, gorditos y silenciosos que, veinte años después, aparecen en las noticias de la noche porque han ido a su antiguo lugar de trabajo para matar a seis o siete excompañeros de trabajo.

Todo lo contrario. Corey tenía el pelo rubio y rizado, unos ojos azules brillantes y descarados, una reluciente sonrisa estilo hollywoodiense y las habilidades sociales necesarias para ser el presidente de su clase durante seis años seguidos. Aunque no era un atleta especialmente dotado, se le daba lo suficientemente bien como para formar parte de los equipos de baloncesto y fútbol; y si bien no era un gran cantante, siempre tuvo un solo en todos los musicales que organizó el coro del instituto de Erie, Pennsylvania, al que asistió a finales de los años ochenta.

Todos los chicos lo querían tener como amigo y todas las chicas, debido a su aspecto físico, querían salir con él.

Corey tenía catorce años cuando mató al primer ser humano.

Esto es lo que sucedió: el padre de Corey, director de una empresa que formaba parte de la selecta lista de 500 empresas de la revista *Fortune*, consideró que Corey ya era lo suficientemente mayor como para tener un trabajo de verano. Envío a Corey a la oficina de desempleo, donde una mujer le informó de que podía conseguirle un empleo descargando camiones en una

distribuidora local de cerveza. El trabajo consistía en apilar cajas con los envases vacíos, que posteriormente pasaban al interior de la planta de embotellado, donde se lavaban las botellas con agua hirviendo.

A Corey le encantaba el trabajo físico. Le gustaba la sensación del sudor resbalando por su musculoso cuerpo. El agotamiento después de un duro día de trabajo. No se arrepentía de haber aceptado el trabajo.

Seis días después, sin embargo, Corey empezó a tener algunas dudas. A través de la ventana del almacén donde Corey descargaba envases vacíos de cerveza de grandes camiones, veía pasar a hermosas chicas montando en bicicleta bajo el cálido y brillante sol del verano. Corey quería estar con ellas, no atrapado en el interior de un almacén que olía a tubo de escape de camiones y cerveza rancia.

Uno de sus compañeros era un mexicano-americano llamado Martínez, un hombre de unos cincuenta años a quien la cansina arrogancia y el pelo rubio de Corey le habían ganado su pronta animadversión. Técnicamente, Martínez era su jefe, a pesar de que ambos recibían casi todas las órdenes de Howell, el gran jefe. Martínez se pasaba el día recriminando a Corey que no trabajaba lo suficientemente rápido y que no lo hacía bien.

—En el mismo tiempo en que tú descargas seis cajas, yo ya he descargado el doble. Y fíjate en tus pilas. Son irregulares. Están a punto de desmoronarse. Espera y verás. —Martínez se pasaba prácticamente las ocho horas de la jornada laboral de esta guisa.

Un día Corey vio a Martínez en la pasarela. A Martínez le gustaba subir allí, a muchos metros del suelo de cemento, para fumar un cigarrillo.

Aquel día Corey se unió a él, encendió también un cigarrillo y apoyó los codos en la pasarela.

—¿A qué altura crees que estamos?

—A mucha, chaval.

—¿Seis metros?

—Más.

—¿Diez?

—Unos doce, chaval.

Corey siguió fumando mientras observaba el suelo.

—¿Crees que te matarías?

—¿Cómo?

—Si te cayeras desde aquí arriba.

—¿Estás loco? Pues claro que me mataría.

—Justo lo que imaginaba.

Dos días después, Corey volvió a ver a Martínez en la pasarela y se unió a él.

—Seguro que la cabeza se te abriría como un melón. Si cayeras desde aquí, quiero decir.

—Por supuesto, chaval. Por supuesto.

Y como si quisiera ilustrar sus palabras, Martínez tiró el cigarrillo y siguió con la mirada la colilla de color blanco.

Al impactar contra el suelo, el extremo encendido del cigarrillo estalló en una docena de virutas incandescentes.

Martínez miró a Corey y sonrió.

—Exactamente así, chaval. Exactamente así.

Martínez se dio la vuelta y empezó a caminar por la pasarela. Cuando terminaba su descanso, esperaba que Corey también terminara el suyo, incluso si lo había empezado diez minutos después que él.

Corey miró a su alrededor.

Era una calurosa tarde de verano, por lo que el sombrío almacén estaba vacío. En aquel momento, ni siquiera había camiones esperando a ser descargados en el muelle de carga.

El momento era perfecto. Y también las circunstancias.

Sabía que debía actuar con rapidez. Y lo hizo.

Martínez era un hombre pequeño y corpulento, de modo que, cuando Corey lo levantó, se preguntó si tendría la fuerza suficiente para poder superar la barandilla de la pasarela y tirarlo al vacío.

Martínez no dejó de gritar obscenidades durante toda la caída.

Cuando su cabeza golpeó contra el suelo, se produjo un fuerte estallido.

Aunque Martínez seguía teniendo los ojos abiertos, la vida se había extinguido de ellos.

Entonces, la sangre empezó a fluir desde la parte posterior del cráneo.

Corey pidió ayuda a gritos. Sabía que debía parecer asustado y triste.

Después de todo, como le dijo en el funeral a la señora Martínez, «Su marido era mi mejor amigo, señora. Le tenía mucho respeto».

No se hicieron preguntas sobre la causa de la muerte. Había sido un accidente. Como de costumbre, Martínez tenía alcohol en la sangre y, por alguna desgraciada circunstancia, había tropezado y se había precipitado al vacío de cabeza.

El pobre Corey había hecho todo lo posible por salvarle la vida.



A lo largo de los años siguientes, Corey desarrolló nuevos intereses como, por ejemplo, trocear perros, gatos e incluso una gran serpiente ratonera, que cortó en secciones con un cuchillo carnicero. Le fascinaba el modo en que cada sección de la serpiente se mantenía animada incluso después de trocearla.

Y descubrió un nuevo *hobby*.

A fines de la década de los años sesenta, que fue cuando Corey se dedicó a atacar a sus víctimas, hacer autoestop era un medio de transporte que estaba de moda.

En los años cincuenta se habían producido varios asesinatos espeluznantes de autoestopistas. Si recogías a la persona equivocada en la noche lluviosa equivocada, podías terminar, como le pasó a un hombre de California, con las cuencas oculares vacías, los brazos seccionados y el miembro al lado del cadáver sobre el asiento lleno de sangre.

Sin embargo, con la aparición de los *hippies*, el amor libre y el compromiso, real o imaginario, con la «hermandad», hacer autoestop volvió a ponerse de moda.

A Corey le encantaba conducir el nuevo y reluciente Firebird que le había regalado su padre por su decimosexto cumpleaños y meterles el miedo en el cuerpo a los autoestopistas.

Actuaba del siguiente modo: recogía a un autoestopista, preferiblemente a una mujer atractiva, y se aseguraba de pasar por delante del cementerio de Harcourt, no sin antes ablandar un poco a la víctima con la horripilante historia de «Don», un hombre que durante sus días como ser humano solía recorrer el país matando a mujeres jóvenes. Corey describía con todo lujo de detalles lo que «Don» le hacía a sus víctimas.

Para cuando llegaban al cementerio, generalmente las autoestopistas ya estaban atemorizadas por las historias de Corey.

Entonces Corey fingía que el vehículo se estropeaba y las dejaba solas en la carretera que pasa por delante del cementerio.

—Será mejor que compruebe qué le pasa al motor —decía Corey.

Y después bajaba del coche.

Iba hasta la parte frontal y levantaba el capó.

Y desaparecía.

Corey siempre detenía el vehículo lejos de la carretera; de ese modo podía alejarse agachado cuando el capó estaba levantado y ocultarse detrás de una lápida.

Ponte en el lugar de la chica. Estás haciendo autoestop en mitad del campo. Estás en un lugar extraño y muy cansada. Y, de repente, el apuesto

joven al volante baja del coche para averiguar por qué se ha detenido el motor.

Y luego desaparece.

Te quedas allí sentada y, aunque le llamas, no obtienes respuesta.

Entonces te das cuenta de que está muy oscuro.

Y de que pasan muy pocos coches.

Miras hacia al cementerio y ves unas lápidas fantasmales bajo la pálida luz de la luna.

Y aunque no quieres, empiezas a pensar en «Don», el asesino psicópata del que Corey te ha hablado.

¿Y si el espíritu de «Don» realmente merodea el cementerio de noche, como te ha asegurado Corey?

¿Y si necesita saciar una vez más su apetito por las mujeres jóvenes?

Todo está tan oscuro...

Te sientes tan sola...

Todo es tan espeluznante...

Y entonces, de la nada, ves cómo alguien surge repentinamente de la oscuridad por la parte del vehículo donde estás sentada...

Un hombre con un rostro horrible...

Y un largo cuchillo de carnicero...

Empiezas a gritar y gritar y gritar.

En este punto, incluso a Corey le resultaba difícil seguir siendo sádico.

Se quitaba la máscara y revelaba su auténtico rostro.

Era un gran truco, y funcionó tal y como lo tenía previsto hasta que una noche...



Corey estaba seguro de que aquella autoestopista no podía tener más de catorce o quince años. Le mintió, por supuesto, cuando le dijo que tenía dieciocho. Pero Corey no se dejó engañar...

La recogió un viernes de otoño. Era una noche fría y casi todo el mundo estaba en alguno de los partidos de fútbol que se jugaban en la ciudad.

La chica llevaba una mochila. A pesar del chaquetón, los vaqueros holgados y la gorra de lana, la chica era muy guapa. Ningún disfraz podría haberlo ocultado.

Corey se sintió inmediatamente atraído por ella.

No pudo dejar de mirarla desde el momento en que la chica subió al coche.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A cualquier parte.

—¿De dónde eres?

—De por ahí.

—Eso es muy impreciso.

Ella se lo quedó mirando.

—De Chicago, si tanto interés tienes.

La chica le ponía nervioso. Y también le daba algo de miedo. No le gustaba la desaprobación que veía en sus ojos.

—¿Crees en los fantasmas? —le preguntó él.

—No. ¿Tú sí?

—No estoy seguro. Pero sé que hay uno que ronda por estos lugares. Al menos, eso dicen.

—¿Puedes subir un poco la radio? Me gusta esta canción.

Le iba a costar que aquella chica se tragara su historia.

«Zorra», pensó.

Tuvo que esperar a que terminara la canción para empezar a hablarle otra vez de «Don».

—¿Lo ejecutaron? —preguntó la chica.

—Ajá. Pero regresó. O eso es lo que me contaron.

—Pues a mí me parece una chorrada.

—Regresar de la muerte, ¿quieres decir?

—Ajá.

—¿No te da miedo?

—No. Sé cómo defenderme.

De algún modo, Corey supo que lo decía en serio. Debía de medir un metro cincuenta y cinco o metro sesenta, no debía de pesar más de unos cuarenta y cinco kilos y tenía una belleza que resultaba casi aterradora. Y, a pesar de eso, transmitía una dureza difícil de explicar. Como si, efectivamente, hubiera recorrido mucho mundo y supiera cuidar de sí misma.

—¿Cómo es que no estás en Chicago y vas a la escuela? —le preguntó él.

—Ya te lo he dicho. Tengo dieciocho años.

—Ah, sí. Es verdad. —Corey hizo un esfuerzo por ocultar la sonrisa.

—Terminé el instituto la primavera pasada.

—Ajá.

En cierto modo, la mentira la hacía parecer más vulnerable. Ahora su voz sonaba más joven y menos segura de sí misma.

Corey retomó las historias de «Don».

Tomó la ruta más larga hasta el cementerio de Harcourt.

Quería ablandarla bien y que se pusiera nerviosa.

Quería que saliera corriendo aterrorizada, como uno de los enloquecidos personajes de dibujos animados de la Warner Bros., que se alejara chillando por la larga y oscura carretera.

Aquello iba a ser muy divertido.



Llegaron al cementerio poco después de las nueve. El tráfico era escaso.

Corey detuvo el coche en el lugar habitual y exclamó:

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

—El motor se ha parado.

—Genial.

Corey la miró. Sus mofas estaban empezando a irritarle. A pesar de haberla recogido en mitad de la carretera, la chica hablaba como si fuera él quien le debiera algo a ella.

—Enseguida vuelvo.

—¿No tienes miedo? —le preguntó ella con picardía.

—¿Miedo?

—Sí, me sorprende que con el malvado «Don» merodeando por aquí, quieras bajar del coche.

—Entonces, ¿no crees esas historias?

Ella sonrió.

—¿Tan estúpida parezco?

Cuando Corey bajó del coche, estaba furioso. La chica no estaba cooperando. A aquellas alturas, debería estar aterrorizada.

Corey llevó a cabo la rutina habitual.

Se dirigió a la parte delantera del vehículo, levantó el capó y fingió inspeccionar el motor.

En cuanto se agachó y empezó a arrastrarse sobre la hierba hacia una de las lápidas, oyó que alguien lo llamaba por su nombre; de hecho, era un susurro, tan débil que al principio pensó que lo estaba imaginando.

¿Quién podía llamarle por su nombre en el cementerio?

Corey entornó los ojos para vislumbrar algo en la profunda oscuridad del cementerio. Aquella noche había luna menguante y su luz iluminaba muy poco.

La misma voz de mujer suave y sibilante volvió a llamarlo por su nombre.

Pero ¿de quién era aquella voz?

¿Y por qué provenía del cementerio?

Corey decidió averiguarlo.

Apoyó las manos y las rodillas en el suelo, como solía hacer siempre. Comprobaría de dónde salía la voz y luego regresaría para asustar a la chica.

Con la áspera hierba rozándole las palmas de las manos, se deslizó rápidamente hasta el cementerio.

Entonces, al otro extremo del camposanto, vio a una mujer joven y voluptuosa, con el cabello rubio y suelto y una extraña sonrisa en unos ojos azules como el hielo.

¿Quién era?

¿Qué quería de él?

Entonces que sabía que la chica no podía verlo desde el coche, Corey recorrió el perímetro del cementerio. Poco después, llegaba al lugar donde estaba la joven que le había estado llamando por su nombre.

Y se detuvo.

Algo no iba bien.

A la joven le pasaba... algo raro.

De cerca, vio que era poco más que un espejismo, una proyección visual en el aire nocturno.

Y, a pesar de eso, se movía.

Y hablaba.

La mujer se aproximó a él.

Y lo rodeó con sus brazos.

Y le sonrió con un rostro desgarradoramente hermoso.

Y empezó a seducirlo.

Lo peor de todo era que Corey estaba disfrutando.

El corazón le latía con fuerza. Empezó a sudar profusamente. Sintió cómo su ingle se agitaba con determinación.

La mujer empezó a tener relaciones sexuales con él allí mismo, de pie en un rincón del cementerio.

Corey se encontraba tan consumido por el deseo que se entregó al acto sin oponer resistencia. Hasta que percibió un olor extraño.

Un hedor que recordaba a los rancios gases que suben del alcantarillado.

Corey abrió los ojos.

Y, al hacerlo, vio por primera vez la verdadera naturaleza del ser que lo estaba seduciendo: una anciana que parecía tener más de mil años de edad,

con la nariz picuda y los ojos duros y oscuros, y unas llagas abiertas en las mejillas y manos de las que supuraba pus.

Corey trató de zafarse de ella, pero al principio la anciana se resistió.

Continuó teniendo sexo con él hasta que el miembro de Corey lo permitió.

Entonces, la anciana se rio de él mientras se alejaba, tropezando con las lápidas y monumentos. Corey jamás había oído una risa tan macabra y espeluznante.



Cuando regresó al coche, la chica se volvió, le miró y dijo:

—¿Dónde diablos estabas? Tengo que seguir adelante.

Corey estaba sin aliento.

—Allí..., en el cementerio..., un fantasma.

—Entiendo —dijo ella con los ojos en blanco—. Un fantasma.

Corey rodeó el vehículo, se sentó en el asiento del conductor y apoyó la cabeza en el volante. Aún seguía jadeando.

—¿No la has oído? Tienes que haberla oído.

—Yo no he oído nada. He estado aquí sentada todo el rato, esperando a que volvieras.

—Era muy hermosa, pero después era horriblemente fea. Con llagas por todas partes. Llagas abiertas.

La chica sonrió.

—A mí me parece tu tipo.

Normalmente, Corey sabía controlarse. Sin embargo, la insolencia de aquella chica lo superó.

—¡Largo! —le gritó—. ¡Largo!

—Estás loco, ¿sabes? ¿Loco? —E hizo con el dedo un movimiento circular cerca de su cabeza.

—¡Largo de aquí!

Por muy sarcástica que fuera, la chica comprendió que Corey estaba a punto de perder los nervios.

Y no le apetecía estar cerca cuando ocurriera.

Abrió la puerta y se encendió la luz del techo.

Entonces se dio cuenta de que una especie de gelatina viscosa cubría los pantalones y la camisa de Corey.

—Dios mío, ¿dónde te has metido?

—Ya te lo he dicho, tenía muchísimas llagas, y rezumaban por todas partes.

—¿Llagas? —dijo ella—. ¿Un fantasma con llagas? Tío, necesitas ayuda. De la buena.

Y tras decir aquello, bajó del coche, cerró la puerta de un portazo y empezó a caminar hacia la autopista.

Corey se quedó allí sentado durante un buen rato, mirando hacia el oscuro cementerio en busca de algún rastro de la mujer que le había seducido.

Y entonces no tuvo que buscarla más.

Porque estaba allí.

Justo a su lado.

Dentro del coche.

La mujer se inclinó, su cuerpo resplandeciente e inmaterial irradiando el mismo olor rancio que conocía, y le sonrió con una boca desdentada.

—Vamos a dar una vuelta, cariño. Ahora mismo.

Aunque no tenía intención de ir a ninguna parte, la orden de la mujer fue demasiado imperiosa para resistirse a ella. Corey tuvo la sensación de que no le quedaba fuerza de voluntad.

Puso en marcha el motor y regresó a la carretera.

Vio a la autoestopista en el arcén, sonriéndole como de costumbre.

Piso el acelerador y se dirigió hacia la autopista.

—Me encanta la velocidad, cariño —dijo la vieja bruja—. Muy rápido.

Corey reparó por vez primera que la anciana estaba desnuda, y que tenía el cuerpo cubierto de llagas.

Alcanzó la autopista quince minutos después.

Para entonces iba a ciento diez kilómetros por hora.

Tenía miedo.

Y ella tenía el control.

—Písalo a fondo, Corey. Dale gas.

—No puedo ir más rápido.

—Claro que puedes, Corey. Claro que puedes.

Y, tras decir eso, la anciana puso el pie encima del suyo y presionó el pedal hasta el fondo.

Mientras tanto, le había puesto la mano en la bragueta. En contra de su voluntad, Corey se estaba volviendo a excitar.

El Firebird volaba a ciento treinta, ciento cuarenta, ciento cincuenta kilómetros por hora.

Estaban circulando por una colina.

Corey gritó.

Sabía que no podría frenar a tiempo para evitar chocar contra la parte posterior del camión que circulaba lentamente delante de ellos.

Y había otros coches circulando por el carril contrario. No tenía forma de adelantar al camión.

Corey volvió a gritar.

Y después todo fue cristal hecho trizas, metal chirriante y gasolina en llamas.

Para entonces, Corey ni siquiera pudo seguir gritando. Las llamas le devoraban el ochenta por ciento de su cuerpo.

Lorraine Warren

La historia de Corey Adam Porter es un ejemplo de cómo, a veces, el mundo de los espíritus protegen a las personas vulnerables. Corey Adam Porter era un depredador. Cuando su madre lo descubrió finalmente, tras escuchar la confesión de su hijo en su lecho de muerte, se puso en contacto con un investigador. Algunos espíritus vigilantes habían actuado para evitar que Corey terminara con más vidas.

En su estudio sobre presos condenados a muerte, el doctor H. P. Pereaux observó que «muchas de estas personas creen haber tenido experiencias sobrenaturales que les empujaron a hacer lo que hicieron. Cuando se refieren a sus “demonios”, están hablando de una forma muy literal».

En este caso, sin embargo, un buen demonio se deshizo de un hombre realmente malvado.

EPÍLOGO

Tras concluir nuestro estudio sobre el cementerio Unión, comprendimos que nuestra investigación nos había enseñado muchas cosas. Más que nunca, aprendimos que los cementerios no están «vacíos» en absoluto, sino «llenos» de información acerca del mundo sobrenatural y paranormal.

Por ese motivo, incluso hoy en día, volvemos una y otra vez al cementerio Unión. Hay toda una historia de Nueva Inglaterra enterrada bajo sus tumbas, una historia accesible a aquellas personas con la suficiente fe y determinación para encontrarla. Las grabaciones de vídeo y audio que seguimos realizando allí nos ayudan a mejorar nuestra comprensión de las dimensiones que se encuentran más allá de la nuestra.

Debido a los éxitos obtenidos en este cementerio, actualmente la sociedad está investigando también en otros. Hemos vislumbrado fantasmas en las horas previas a la medianoche y hemos oído a los muertos hablar con claridad a los vivos.

Hoy en día, nuestro principal objetivo es descubrir los secretos que esconden los cementerios. Dado que, en la bucólica tranquilidad de los cementerios rurales, puede oírse la historia humana en los susurros, llantos y súplicas de los muertos.

Reza por nosotros mientras seguimos investigando estos secretos tan profundos.

ED Y LORRAINE WARREN



Ed y Lorraine Warren tuvieron experiencias sobrenaturales durante su infancia y juventud en Connecticut. Se hicieron novios en el instituto y, el día de su decimoséptimo cumpleaños, Ed se alistó en la Marina para luchar en la Segunda Guerra Mundial. Unos meses después, su barco se hundió en el Atlántico Norte y él fue uno de los pocos supervivientes. Ed y Lorraine se casaron y tuvieron una hija. En 1952, crearon la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra, el grupo de cazadores de fantasmas más antiguo de Nueva Inglaterra. Desde Amityville hasta Tokio, han participado en miles de investigaciones y exorcismos sancionados por la Iglesia en todo el mundo. Han dedicado su vida y sus extraordinarios talentos a enseñar a otras personas y a luchar contra las fuerzas diabólicas cuando se requieren sus servicios. Ed y Lorraine Warren también han escrito *El cementerio* y *Cazadores de fantasmas*.

Robert David Chase trabaja para diversas revistas y ha publicado tres novelas hasta la fecha.

Notas

[1] No es el nombre auténtico del senador. <<